

Un thriller de espías

# PABLO POVEDA FALSA IDENTIDAD

SERIE  
DANA  
LAINE



Pablo Poveda

# Falsa Identidad

*Un thriller de espías*

*Copyright © 2019 by Pablo Poveda*

*All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.*

*This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.*

*First edition*

*Cover art by Pedro Tarancón  
Proofreading by Ana Vacarasu*

*This book was professionally typeset on Reedsy  
Find out more at [reedsy.com](https://reedsy.com)*

## Preludio

La resistencia no era suficiente para que las manos se apoderaran de su cuello. Sintió como los dedos le apretaban la garganta con más y más fuerza. Estaba aplastada contra la pared, como un clavo oxidado atravesado en el cemento, que fija su destino para siempre.

Lo último en lo que podía pensar, era en encontrarle una explicación a cómo había terminado así. En esos momentos, sólo primaba la supervivencia.

Estiró los brazos en busca de algo con lo que defenderse, pero la pared era lisa y sus pies parecían estar a punto de despegarse del suelo.

Frente a ella, su némesis, la imagen de un infierno difícil de imaginar. El fin que espera a la vuelta de la esquina, ese vértice al que nunca se desea llegar.

Poco a poco, se ahogaba en sus pulmones, incapaz de permitir que el aire recorriera su cuerpo. Las manos que la sujetaban se volvían más y más pesadas, y ella comenzaba a sentir una sensación de ligereza.

No quería rendirse, dejarse llevar por esa sombra que esperaba tras el marco de la puerta, pero la sensación de flotar como un globo, francamente, la seducía.

Cuando pestañó, estaba sola en la habitación. Tenía la frente empapada y el corazón le latía muy rápido. Desorientada, se incorporó de golpe, sintiendo el sudor frío que recorría su pecho, fruto del delirio, y comprobó que, tras la puerta, ella dormía en su habitación.

Su ángel, su protectora.

Pronto, el pulso recobró la normalidad, las ansias se desvanecieron y el

nudo del estómago se deshizo. Una lágrima se escapó de sus ojos. Había sido tan real como horrible, pero ahora la calma reinaba en el interior de aquel apartamento, al que entonces le llamaba hogar.

Asustada, se acercó las manos al cuello y volvió a pestañear.

No logró diferenciar un recuerdo de una premonición.

## 2

Confesó poseer una buena relación con su madre, aunque ambos supieran que estaba mintiendo.

La habitación era aséptica, olía a muebles de oficina recién comprados y la luz entraba por la ventana que tenía a su espalda.

Le había costado mucho llegar hasta allí y se preguntó cuánto duraría aquello. Estaba hastiada. El proceso de selección había sido más duro de lo que hubo imaginado en un principio, pero no iba a rendirse. Estaba decidida a llegar hasta el final.

No les daría la satisfacción de verla renunciar.

Frente a ella, al otro lado de la mesa, un hombre de pelo canoso, monturas de pasta negra y ojos hundidos, escuchaba las respuestas y escribía anotaciones en un formulario en blanco y negro. Llegados a ese punto, Dana desconocía si era parte de otra prueba o de una entrevista formal.

Las pruebas de acceso al Centro Nacional de Inteligencia español habían sido muy duras hasta entonces. Invasión de una casa privada, pasar días encerrada con otros aspirantes en una base secreta en el interior de La Mancha, recoger información de personas desconocidas, engañar a terceros para que le dejaran llamar desde su domicilio, realizar exámenes psicotécnicos y de personalidad que cuestionaban hasta su sexualidad...

Tras lo experimentado, aquella no parecía una prueba más, pero llevaba cinco horas allí metida y empezaba a ser desesperante.

Simplemente, no podía relajarse.

Lo sabían todo acerca de su vida. O eso creían.

—¿Qué me puedes contar de ella? —preguntó el hombre con voz suave y la miró a los ojos, esperando una reacción, un mensaje cifrado, una muestra de debilidad.

A diferencia de lo que se mostraba en las películas o en las novelas de espías, allí no había ninguna máquina que controlara sus pupilas, ni tampoco

tenía la mano conectada a unos electrodos que analizaran sus emociones.

Manuel, el hombre al que tenía delante haciéndole preguntas, y que probablemente no se llamara así, esperaba atento a que Dana respondiera.

—¿De mi madre?

—Así es —dijo y escribió algo en el papel. El pulso se le aceleró a la chica. Se preguntó si habría hecho algo mal. Estaba nerviosa.

Tomó aire, agachó la mirada y buscó las palabras precisas.

—Es una mujer muy ambiciosa —respondió finalmente, dando tregua al silencio. Levantó la mirada hacia la izquierda, fingiendo recordar, aunque no hiciera más que improvisar su discurso—. Desprecia a los hombres, aunque le gusta rodearse de ellos. Es controladora, manipuladora y tiene una gran sed de poder.

El interlocutor frunció el ceño y terminó sus anotaciones.

Después suspiró y dejó el bolígrafo a un lado.

—¿Estás segura de que tienes una buena relación con ella?

Dana sonrió y le mostró la perfecta e impoluta dentadura que poseía. Su belleza era obvia y ella era consciente de ella. Sus rasgos mestizos, fruto de la mezcla fina y española, la habían dotado de unos ojos claros y un cabello azabache que llamaba la atención.

—Por supuesto —contestó esbozando una mueca—. Soy su hija.

La respuesta dio lugar a un breve silencio incómodo que alargaba los segundos como si no hubiera final en aquella entrevista.

—Entiendo —dijo el hombre, poco convencido, y llenó los pulmones. Después comprobó la hora—. Creo que eso es todo, señora Laine. No tengo más preguntas y, por ende, doy por concluida nuestra entrevista.

Ella aguardó quieta, con las manos sobre los muslos, por debajo de la mesa, a la espera de que, realmente, diera por finalizado el examen. Sospechaba que fuera un farol.

Manuel se levantó, empujó el puente de las gafas hacia dentro y recogió el formulario de la entrevista.

Después dio un paso hacia la puerta y se detuvo.

—¿Por qué quieres ser una agente?

Dana se quedó paralizada en la silla. El hombre aún no se había girado para mirarla a los ojos.

—Para ayudar a mi patria —contestó antes de que fuera tarde.

Manuel asintió con la cabeza, como si aquella fuera la contraseña que debía mencionar, se dirigió hacia la puerta y desapareció tras ella.

\* \* \*

Estaba agotada. No podía quitarse de la cabeza la última pregunta. ¿Había sido la entrevista final?, se cuestionó de nuevo.

El indicador de combustible de su Fiat 500 de color crema le advertía de que estaba tenía que repostar.

Tomó una de las salidas de la M-30 y buscó una gasolinera en el navegador de su teléfono. El día en la capital era soleado, a pesar de la boina de contaminación que se posaba en el cielo.

Madrid era la ciudad que la había acogido desde que decidiera cursar sus estudios de traducción. Para ella, era como un hogar, aunque nunca lo había llegado a sentir suyo. Una infancia entre países, viajes, escuelas y residencias temporales, la había transformado en un ser extraño para el entorno. Sus recuerdos no eran como los del resto de personas con las que convivía. En su memoria no existían las amistades de la infancia, ni de la adolescencia. El primer beso no había sucedido en una graduación, sino en un aeropuerto egipcio con un desconocido de origen moldavo. Pronto, tuvo que lidiar con una verdad difícil de aceptar. Si la patria era donde albergaban los recuerdos de la niñez, Dana carecía de ambas cosas.

Se detuvo en una estación de servicio y vio al gasolinero dirigiéndose a ella para atenderla. Pronto, encontró en su mirada las intenciones de aquel tipo.

A diferencia de su madre, Dana no odiaba a los hombres, pero tampoco les prestaba demasiada atención. Después de todo, no tenía interés en tener hijos y tampoco se sentía castigada por un dogma social que la presionara, ya que éste era inexistente.

Dados sus atributos físicos, desde una temprana edad, había comprendido cómo funcionaban los hombres como el que se le acercó a atenderla. La belleza era un privilegio con el que se nacía y que abría puertas que, a simple vista, parecían selladas. Su madre había sido insistente en aquella idea, y nunca le faltó razón.

Era una mujer hermosa y astuta con un modo de vida cuestionable, aunque nada sencillo de ejecutar.

Con su presencia, muchos se ponían nerviosos y mostraban las plumas de

sus colas, como si fueran pavos reales y, sin consciencia de sus actos, sobreactuaban como el héroe a caballo que llegaba para rescatar a la princesa. Otros optaban por actuar como la serpiente del Jardín del Edén, volviéndose pícaros y desafiantes. Los más débiles, víctimas de la timidez y los arquetipos impuestos por la sociedad, se limitaban a agachar la mirada, a darse por vencidos antes de hora, deslumbrados por su físico, presentándose como una clase inferior y sin derecho a la supervivencia.

Tal vez, algunas mujeres disfrutaran con aquellas danzas primarias, pero no era el caso de Dana. Su experiencia, lejana a la de una mujer actual, la había convertido en una persona hermética y difícil de sorprender. Los hombres nunca le habían hecho daño físico ni psicológico, pero tampoco lo había permitido. Era cinturón negro de kárate y, desde pequeña, su madre se había encargado de que estuviera preparada para sufrir.

Estaba convencida de que, además de cultivar un buen físico, un hombre debía ser, ante todo, interesante.

Aceptó la hospitalidad de aquel empleado y esperó a que llenara el depósito mientras repetía mentalmente lo sucedido en esa habitación. Tras la intervención, un funcionario la había acompañado a la salida de las instalaciones mientras le informaba de que se pondrían en contacto con ella.

Cruzó el centro de la ciudad hasta la glorieta de Bilbao y encontró una plaza de aparcamiento en la calle de Ponzano.

Cuando llegó al apartamento, un pequeño estudio de cincuenta metros cuadrados por el que pagaba mil trescientos euros, lo encontró vacío. Se quitó los tacones, se desabrochó el botón de los vaqueros para que no le apretara el vientre plano que lucía y se dirigió a la cocina.

Al abrir la nevera, se dio de bruces con el vacío. Aquellos meses de pruebas de acceso y reclutamiento habían descuidado su rutina.

Agarró una Coca-Cola Zero, la destapó y cerró la puerta del electrodoméstico. Dio un trago y sintió las burbujas refrescando el interior de su boca.

Volvió a pensar en su madre.

Siempre lo hacía pero, últimamente, recurría a ella más de lo normal.

Hacía más de un año y medio que no hablaban. Precisamente, desde el día que le comunicó que quería hacer las pruebas para ingresar en el CNI.

Puede que fuera el orgullo, la decepción u otra de sus estratagemas manipuladoras. En cualquier caso, ninguna de las dos se decidía a descolgar el teléfono. Pero sintió que debía hacerlo.

Les había hablado de ella, aunque no fuera del todo cierto.

Pestañeó, dio un respingo y sacó el aparato del bolsillo. Entonces, escuchó el ruido de una llave al girar la cerradura y la puerta del apartamento se abrió.

### 3

No le incomodaba ocultarle la verdad. Todas las personas lo hacían. Todas llevaban una doble vida, de algún modo u otro.

La doble identidad, comportarse de forma diferente, en función del entorno en el que se encontrara, siempre había formado parte de la idiosincrasia del ser humano.

Carlos cerró la puerta y dejó la llave en la cerradura. Era una de sus manías para que los ladrones no lo tuvieran fácil a la hora de forzar el bombín.

Dana había olvidado que esa noche cenarían juntos. O puede que no. Simplemente, Carlos había dado algunas cosas por sentadas, creyendo que era lo más conveniente para los dos.

Él era profesor de Literatura Rusa de la Universidad Complutense de Madrid. Se habían conocido en el departamento de lenguas eslavas. Dana, además de la lengua de Shakespeare, dominaba con fluidez el finlandés, el italiano, el ruso y el polaco. Dostoievski fue el nexo de unión entre los dos. Los Hermanos Karamazov, quizá la novela que puso el punto de partida entre sus interminables conversaciones rodeadas de vinos y quesos. A pesar de todo, Carlos era un personaje sui generis dentro de aquel departamento. Demasiado guapo para ser real, demasiado interesante para comportarse como una persona normal.

Pero Carlos no era perfecto.

Pese a su cara bonita, el cabello castaño y ondulado que le caía hacia un lado, el metro setenta y nueve que realzaba su espalda de nadador y los ojos azul cielo que iluminaban a las estudiantes de las filologías eslavas, Carlos era obtuso, frágil y melancólico. Le faltaba temple, principios y sensatez. Detestaba el rock, el cual consideraba ruidoso y sin profundidad. Cada vez que Dana se sentaba en el sofá a escuchar uno de sus discos favoritos, le contaba alguna historia que había detrás del origen del músico que interpretaba la canción. Tenía para todos y eso era agotador.

Nostálgico por el amor a la literatura, se aburría con facilidad cuando conversaba con otras mujeres o las aburría con su discurso complejo y monocolor. Sin embargo, cuando Cupido se ponía de su parte, tardaba poco en idealizar a la mujer por su presencia, convirtiéndose en una presa necesitada y fácil de romper. Y así era como sucedía con Dana.

No era el mejor día para una cena romántica, ni para sentarse en el sofá a ver una película con el fin de hacer el amor cuando ésta terminara. No era el día más adecuado para estar juntos. Dana necesitaba soledad, pero había sido ella quien le había entregado una copia de las llaves a Carlos.

Para ella, él era lo más parecido a una relación estable.

Suplía los vacíos de invierno, en los que prefería no estar sola. También cubría las necesidades sexuales que ayudaban a combatir la ansiedad con la que arrastraba desde hacía meses. En medio año de convivencia, había descubierto que Carlos era un buen hombre, noble en sus intenciones, aunque dependiente de la relación, por mucho que él intentara fingir lo contrario, y eso lo volvía menos atractivo. La intuición de Dana podía hacerle ver más allá de las palabras edulcoradas que el profesor transmitiera. Formaba parte de su genética, analizar cuanto absorbiera con sus sentidos, y sabía cuándo alguien, independientemente de sus atributos, estaba dispuesto a sobrevivir en este mundo o, al menos, a luchar por lograrlo.

No era el caso de Carlos.

No obstante, ella pensaba que, tal vez, aquello fuera lo más cercano al amor, aunque ninguno de los dos conociera su verdadero significado. En definitiva, aquel hermoso intelectual, siete años mayor que ella, era el compañero idóneo para no levantar sospechas antes de iniciar su doble vida profesional. En el peor de los desenlaces, Dana podía deshacerse de él cuando lo deseara, sin remordimiento alguno. Y eso también lo había aprendido de su madre.

—He traído verduras para hacer una ensalada y una botella de vino blanco —dijo él con las cejas arqueadas, basándose en el rol de literato desaliñado, como si cada sílaba tuviera un sentido trascendente en la vida—. Luego, podemos ver Lolita de Kubrick. Buen plan, ¿eh?

Dana esbozó una sonrisa ensayada y abrió los ojos en la distancia.

—Claro, ¿por qué no?

Él entornó la mirada.

—¿Te pasa algo? —preguntó con sospecha—. Estás algo rara.

—Estoy cansada —expresó apática—. Eso es todo.

Carlos dejó las bolsas en la cocina y se arrepintió de sus palabras. Dana anticipó sus intenciones. Otra vez, lo iba a hacer, iba a recular.

—Escucha, Dana. Si no quieres...

Nunca entendía por qué las personas retrocedían, en lugar de ir hasta el final con sus intenciones. Para ella, si había que morir por algo, debía ser por el discurso propio.

—Está bien, disculpa —contestó antes de que prosiguiera—. Esta oposición... En fin, ya pasará.

Para Carlos, Dana se preparaba unas oposiciones al Estado. Otra mentira más, a medias, dentro del glosario de su relación.

Él se acercó y le acarició el rostro con ternura.

—No te preocupes, ¿vale? —dijo él mirándola desde abajo—. Vamos a relajarnos, a desconectar, beber un poco de vino... Eso es todo. Tenemos el fin de semana por delante...

Ella sonrió. Esta vez, fue más sincera.

—Está bien. Gracias, Carlos.

Después se besaron.

\* \* \*

A Dana le costó conciliar el sueño esa noche. Tras lo sucedido el día anterior, desconocía lo que vendría después. ¿Había terminado todo?, se preguntaba. ¿Era así cómo les comunicaban que no habían sido seleccionados?

La paciencia no era una de sus virtudes.

Había crecido en la cultura de la instantaneidad, de obtener las respuestas en cuestión de segundos. Pero eso no era lo que atormentaba sus pensamientos. El fracaso, la simple idea de no ser aceptada, de no ser lo suficientemente buena como para formar parte de ellos, podía consumirla en un pozo de ansiedad. No aceptaba las derrotas con deportividad, ni tampoco los rechazos. Nunca se había conformado con la mediocridad porque todo era posible para ella, a pesar de las trabas que la sociedad quisiera imponerle, sin importar la razón. Quería estar ahí, ser una de las elegidas.

Quizá no tuviera experiencia, pero tenía mucho que aportar y quería demostrarlo. El CNI era el único lugar desde el que podía defender al mundo de personas como su madre.

Esa noche habían dormido juntos, aunque no habían tenido sexo y lo podía apreciar en el comportamiento de Carlos.

Se cuestionó cuánto aguantaría con ella.

El sexo, como cualquier otro placer dosificado, se convertía en un arma poderosa en una relación. El problema era que Carlos no tenía nada nuevo que ofrecer. Se había limitado a la rutina, a disfrutar solo y creer que ella también lo hacía. Se había convertido en una experta del embuste y, aunque le gustara practicarlo tanto como a él, no entraba en sus prioridades en ese momento.

Cuando despertó, vio la espalda del filólogo desnuda, a contraluz.

Apartó la sábana y puso los pies en el suelo. Miró al teléfono sobre la mesilla e intentó pensar en otra cosa.

Se levantó, fue al baño y se refrescó la cara. No necesitaba mirarlo para saber que estaba despierto y molesto por la noche anterior, pero no se sentía mal por ello. ¿Existía alguna norma implícita en ese contrato sentimental? No, que ella recordara. Aquel era uno de los mayores problemas conyugales. Llegados a un punto, era como si una parte le debiera algo a la otra. Dana no tenía tal responsabilidad, pues nunca esperó nada más que la simple compañía y así se lo comunicó a él desde un principio, que pareció estar de acuerdo, sin calcular el coste de sus sentimientos.

Abandonó el cuarto de baño y caminó hacia la cocina para preparar café. Era el único modo de resucitar, sin importar lo que hubiese descansado. A esas alturas, el aturdimiento físico era un pormenor, comparado con el cansancio mental que arrastraba desde hacía semanas. Sabía que esa experiencia no tenía vuelta atrás.

De pronto, sonó el teléfono.

Giró el rostro y miró hacia la habitación.

—Dana, es para ti —dijo él con voz ronca.

Agitada, regresó al dormitorio, agarró el aparato y se escondió en el salón.

La llamada fue breve. La voz, desconocida, le comunicó una frase corta que despertó sentimientos olvidados.

Después colgó. Las manos le temblaban. La euforia se apoderó de ella, pero también el vértigo de dar un paso hacia delante.

Se asomó por el marco de la puerta y vio a su compañero, con el torso desnudo y el cabello alborotado, bajo las sábanas y con la mirada aturdida por la confusión.

—¿Quién era? —preguntó asustado. La expresión de la mujer que tenía

delante, no le proporcionó buenas sensaciones—. Parecía importante.  
—Lo siento, Carlos —contestó sin emoción—. Tenemos que dejarlo.

## 4

Aquellas fueron sus últimas palabras.

Dana tomó la decisión en cuestión de segundos, poco después de colgar. No tuvo tiempo para pensar en si se arrepentiría más tarde, porque nunca lo hacía. Y así sucedió.

Habían pasado dos meses desde aquella llamada.

Ahora, esa misma voz desconocida requería su presencia en las instalaciones del Centro Nacional de Inteligencia, en Aravaca, al noroeste de Madrid.

Sesenta días de intenso entrenamiento en El Doctor, la finca ubicada en Manzanares y en la que adiestraban a los futuros agentes con diferentes pruebas, tanto físicas como psicológicas. Un período que no había sido suficiente para que abandonara las instalaciones. Pero siempre existían excepciones.

Una urgencia de última hora, requería su colaboración en una delicada misión.

Por fortuna, le habían advertido de que no podría mezclar su vida personal con la profesional y que, de ser así, tendría que construir una doble identidad para que nadie supiera de sus actividades.

Romper con Carlos había sido, después de todo, un acierto.

A medida que fue conociendo a sus compañeros, a pesar de las férreas medidas que imponían para que no intimaran demasiado, descubrió que, para muchos, era más fácil relacionarse entre ellos que continuar con una vida familiar plagada de falacias.

Como ella, la mayoría de los futuros agentes operativos procedían de lugares normales: profesores de escuela, intérpretes, ingenieros de caminos, hackers informáticos, médicos... La agencia te buscaba a ti, y no tú a ellos, eso le decían a menudo pero, su caso, había ocurrido de forma intencionada, aunque lo descubriría mucho más tarde.

Allí dentro, percibió que los hombres no solían destacar por sus atributos físicos. De hecho, para Dana, ninguno encajaba en el rol que la cultura europea había instalado en el subconsciente de la sociedad.

Con las mujeres resultaba distinto.

A excepción de algunas compañeras, la mayoría de ellas eran hermosas, finas y muy atractivas. Sus físicos jugaban un papel importante, al igual que el de Dana. Detalle que le hizo reflexionar acerca del mundo en el que estaba a punto de entrar. Los futuros analistas recibían otra clase de entrenamiento y apenas tenían contacto con los agentes de calle.

De nuevo, meses después de aquella entrevista, regresaba como una agente oficial cargada de nervios y dudas.

Cruzó la carretera de La Coruña y se desvió para llegar a la entrada de la calle de Argenta.

Tras identificarse, los guardias de la entrada examinaron su vehículo y comunicaron su llegada. Después pasó el aparcamiento que había junto a la entrada, dejó atrás dos edificios con forma circular, uno de ellos conocido como el Hexágono, con ocho plantas y un helipuerto en lo alto, y vio la Estrella, el enorme complejo de oficinas con forma de Y.

Se cuestionó cuántas veces más vería aquella construcción de carácter funcionalista.

Al bajar del vehículo y acercarse a la entrada principal, un hombre de unos cincuenta años se aproximó a recibirla. Iba vestido de traje, se le notaba la tripa bajo la camisa y su expresión era agradable y brillante, como la de una persona entrañable.

—Señora Laine —dijo el hombre abordándola con una cálida bienvenida y ofreciéndole la mano. Nunca se acostumbraría a que pronunciaran su apellido en alto. Por lo general, siempre lo hacían mal. Era lo único que le quedaba de su padre, aquel al que nunca había llegado a conocer gracias a su madre. Laine, de origen finlandés, junto a su nombre, Dana, las muescas de su documento que marcaban la diferencia—. Bienvenida al Centro Nacional de Inteligencia, aunque imagino que no es su primera vez aquí... Mi nombre es Arturo Navarro Martínez y soy el jefe de Subdirección de Contrainteligencia.

—Un placer —respondió y le estrechó la mano. Sabía de sobra quién era, pero fingió no estar al corriente. La mirada del superior era deslumbrante y dura.

—¿Un café?

Ella no supo qué responder.

—Desconozco si estoy autorizada para responder a eso.

Él sonrió.

—No deje el humor de lado... y tampoco las formalidades. Le harán más falta que nunca —contestó y la invitó a que caminara hacia el ascensor—. Está bien, lo tomaremos arriba. Ahora, vayamos a mi despacho. Quiero explicarle el porqué de todo esto.

Solos en el interior del edificio, pusieron rumbo a la puerta automática de un ascensor antiguo. El hombre se colocó a su lado, pulsó el botón número tres y se agarró la muñeca por delante del estómago.

Luego, las puertas se cerraron.

\* \* \*

Un informe de tres páginas descansaba en el interior de una carpeta amarilla con la palabra «Confidencial» sellada en azul.

El despacho era austero y formaba parte de un largo pasillo de puertas cerradas en las que resultaba fácil perderse.

De pie, el jefe de la Subdirección de Contrainteligencia se aseguraba de que el documento estuviera en orden. Dana echó un vistazo al entorno: un escritorio de madera, un ordenador, una foto del Rey Felipe VI y una bandera de España.

Oleksandr Pototsky era el nombre del sujeto que aparecía en la primera página del informe.

Navarro Martínez cerró la carpeta, puso los dedos encima y la giró hacia la agente.

—Soy consciente de que no ha completado su formación, pero tampoco esperábamos que esto sucediera —explicó desplazando el informe unos centímetros sobre la mesa—. Por cierto, sus calificaciones en los exámenes de personalidad y psicológicos son admirables.

—Gracias.

—Pero no la he citado aquí para hablar de ello —continuó—. Sabemos que domina las lenguas eslavas y que, además del español, también habla finés y ruso como si fuera su lengua materna.

—Así es —afirmó sin entrar en explicaciones.

—Muy bien... Iré al grano. Él es Olek Pototsky, un peligroso

contrabandista de origen ucraniano que acaba de salir de la prisión de Varsovia —explicó señalando la carpeta—. Nos ha llegado información de que ha sido puesto en libertad a cambio de colaborar con los servicios polacos... Supuestamente, aunque no existen evidencias de ello, Pototsky participó en el asesinato intelectual de Boris Nemtsov, el líder de la oposición rusa y a quien abatieron a balazos a escasos metros del Kremlin. Los cinco chechenos que quedaron en libertad, habrían estado en contacto con Pototsky semanas antes del atentado, para que éste les instruyera de cuándo y cómo debían ejecutar al político ruso... Supongo que esta historia le sonará, como también el caso de la periodista Anna Politkovskaya, asesinada con una Makárov...

—Conozco los hechos —respondió, sin poder evitar pensar en Carlos y en su fascinación, no sólo por la cultura rusa, sino por el apoteósico y aterrador gobierno ruso—. Recuerdo haber leído las noticias.

—Estupendo, señora Laine. Me alegra que así sea, porque no necesitará hacerse una idea de lo peligroso que es este sujeto.

—¿Cómo dice?

—Como oye —respondió sin medias tintas y abrió, de nuevo, la carpeta. Movi6 las hojas y mostr6 una de las fotografías aéreas que los drones habían tomado del patio de la prisión polaca—. Pototsky es un camaleón y siempre se las ingenia para burlar cualquier tipo de vigilancia. Por suerte, hemos sido lo suficientemente rápidos para seguir sus primeros pasos. Aterrizará esta noche en Madrid a las 23:05 horas. Él es el hombre de esta imagen que ve. Por desgracia, todas son desde arriba, tomadas con un dron a gran altura, así que no podemos ver mucho. Desconocemos cuál es su aspecto actual, puesto que hace años que nadie lo ha visto fuera de la cárcel. Sin embargo, podrá reconocerlo por los tatuajes que lleva en el brazo. Estos tipos son muy dados a ello. Forma parte de su cultura.

Dana estaba inquieta. No sabía qué decir. ¿Era su primera puesta en escena? ¿Estaba preparada para ello? Nadie le había informado de que tendría que realizar un trabajo así.

—¿Qué se supone que debería hacer en este caso?

El superior alzó la vista de la documentación y entornó los párpados.

La duda de la agente le hizo vacilar.

—Queremos conocer cuáles son los intereses de Pototsky en Madrid y llegar a un acuerdo con él antes de que se nos adelanten. Las organizaciones criminales suelen reunirse en el sur de la Península. Desconocemos si viaja

con protección, o si se reunirá en un territorio neutral con agentes de otros servicios. Todo esto nos ha pillado por sorpresa...

—¿Y cuál sería mi cometido?

—Reunirse con él —dijo con voz firme—. Los informes dicen que su ruso es impecable.

—Así es —asintió—. Pero el ucraniano es distinto.

—Queremos que establezca contacto con él —explicó—, y que le instale un geolocalizador entre sus pertenencias. Eso es todo. Pero, por supuesto, no podrá saber que es una agente española hasta que le haya instalado el aparato. Me entiende, ¿verdad?

Aquel hombre hablaba en serio. En principio, no parecía una misión demasiado compleja, a pesar de la fama del ucraniano.

Dana aguantaba la postura recta para no mostrar la ansiedad que recorría su estómago. Se mordió el labio inferior, en un acto inconsciente, y desvió la mirada de los ojos del superior, antes de exteriorizar la duda que devoraba sus pensamientos.

—¿Estaré sola?

Él sonrió.

—Por supuesto que no —dijo en un tono tranquilizador—. En ningún momento he olvidado que es su primera intervención. No se preocupe, la agente Escudero está de camino. Ella supervisará el operativo, será su superior y le explicará con detalle de qué trata este asunto. Escudero se encargará de que todo vaya sobre ruedas. Pototsky puede ser un criminal, pero no es estúpido y sabe lo que hace. Aquí en Madrid, está desamparado, lo cual nos pone todavía más en alerta. Es un perro viejo, ¿sabe? Por eso es importante que descubra qué se le ha perdido en la capital porque, honestamente, los tipos como él, no viajan de vacaciones.

Antes de que la conversación continuara, alguien golpeó la puerta desde el otro lado.

—¡Adelante! —ordenó el hombre.

Una mujer alta, delgada y con el rostro alargado, entró de inmediato en el despacho del superior.

Martina Escudero García, uno de los nombres más sonados en la academia de adiestramiento de agentes. Al parecer, toda una eminencia en operativos, y una persona con la que, por el bien de todos, era mejor llevarse bien.

Según le habían contado a Dana, Escudero había participado en misiones

secretas en el Líbano y en Afganistán, además de infiltrarse en las organizaciones criminales esclavas que operaban en Málaga, Marbella y Almería. Peligrosos retos para una mujer que se convertía en objetivo visible en un mundo de hombres.

De un vistazo, Dana intuyó que no tendría más de cuarenta años, a pesar de que las arrugas envejecían su rostro. Era rubia, de ojos verdes, y lucía el cabello recogido en un moño redondo. Tenía la piel fina, pálida y con pequeñas manchas naranjas que poblaban sus brazos. Puede que fuera el desgaste de llevar una vida de esa clase, de cargar con recuerdos que hubiese preferido no haber vivido.

La agente irrumpió con templanza y firmeza.

—Buenos días, señor.

—Agente Escudero, esta es la agente Dana Laine —respondió, presentando a la novata. Después se dirigió a Dana—. Como ya le he dicho, la agente Escudero se encargará de proporcionarle toda la información que necesite, además de darle las instrucciones exactas de cómo se llevará a cabo la misión.

Dana, en un movimiento improvisado, ofreció su mano a la mujer que tenía delante y estableció contacto visual con ella.

Una mirada fue suficiente para entender que no serían amigas. Al menos, no antes de ganarse su confianza.

Escudero vaciló, aguardó unos segundos para hacerla sentir incómoda, y le estrechó la mano.

—Bienvenida —dijo sin mostrar un ápice de compañerismo—. Será mejor que me acompañe. Hay mucho por hacer y poco tiempo que malgastar en presentaciones. Sin acritud, señor.

El superior hizo caso omiso del comentario amargo de la mujer y se dirigió por última vez a Dana.

—Suerte, agente. Aunque no la necesitará.

## 5

El sonido de los tacones de esa mujer, la llevaron hasta una planta superior. Allí se encontraba el centro de operaciones de una de las divisiones del CNI.

Un espacioso salón que albergaba la unidad compuesta de dieciséis agentes, tanto de campo como de investigación, que trabajan a destajo frente a las pantallas de ordenador. Los equipos estaban separados por islas de escritorios que, a su vez, se dividían por compartimentos para fomentar la concentración.

Allí dentro, supuestamente, estaban los hombres y mujeres más preparados del país. Dana se sintió eufórica, pero también muy pequeña. Desconocía lo que estaba por llegar.

La agente Escudero la guió hasta una mesa vacía en la que había un ordenador de sobremesa y una silla giratoria de oficina.

—Será provisional, pero puede instalarse aquí, por el momento, agente —dijo sin entusiasmo. Después se cruzó de brazos y apoyó el trasero en el canto de la mesa. Su mirada midió por un instante a la novata. Dana se preguntó si sería un examen—. He leído su informe. Es estupendo, pero de poco le servirá si no abre bien los ojos.

—Lo sé, agente.

—No, no lo sabe. De hecho, no sabe nada —contestó y tensó la mandíbula. Se acercó a ella como una serpiente y bajó el tono de voz—. Este es un mundo de hombres. Tanto dentro, como fuera. No se deje engañar por ninguno. Lograr méritos, le costará el doble que a ellos. Hundirse, la mitad.

—Entiendo.

—Si no se ha dado cuenta ya, pronto lo hará —sentenció—. Parece talentosa, Laine. Demuéstrelo y no se convierta en una agente de segundas.

—¿De segundas? —preguntó. Dana miró al resto de la oficina. En efecto, la mayoría de mujeres destacaban por su físico. Eran los atributos que todas tenían en común, indiferentemente de sus aptitudes como agentes

profesionales. Entendió lo que esa mujer quería transmitirle—. Gracias por el consejo.

De pronto, notaron la presencia de un tercero.

Era un hombre vestido de traje, moreno, de ojos negros, con el pelo ondulado, corto, y peinado hacia un lado. Tenía una expresión amable, inofensiva y una mirada seductora.

A Dana le pareció atractivo, pero le ahuyentaba su pose de galán. Los bíceps le apretaban las mangas de la chaqueta. Uno de los rasgos de muchos agentes era que no tenían el aspecto de hombres de gimnasio. Cuanto más mundanos y comunes parecieran, mejor. No obstante, todos debían mantener una forma física adecuada.

—¿Interrumpo algo? —preguntó, abriéndose paso en la conversación.

Escudero lo miró. Dana percibió un pequeño detalle. Era rápida e intuitiva. Confiaba bastante en las primeras impresiones que tenía y solía darse cuenta de hechos que pasaban desapercibidos para la gran mayoría.

La forma en la que la agente Escudero miró al agente, fue suficiente para notar que existía algo entre los dos. Una milésima de segundo fue suficiente para delatar lo que pretendía ocultar. Ella era la superior, pero se sentía atraída por él. La simple presencia del hombre, la colocaba en un aprieto. Dana desconocía hasta qué punto, él era consciente de su ventaja.

Las palabras de esa mujer cobraban más sentido.

—Así es —respondió Escudero fingiendo molestia. El temple había sido sustituido por una tensión muscular en su cuello—. Agente Laine, este es el agente de campo Rodrigo Ponce. Le acompañará en la misión y se encargará de que no le pase nada.

—Puede llamarme Ponce, agente —dijo él, siendo el primero en presentarse—. Primer día, ¿cierto?

—Así es —contestó Laine sonriendo. Ahora que lo tenía más cerca, observó lo guapo que era, pero no se dejaba impresionar por una cara bonita.

—Puede llamarme Ponce.

—Entendido —agregó Dana.

La respuesta confundió al agente, que esperaba un poco más de simpatía por parte de la nueva.

—Perfecto. Podemos empezar —intervino Escudero antes de que la presentación se alargara demasiado—. Les espero en mi despacho en dos minutos.

La mujer dio media vuelta y se marchó por un largo pasillo con paso

firme.

Dana se fijó en su figura. La agente Escudero cuidaba su cuerpo y no le extrañó que más de un hombre, allí dentro, hubiera intentado un acercamiento, si es que eran lo suficientemente valientes como para abordarla.

—¿Eres española? —preguntó Ponce, rompiendo la formalidad que habitaba en el edificio. Estaba de brazos cruzados, apoyado en el otro extremo del escritorio—. ¿Cómo te llamas?

Dana se sintió desprotegida con tanta pregunta.

—Dana. Y sí, soy española.

—¿Procede de Daniela? —preguntó él y se rio de su propio comentario. Ella lo ignoró—. No es muy español.

De haber ocurrido en otro lugar, la agente le habría respondido con crudeza para quitárselo de encima pero, en su primer día, no podía hacerlo así. Tenía presente que, cada conversación, sería una prueba más que superar si no quería que la encasillaran.

—Cierto. No lo es —contestó finalmente.

Ponce retrocedió. Se dio cuenta del error.

—Perdona, se me dan muy mal las presentaciones —respondió buscando una muestra de complicidad que rebajara la tensión generada—. Supongo que Escudero ya te ha puesto al tanto de todo, con ese discurso que...

—Está bien, no tiene importancia —respondió ella, cortándole de sopetón.

Su actitud se había vuelto predecible. Era muy común en la clase de hombres que se mostraban demasiado seguros aunque, en realidad, no lo fueran. La proactividad no era su fuerte pero, en apenas unos minutos, ya se había cansado de escuchar a ese cretino. Si iban a ser compañeros, lo mejor era mantener las líneas rojas bien marcadas—. Han pasado los dos minutos. Será mejor que no hagamos esperar a Escudero. No quiero arruinar mi primera impresión.

\* \* \*

El despacho de la agente Escudero era amplio, aunque no más que el del jefe de Subdirección.

Una mesa para trabajar y otra para monitorizar los movimientos de las operaciones. Dos pantallas alargadas ocupaban parte del segundo escritorio que había en la habitación.

Escudero no tenía decoración alguna en su despacho. Ni fotos familiares, ni tampoco ninguna clase de recuerdo. Dana entendió que estaría soltera o divorciada y que, como ella, tendría una relación difícil con su familia.

En las pantallas aparecían las mismas imágenes que Navarro le había entregado en el informe de papel, esta vez ampliadas y con una resolución mejor. Además, la superior había añadido fotografías antiguas de Pototsky, en las que cambiaba su apariencia hasta convertirse en un rostro irreconocible.

—Este es el hombre con el que se reunirá mañana —dijo señalando al sujeto—. Supongo que Navarro ya le habrá explicado a qué clase de personaje se enfrentará.

—Sí. Olek Pototsky —dijo ella—. ¿Cuáles son los pasos a seguir?

—Primero, tendrá que reconocerlo —aclaró—. Hace unos días, un agente infiltrado, como diplomático en la embajada española de Varsovia, informó de la salida de prisión del ucraniano. Al parecer, el Gobierno polaco iba a mantenerlo en secreto, pero alguien le chivó la noticia a un periodista del Gazeta Wyborcza. Con Pototsky en el punto de mira, lo siguiente que supimos era que se dirigía a Francia en coche, para volar después a Madrid. No tenemos la menor idea de qué va a hacer aquí, la verdad.

—¿No ha sido posible detenerlo?

—No ha sido necesario, la verdad. Lo más probable es que viaje con un pasaporte europeo falso y su aspecto sea irreconocible. Las agencias vecinas tampoco han revelado información acerca de él.

—¿Cómo están seguros de que Pototsky no buscará protección en otros países?

Ponce se cruzó de brazos.

—No lo hará. Es su naturaleza. Pototsky apoya a Putin. Es un nostálgico y detesta todo lo que huelga a Europa.

—Eso no es del todo cierto, Ponce —replicó la jefa—. Pototsky es un pirata. Se vende a quien más le ofrezca. No podemos competir contra Rusia, un país que le ofrece inmunidad. Además, su dinero, allí, vale mucho más. En cualquier caso, por esa razón necesitamos su cooperación, agente. El hecho de que hable en su idioma, será la barrera que rompa el escepticismo de este sujeto.

—Entiendo —respondió, aunque desconfiaba de que fuera suficiente para

convencer a un tirano de ese calibre.

—Ha de hacerle creer que es una infiltrada —dijo Ponce—, y que necesita de su cooperación. Una vez se haya ganado su confianza, procederá a instalarle el geolocalizador. De ese modo, podremos saber dónde se encuentra, monitorizar sus movimientos, sus conversaciones y entender qué demonios intenta.

—Así es —afirmó Escudero. La mujer parecía más relajada. Confiaba en que Dana hiciera el trabajo sin complicaciones. Por el contrario, eso elevaba la presión en la agente—. Pototsky se hospedarán en el Hyatt de Gran Vía. Mañana acudirá a un evento privado en la azotea del hotel. Entre los invitados, habrá embajadores, personajes públicos y empresarios internacionales. Y entre ellos, ustedes dos. La falsa invitación ha sido nuestro cebo y parece haberlo mordido.

Dana miró a Ponce.

—Me haré pasar por diplomático de la embajada y mi invitado será la embajadora de Chile en España. A nombre de un documento falso, habrá dos habitaciones reservadas. Una de ellas será para usted, lugar al que llevará a Pototsky una vez se hayan conocido en la fiesta.

Dana asentía. Podía anticiparse a los hechos.

—Se supone que...

—No —dijo Escudero rotundamente—. Por su bien, no se acueste con él.

—No pensaba hacerlo.

—Escudero tiene razón —argumentó el agente Ponce—. Seducir es engañar, distorsionar su realidad, en lugar de entregarse sin dificultad alguna. Es un error que muchas agentes cometen y una forma rápida de delatarse. Pototsky es un jugador. Le gustan los retos. Le gusta ganar. Las mujeres no significan nada para esta clase de hombres. Su mundo, más allá de los estereotipos que se puedan conocer, no facilita las cosas en cuanto a la intimidad se refiere. Usted lo sabe, conoce de sobra la cultura de estos criminales. Por tanto, si va a hacerse pasar por una agente moscovita, debe comportarse como si lo fuera. Sin excepción alguna.

Dana frunció el ceño. La habían llamado para seducir a un criminal.

Los cantos de sirena nunca habían sido su mayor destreza.

—Si se diera la situación en la que tuviera algún imprevisto... —comentó Escudero.

—No lo tendré. Sé cómo defenderme.

Se formó un tenso silencio entre los tres.

—Perfecto, en ese caso... —añadió Ponce, rompiendo el vacío.

—Agente Laine —dijo la jefa, poniendo toda su atención en la joven—. Sé que es su primera intervención y que, posiblemente, piense que aún no ha completado su entrenamiento, pero no se preocupe. Nunca se está preparada cuando llega la primera vez. Confiamos en usted porque así lo ha demostrado. Haga su trabajo, confíe en sus habilidades y también confíe en nosotros. Es importante que Pototsky esté vigilado.

## 6

El agua de la ducha relajaba sus hombros. Había sido una primera jornada agotadora. Desde el estéreo del salón salía *Touch Me* de los Doors. La canción se colaba por la puerta del baño y sintió que Jim Morrison cantaba para ella.

Por unos segundos, deseó quedarse allí para siempre.

Desnuda, aunque protegida por el vapor. El día había llegado y, como esa mujer le había mencionado, no se sentía preparada para hacerlo.

Salió del baño envuelta en una toalla y se dirigió a la cocina. Puso agua a calentar para preparar una infusión y regresó al dormitorio en busca de una camiseta y unos pantalones de algodón. La carpeta amarilla descansaba sobre la única mesa de patas bajas que había en el salón. Pausó la música y aspiró todo el aire de la habitación. Tenía la sensación de encontrarse en otro lugar.

La agencia había corrido con los gastos, proporcionándole un salario fijo, para que mantuviera las apariencias de la normalidad, y ampliando la excedencia que había pedido en el trabajo. Sin embargo, no todo seguía igual. Con la marcha de Carlos, también habían desaparecidos sus objetos personales, su colección de libros y los discos que ocupaban la balda que había junto a las botellas de cristal. Los había recogido durante su ausencia. Para él, Dana estaba en un curso de formación para intérpretes.

El pequeño, y ahora austero, salón se convertía en un espacio vacío, zen, silencioso. Un sentimiento de nostalgia nació en ella, de la nada, fruto de la ausencia. Necesitaba un abrazo, sentir el calor humano de un ser querido, notar el cariño para enfrentarse a la desolación. El calentador de agua sonó. Preparó una bolsita de té verde y se fijó en el agua humeante de la taza.

El teléfono móvil quedaba a medio metro de su posición. Se vio tentada, de nuevo, de llamar a alguien, a la persona adecuada para que calmara la ansiedad que sufría. El nombre de Carlos volvió a cruzarse entre sus pensamientos. También el de su madre. Por desgracia, no debía llamar a

ninguno de los dos. Por ella, por todos. No había dado, ni recibido noticias durante su ausencia. Sabía lo insano que sería irrumpir, sin más, de nuevo, en sus vidas.

Las preguntas llegarían.

Pedirían una explicación.

Jamás les podría contar la verdad.

El temor se apoderó de sus manos durante unos segundos. Dejó la taza sobre la encimera, abrió la ventana de la cocina y dejó que el aire de la noche se apoderara del espacio. Cerró los ojos, respiró profundamente y apretó los puños con fuerza, para aguantar las ganas de gritar. Una bola incandescente se apoderó de su pecho. No sentía tristeza, sino impotencia al ser incapaz de controlar sus fobias. Recordó esa sensación, la misma que sufría cuando su madre le atacaba con reproches, por no hacer lo que le pedía.

Ella siempre había intentado controlarla, física y psicológicamente, utilizando tretas y engaños mentales, propios de una sociópata ejemplar, de una persona enferma y manipuladora. Como hija suya que era, no tenía otra opción que ceder porque, al fin y al cabo, el dolor era superior a la calma de su fuero interno. Sabía dónde atacar, sabía cómo hacerlo con precisión.

Pero el tiempo y la distancia había cambiado los acontecimientos. Cuando la furia abandonó su cuerpo, pensó que, después de todo, su madre había sido su mejor entrenadora, razón por la que había pasado los exámenes con una razonable facilidad.

Una vez más, le debía a ella ser cómo era, aunque hubiese preferido aprender de otra manera. La vida no siempre daba opciones pero, por fortuna, ese periodo de la historia había terminado para siempre.

Ahora, su vida pertenecía al Estado.

## 7

Los rayos del sol atravesaban la ventana. Su primera misión. Jamás imaginó que fuera así aunque, no quería engañarse: nunca lo hizo porque desconocía cómo llegaría ese momento.

Le costó relajarse, apenas había dormido repasando el informe de ese hombre y no estaba convencida de que fuera capaz de reconocerlo a la primera. Las dudas y la inseguridad de última hora se apoderaban de ella.

«Has entrenado mucho para esto», se dijo frente al espejo del cuarto de baño.

Y así era. Así había hecho. Pero el síndrome del impostor siempre acechaba cuando menos se esperaba. ¿A quién no le sucedía?, se preguntó.

De pronto, se sintió vacía, como si la situación le quedara demasiado grande. No, no era momento para derrumbarse. La presión se respiraba en el interior de su dormitorio. Una ansiedad que ella misma había generado, así como hacían todas las personas. Presiones a causa de la opinión de otros, de la aprobación ajena, del éxito que nos imponemos. En este caso, se sumaba el miedo a que algo saliera mal, a que no sólo ella fuera la que pusiera en peligro su vida, sino también la del resto, la de una operación estatal.

Sin quererlo, se había visto envuelta en una vorágine de negatividad que no tardó en detener abriendo la ventana y respirando el aire fresco que movía la corriente.

«¿Qué te está pasando, Dana?», se preguntó en silencio con los ojos cerrados. Nadie le contestó, aunque hubiese esperado que una voz, procediera de donde fuese, le dijera que todo iba a salir bien. Dana no era creyente, no tenía fe y dudaba de que existiera un dios que ayudara a los demás. Siempre pensaba que los creyentes eran más felices que ella, simplemente, por el hecho de creer en algo.

Por tanto, llevaba demasiados años escuchando la única voz que habitaba en su cabeza y se había acostumbrado a ella pero, como cualquier cosa en esta

vida, no se puede ignorar lo que ya se conoce. Pensó en la voz de su madre, cuando menos le convenía, pero más lo necesitaba. Así como en la de Carlos.

Un defecto humano inevitable, añorar aquello que tanto habíamos odiado en el pasado, como si fuéramos capaces de recordar por qué lo habíamos hecho. Incluso llegó a imaginar a Escudero, esa mujer a la que apenas conocía, pero que le aseguraba que se podía llegar alto siendo una mujer en un mundo de testosterona.

Suspiró, vació los pulmones y se relajó. Los ejercicios de respiración siempre le eran útiles en las situaciones extremas.

Después caminó hacia la cocina y se puso un vaso de agua.

Comprobó la hora. Eran las doce del mediodía, aún faltaba una hora y media hasta la celebración del cóctel. Estaba vestida, maquillada y lista para ponerse en acción. Llevaba un vestido y se sentía cómoda en él, a pesar de que ella fuese más de tejanos, camisetas de un solo color y botas Chelsea.

Se miró al espejo y repasó de nuevo la misión.

No dudó de que llamaría la atención de su objetivo.

Las sugerencias de Escudero, más parecidas órdenes que consejos, la llevaron a optar por ese vestido elegante de color azul marino que dejaba su espalda al descubierto. Dana era pálida de piel, pero esto no supondría un problema. De hecho, el color blanquecino de sus piernas ayudaría a que se acercara a ella.

Un taxi la recogería en la puerta de su casa para llevarla hasta el hotel Hyatt, que se encontraba en el centro de la Gran Vía madrileña. Allí, se identificaría en la recepción que habrían habilitado para la ocasión, haciéndose pasar como una invitada de Ponce, ahora convertido en diplomático. Un ascensor la subiría hasta lo más alto del hotel, donde se encontraría el agente, acompañado de la mujer chilena y, si no fallaba nada, entre la multitud deambularía Aleksandr Pototsky.

Una vez detectado el objetivo, se retiraría inocentemente en busca de los baños, saldría por la puerta de emergencia que encontraría junto al ascensor y bajaría hasta tres plantas, para esperar a Ponce en el pasillo de la habitación 709.

Allí, sin que nadie los viera, en un punto ciego de cámaras y vigilancia, Ponce le entregaría la tarjeta de la habitación que había reservado para llevar a Pototsky.

Debería ser rápida, nadie podría verlos juntos y, mucho menos, sospechar que era la estancia de la agente.

Una vez dentro, desarmaría al ucraniano y lo llevaría a su terreno.

En principio, parecía una misión común, sin peligro alguno.

Eso decían normalmente, ya fuera para evitar sorpresas de última hora u ocultar la verdad de lo que sucedía allí dentro. Existía un abismo entre la teoría y la práctica, por muy exigentes que fueran los ejercicios de entrenamiento, por muy alto que fuera el precio a pagar para ser uno de ellos.

Sin embargo, la opinión social difería de lo que se comentaba durante el proceso de adiestramiento.

La mayoría de los agentes, nunca veían sangre durante sus misiones. Por su apariencia, muchos estaban incapacitados para salir airosos de una situación de alto riesgo. Sólo una pequeña proporción de estos, y únicamente agentes de campo, se habían visto envueltos en algún desagradable episodio durante la carrera, pero no era algo que ocurriera con normalidad, ni tampoco de lo que se hablara. Allí dentro, el hermetismo era la norma y nunca llegaba uno a confiar en la persona que tenía al lado. Era parte del código.

Los espías trabajaban las veinticuatro horas sin excepción, ya fuera en la calle o a la hora de relacionarse con su familia. A pesar de ello, el mundo era diferente a la ficción y, mientras algunos escándalos superaban a lo que el cine o la literatura pudiera mostrar, la mayor parte del tiempo era pura burocracia.

Abrió su pequeño bolso blanco de Prada. En esta ocasión, por cuestiones de seguridad, no llevaría la Česká Zbrojovka 75 reglamentaria que le habían asignado en un principio, una semiautomática de nueve milímetros, de fabricación checa y hecha íntegramente de acero.

En caso de problemas, tendría que ser más sutil y defenderse con la pluma Parker cargada de tinta ácida que le habían asignado. Deseó no tener que utilizarla. Una salpicadura y desfiguraría el rostro del eslavo.

Dispuesta a marcharse, comprobó por última vez el informe de Pototsky.

Fotografió mentalmente sus ojos, los rasgos de su rostro y se preguntó qué aspecto tendría ahora. Pronto lo descubriría. No iba a permitir que ese criminal le chafara su primera puesta en escena.

## 8

El tráfico de la ciudad taponaba la entrada a la Gran Vía desde la plaza de España. A pesar de que el Ayuntamiento de Madrid había limitado el área a residentes y servicios públicos, el corazón de la ciudad seguía siendo una arteria obstruida por cantidades ingentes de viandantes, autobuses que cruzaban en sendas direcciones, taxis y servicios de transporte público. La radio estaba puesta en el interior del vehículo, un Volkswagen Passat blanco como muchos de los que corrían por las calles de la capital.

—¿Está bien la temperatura, señorita? —preguntó el taxista, un cincuentón con gafas de alambre, rostro arrugado y cansado, que conducía con las manos pegadas al volante.

—Sí. Todo está bien —respondió ella mirando por la ventana, fijándose en la marabunta turística que se agolpaba en las entradas de las tiendas textiles, de las franquicias de comida rápida y de los locales de moda.

El conductor la miró por el espejo retrovisor y guardó silencio. Dana no era muy habladora y tampoco le gustaba hablar sin razón. Era consciente de que muchas personas temían el vacío conversacional, los silencios incómodos y la sensación de conversar sin saber muy bien de qué. Pero a ella no le afectaba. Era distinta. Había pasado parte de su vida callando, fijándose en los detalles que se transmitían a través de la mirada, y no de la voz.

Entre un caótico paso de peatones, el taxista señaló la puerta del hotel.

—Ya hemos llegado —dijo, se abrió paso, en cuanto el semáforo puso la luz roja, y se detuvo en el área de descarga del hotel, junto a la calzada. Dana le entregó un billete de veinte euros y le sugirió que se quedara con el resto. Cuando el conductor hizo ademán de bajar para abrirle la puerta, mostrando así su agradecimiento por la propina y la oxidada caballerosidad que había mostrado hasta el momento, Dana lo detuvo con una mirada.

—No se moleste —dijo y abrió la puerta deslizando las piernas por el asiento para salir—. Que tenga un buen día.

Cerró de un golpe, la brisa azotó su rostro y agradeció haber cogido, a última hora, aquel abrigo fino que le cubría hasta la cintura. El viento movió su melena, aunque sin llegar a despeinarla, y no tardó en caminar hacia la puerta, en la que un botones la miró condescendiente.

A pesar de que lo hacía con naturalidad, odiaba llevar tacones. Era una de esas mujeres que los detestaba. Al final de la noche, solía terminar con un dolor inaguantable de talón y empeine, sin mencionar los dedos del pie y la liberación que suponía cuando se quitaba los zapatos. El dogma seguía presente. Por suerte, podía alternar el tipo de calzado según la ocasión, debido a su altura. Los atributos físicos con los que había nacido, la ponían en una situación de ventaja respecto a otros hombres. Solía intimidarlos cuando eran más bajos y eso le divertía. Al contrario de lo que muchos pensaban, la altura de los hombres no era lo que más despertaba su atención.

Cruzó el vestíbulo y divisó una recepción para huéspedes y un puesto, junto al ascensor, para los invitados de la fiesta privada. Estaba algo nerviosa, pero no más de cómo lo estaría en una cita a ciegas.

—Buenas tardes —dijo una sonriente mujer de labios encarnados y ojos marrones—. ¿Me dice su nombre, por favor?

—Daniela Lenore —respondió ella con seguridad, utilizando el sobrenombre que Ponce había elegido para su primera misión.

Echó un vistazo a la lista, en busca de Aleksandr Pototsky, pero entendió que tampoco usaría su nombre verdadero. ¿Lenore? ¿En qué estaba pensando ese agente? No era muy sofisticado, pensó, pero qué importaba a esas alturas. Ya lo había soltado en voz alta.

La mayoría de personas eran incapaces de almacenar dos apellidos después de la segunda copa de vino.

Vaciló en preguntar por el ucraniano, pero habría sido un error de novata.

La chica buscó el nombre en la lista, aunque parecía no encontrarlo.

—Ah, sí. Aquí está —dijo finalmente con una sonrisa de satisfacción. Hubiese sido un aprieto para las dos. Después sacó una pulsera adhesiva de color dorado y se la colocó en la muñeca—. Última planta. Disfrute de la fiesta, señora Lenore.

—Gracias —respondió la agente fingiendo una sonrisa ensayada.

Tras un vistazo rápido, no reconoció ningún rostro a su alrededor, lo cual era favorable. Se dirigió al ascensor para buscar su teléfono y asegurarse de que Ponce estaría allí, cuando una mano alcanzó el botón de llamada antes que ella.

El brazo pertenecía a un hombre de cabello oscuro, mirada profunda y pómulos hundidos. Lucía una melena brillante, probablemente cuidada con algún tipo de fijador que le proporcionaba un efecto mojado. Vestía unos pantalones de color crema y una camisa blanca, desabrochada hasta el segundo botón, por la que dejaba ver su esternón bronceado y el vello rebelde que salía de su pecho.

—Señora Lenore —dijo el hombre cuando sus ojos se encontraron. Poseía un acento extraño.

Dana reaccionó con rapidez.

—¿Le conozco de algo?

—No, la verdad es que no —dijo y sonrió mostrando una sonrisa de dentista. La barba de varios días, del grosor de una lija, le daba un aspecto desaliñado que lo hacía más atractivo a los ojos de las mujeres. Era lo que Dana llamaba un jugador y, sólo por eso, intuyó que la perseguiría como una lapa, hasta que ella le mostrara los dientes. El tipo alzó la muñeca y le mostró la pulsera dorada adhesiva—. Estaba detrás de usted, también voy al evento.

—¡Oh! Vaya, qué despistada —dijo ella soltando una risita y tapándose la boca.

Se hacía fenomenal la ingenua.

Dispuestos a jugar, pensó, disfrutemos un rato.

—Mi nombre es Enrico Moncini —prosiguió en español, con un fuerte acento italiano, y le ofreció la mano—. Encantado.

—Mucho gusto —dijo ella—. ¿*Milano*?

Él se sorprendió.

—*Quasi, quasi...* Bérghamo.

Las puertas del ascensor se abrieron. Dos desconocidos más aguardaban tras ellos. Dana se sintió elogiada por el italiano, que se mostraba atento a sus movimientos.

Lamentablemente, tendría que quitárselo de encima en cuanto llegara a la azotea, y no sería fácil. Que le había gustado, era algo más que obvio, pero no estaba allí para ligar con ningún hombre y tampoco tenía la menor intención de seguirle la guasa. Si se interponía entre ella y Pototsky, sin duda, espantaría al ucraniano que, por lo que había leído en el informe, no parecía ser el tipo de persona que aguantaba las tonterías.

\* \* \*

Cuando las puertas corredizas se abrieron, frente a ella, vio la puerta de cristal que daba a la terraza del hotel. Un rápido vistazo fue suficiente para identificar la salida de emergencia y el acceso al área privada de los empleados.

Las cuatro personas abandonaron el ascensor y se dirigieron hacia el exterior.

Enrico seguía junto a Dana. El viaje había sido corto y el italiano parecía con ganas de continuar con la conversación. Por su parte, Dana no quería parecer maleducada.

Desconocía quién era, qué hacía allí y cómo podía afectar eso a sus próximos movimientos. Probablemente, un ricachón. Pensó que, ir acompañada de él, le daría cierta inclusión en el ambiente y ayudaría a pasar desapercibida. Una de las reglas de oro en los eventos sociales era la de conocer a todos sin llegar a intimar con nadie. Tener aliados, facilitaba las cosas, pero que conocieran algún detalle personal, ponía en peligro la integridad de los agentes.

Hasta el momento, Dana no había tenido tiempo para más que sonreír y preguntarle por su procedencia. Moncini acudía en calidad de invitado, aunque probablemente como ella. Por su aspecto, no parecía ser un diplomático, ni pertenecer a la embajada, así que, finalmente, supuso que sería un hombre de negocios o alguien con mucha influencia en esa clase de círculos sociales. Un terreno de juego al que Dana acababa de llegar.

—Y bien, Daniela, ¿a qué se dedica? —preguntó abriéndole la puerta—. Su español es pulcro y natural, pero no parece que sea...

—Lugano —intervino antes de que continuara con las preguntas—. Mi madre nació en el cantón, pero yo nací aquí.

—¿Milanesa?

—Si tú lo dices... —contestó ella desafiante y orgullosa de la improvisación.

No era la primera vez que mentía a alguien con esa facilidad. Lo había hecho anteriormente, durante las pruebas de acceso. Lo había hecho en el trabajo, también con su pareja. La mentira era adictiva. En las primeras semanas de formación, les habían obligado a engañar a una persona para que les dejara usar el teléfono del domicilio. La primera vez fue horrible. Se sintió como una miserable tras haber jugado con las emociones y la confianza de una desconocida. Poco a poco, se convirtió en una especialista en el arte del embuste. Al principio, dolía. Después, se pegaba a la piel. La sensación de

engañar a cualquiera dejaba un agradable gusto de ser capaz de cualquier cosa. Pero, hasta la fecha, sabía que ninguna de aquellas acciones, por muy comprometidas que fueran, tendrían una consecuencia severa. Sin embargo, el entrenamiento ya había terminado y aquel era el terreno real.

Una mentira descubierta, haría explotar su tapadera.

Por fortuna, el agente Ponce no tardó en aparecer, acompañado de una bella mujer, algunos años más joven que él, con un vestido de lentejuelas y una penetrante mirada negra. Dana entendió que se trataría de la diplomática chilena, aunque dudó si también sería una agente encubierta. No era relevante. Su misión era la de encontrar a Pototsky antes de que se fuera y demostrarle a su compañero de que era capaz de hacerlo.

—¡Señora Lenore! —dijo Ponce con una falsa efusividad de la que nadie sospechó.

Enrico lo miró con curiosidad y Dana entendió que aquel hombre no se achantaría con tanta facilidad—. ¡Cuánto tiempo! Le presento a la señora Rojas, la Embajadora de Chile en España.

Estrecharon la mano y los ojos del agente se dirigieron a los del italiano.

—No sabía que vendría acompañada... —comentó con una ligera reticencia—. ¿Y usted es? ¿Su pareja?

—Enrico Moncini —respondió con una sonrisa y entregó la mano a los dos.

—El señor Moncini y yo nos hemos conocido hace unos minutos —explicó y miró al italiano con complicidad—, en el ascensor, para ser más precisa.

—¡Qué interesante! ¡Y qué romántico! —exclamó Ponce, exagerando un amaneramiento hasta el momento oculto. Dana entendió que Ponce se parecía más a un camaleón, que al estereotipo con aires de Sean Connery que había imaginado en él—. ¿A qué se dedica, señor Moncini? Si no es mucho preguntar, claro... Siempre me ha fascinado Italia, como comprenderá.

El italiano suspiró. Parecía aburrirle hablar de negocios.

—Me dedico a la industria naval... —dijo asintiendo con la cabeza. Dana se rio, pero también comprendió que era el momento de desentenderse y aprovechar la ocasión para desaparecer. Ponce le envió una señal con los ojos y Dana se disculpó unos segundos para ir al baño.

En lo alto de la terraza, la escultura de un arquero apuntaba hacia el cielo azul de Madrid.

El espacio no era demasiado amplio, aunque suficiente para albergar a

más de noventa personas. En uno de los extremos, un pinchadiscos amenizaba con jazz la tarde.

Los camareros servían champaña, vino, refrescos y canapés calientes.

Al otro extremo, había un bar de cristal, con una barra en su interior en la que servían más bebidas. La decoración de palmeras y las vistas de la Gran Vía se fundían hacia Montera. Allí, junto a la vegetación y las personas que se movían cerca del límite entre la terraza y el vacío, reconoció el rostro de un hombre arrugado, de cabello desaliñado, lacio y rubio. Sujetaba una copa de espumoso, con la mano llena de sortijas de oro y un Rolex brillante que colgaba holgado de su muñeca.

Con una camisa azul celeste, abierta hasta el tercer botón, dejaba a la vista una cruz ortodoxa de oro que colgaba de su cuello. Aparentemente, Pototsky bebía mientras hablaba con una desconocida, con aspecto de modelo, de la que solo veía su parte trasera.

Allí de pie, por encima del hombro de esa mujer, el ucraniano levantó su mirada cristalina y la clavó en los ojos de Dana. Un fuerte escalofrío recorrió su columna vertebral y la puso más nerviosa de lo que ya estaba.

—¿Una bebida, señora? —preguntó un camarero bajito vestido de traje con pajarita. Era joven, sin mucha experiencia, pero tenía una expresión amable, a pesar del estrés y los nervios que le corroían por dentro. En el fondo, no era muy diferente a ella.

La agente sonrió con amabilidad, agarró una copa de cava de la bandeja y se dirigió a la puerta del cuarto de baño de mujeres, que estaba a escasos metros de su posición. Entró apresurada, sin llamar la atención, echó el cerrojo y sacó el teléfono móvil del bolso. Después buscó el número de Ponce.

Llamándolo, cometería un error, así que le escribió un mensaje.

«Localizado. Nos vemos abajo»

Guardó el teléfono, se bebió el resto de la copa de un trago y cerró los ojos. Una vez saliera por esa puerta, no habría marcha atrás.

## 9

Abandonó el cuarto de baño y tropezó con una mujer que esperaba su turno escribiéndose por teléfono con otra persona. El avance tecnológico había facilitado la comunicación, aunque estaba destruyendo la atención humana. Mientras esa desconocida tecleaba en la pantalla de su dispositivo, alguien podría robarle el bolso, asaltarla o, simplemente, adelantarse en la cola de espera. A Dana le sorprendía la capacidad que la sociedad tenía para luchar por algunas cosas, y rendirse tan pronto ante un dispositivo que la convertía en esclava las veinticuatro horas.

Una breve disculpa por el choque, que no tuvo trascendencia alguna, y se escabulló entre la multitud de invitados sin llamar la atención del ucraniano, que ahora esperaba apoyado en la barra del interior del bar, a la espera de que le sirvieran su copa.

Pototsky era alto, se movía con parsimonia y no parecía ser la clase de invitado en ese tipo de eventos.

Tanta cortesía parecía incomodarle.

A unos metros de la entrada a la terraza, vislumbró a Ponce junto a su acompañante, la hermosa chilena. El italiano había abandonado la conversación con la marcha de Dana, la cual agradeció que no se entrometiera en la misión.

«Enrico Moncini», se repitió la agente con el fin de encontrarlo más adelante en Internet.

Sin que nadie la viera, se acercó a la puerta de emergencia y la abrió empujando hacia dentro. Cerró y buscó un interruptor de luz, debido a la oscuridad que le impedía bajar los escalones. Como si llevara unas deportivas en lugar de finos tacones, bajó los peldaños con agilidad, sujetando la parte inferior del vestido, hasta que alcanzó la planta en la que había acordado reunirse con Ponce. Una vez allí, empujó otra puerta y apareció en un amplio y desierto pasillo de moqueta roja, láminas en las paredes y halógenos en lo

alto.

Miró a ambos lados, pero no encontró ninguna presencia humana, ni siquiera la del servicio de habitaciones.

«Estupendo», pensó a la vez que recuperaba el aliento.

No estaba nerviosa, aunque sentía el zumbido de su corazón, la adrenalina de la situación recorriendo su cuerpo. Le gustaba su trabajo. Le gustaba vivir la incertidumbre del peligro, pero tampoco quería que se alargara demasiado. Tal y como le habían explicado, su presencia allí era, únicamente, para introducir un dispositivo en el equipaje de ese hombre. Todo debía suceder con una considerable facilidad.

Se fijó en el número de una de las habitaciones y caminó recorriendo el pasillo hasta llegar a la mitad de éste, dónde dos flechas marcaban los sentidos correctos de la numeración.

Nada más localizar la 709, volvió a cerciorarse de que no había testigos.

Aguardó unos segundos. Lo más normal, y lo que no deseaba que ocurriera, era que alguno de los huéspedes pasara por allí. Tanto ella como el agente Ponce contaban con esa posibilidad, aunque debían evitar, a toda costa, que ningún desconocido los asociara.

Lentos pasos la llevaron hasta la puerta de la habitación. En efecto, era un pasillo cerrado con tres puertas.

Se detuvo frente al número 709, de espaldas a la cámara de seguridad que vigilaba desde una esquina y esperó a que sucediera algo.

Segundos más tarde, unos zapatos aplastaron el tejido de la moqueta y se acercaron a ella. El temor le recorrió el espinazo. Bajó la vista y vio las sombras aumentando su tamaño. No debía moverse porque, de hacerlo así, la cámara lo grabaría todo.

Pero, ¿y si no era su compañero?, se preguntó dubitativa.

Era un riesgo que debía asumir.

Como en una coreografía ensayada, permaneció quieta en busca de la señal previamente acordada. La espera se hizo eterna. Sintió cómo la sombra dejaba algo en el ángulo ciego que la cámara no llegaba a captar. Metió la mano en el bolso para buscar el teléfono que vibraba.

Después los pasos se alejaron. Ponce había abandonado la tarjeta.

Fingiéndose haber recordado algo a última hora, con tal de confundir a la cámara, agachó el rostro con los ojos clavados en la pantalla y dio media vuelta.

Debía dar la impresión de ser ella la huésped, aunque el dormitorio

estuviera reservado a nombre de otra persona. Cuantos menos cabos se pudieran atar, más fácil de resolver sería aquello. Horas más tarde, tendría que volver acompañada de Pototsky para que la jugada tuviera sentido y, quién sabía, si eso serviría para disipar las dudas de terceros.

En medio de la moqueta vio una tarjeta blanca de plástico. Se agachó a recogerla y seguidamente recibió un mensaje de su compañero en el teléfono.

«Buena suerte. Te cubriré de cerca», escribió Ponce, provocándole una estúpida sonrisa en la cara.

Se acercó al ascensor, subió hasta lo más alto y se retocó el maquillaje.

Llenó los pulmones de oxígeno y comprobó lo bella que estaba frente al espejo.

Era una mujer fatal dispuesta a salirse con la suya.

Después se rio hacia sus adentros. Eso era lo que Escudero le habría comentando, tan obsesionada por hacerse valer en esa absurda pirámida de mandos, testosterona y poder. Pero Dana no era una mujer fatal y tampoco tenía interés en serlo. Para ella, su guerra era otra y le parecía muy triste, a la par que sorprendente, que toda la fortaleza de un hombre se pudiera reducir con una cara bonita, un cuerpo cuidado y un perfume caro. Ni siquiera las palabras eran necesarias para provocar una fuerte impresión. En alguna parte de su interior, la agente quería pensar que, los hombres más peligrosos, quienes movían los hilos de las sombras del mundo, estaban por encima de aquello.

Pero, quizá, estuviera equivocada.

El pensamiento se desvaneció en cuanto las puertas se abrieron.

De nuevo, la claridad del cielo, la elegancia de los invitados, el baile de máscaras de la diplomacia, se encontraban frente a ella. Sonrisas, brindis y conversaciones en absoluta armonía que representaban la falacia más profunda de las relaciones entre representantes de países, negociantes y millonarios.

Aunque no estuviera de acuerdo, era consciente de que, en ese mundo, las reglas las marcaban otros elementos y, cambiarlas...

Para atrapar criminales, en ocasiones, era mejor no cambiarlas.

\* \* \*

Entró de nuevo en escena, esta vez con un objetivo claro. El cronómetro estaba en marcha. Debía moverse con rapidez, pero sin parecer obvia en sus intenciones.

Pototsky no era un estúpido. Dana estaba convencida de que no era la primera mujer que intentaba seducirlo, pero sí la que mejor iba a engañarlo.

El agente Ponce estaba colocado junto a la mesa del pinchadiscos, para tener una visión amplia de la secuencia. Pototsky se encontraba al otro lado, junto a dos hombres, y con la bebida que había encargado minutos antes.

Dana se acercó al ucraniano y buscó sus ojos en la distancia.

Éste pareció ignorarla durante unos segundos, hasta que, entre risas, volteó los ojos hacia ella. La agente fingió desinterés y se desplazó hacia su lado dándole la espalda. Sacarlo de la conversación, sin conocerlo de nada, era un movimiento agresivo. Tenía que pensar en algo, llamar su atención. Dirigirse hacia la barra y llamarlo silenciosamente, pensó, era un comienzo.

Caminó hacia el bar, mirando la figura del contrabandista en el reflejo del cristal y esperó su turno hasta llegar a la barra.

—Una copa de cava, por favor —dijo recordándose que no podía beber más. Dana toleraba el alcohol bastante bien, pero no debía excederse.

Percibió el movimiento de un hombre acercándose.

Agradeció el servicio y sujetó su copa.

—Le había perdido —comentó una voz masculina por encima del hombro. El cálido aliento acarició su piel. Era Enrico—. Que sean dos, por favor.

—Vaya. Así es como persigue a las damas.

Él no resistió reírse.

—¿Prosecco?

—Cava.

—Digamos que es la casualidad quien nos persigue. ¿No cree?

Dana se giró. Miró hacia Pototsky, que parecía interesarse ahora por ella y sospechó que la presencia del italiano jugaría a su favor. Usarlo, no era una mala opción, aunque el mediterráneo no tenía aspecto de ingenuo. Conocía la psicología de los hombres, el poder del desafío y el inocente defecto de creerse capaces de cualquier cosa.

Guió al italiano con la punta de sus zapatos hacia el grupo de hombres.

Después, con un movimiento inteligente, logró colocarse al lado del criminal.

Pototsky advirtió la jugada, sonrió y elevó el tono de voz en la conversación. Hablaba en inglés y parecía divertirse. Dana no identificó a los otros dos acompañantes, que poco se parecían a él e iban vestidos de traje y corbata.

—Todavía no sé a qué se dedica, Daniela —dijo Enrico con cierto interés, buscando reavivar la conversación. Su cabeza se adelantó a la respuesta. Desconocía lo que Ponce le habría contado durante su ausencia—. Es una mujer muy misteriosa.

—Y usted muy preguntón —contestó con un suave coqueteo que no pareció ofenderle. En efecto. Reafirmó que Enrico era un jugador—. Disculpe, no me gusta hablar de trabajo cuando no estoy en él. Los médicos dicen que es importante desconectar...

—Entiendo, ¿va a terapia? —dijo asintiendo con la cabeza—, aunque, en ese caso, no sé qué hace aquí...

—Divertirme, como los demás. ¿No cree?

—Si usted lo dice... No es el evento más adecuado para ello.

El italiano sacó el teléfono de su bolsillo para aparentar estar ocupado con algo y mostrar desinterés. Dana se dio cuenta de que era otro de sus trucos para no seguir insistiendo. Si ella lo quería, en cuestión de minutos, él terminaría pidiéndole el número, pero no se lo iba a poner tan fácil.

El ucraniano pareció inquietarse y abandonó la conversación, dirigiéndose al ascensor. Se le iba a escapar.

—Enrico, debe disculparme.

—¿De nuevo?

—Lo siento —respondió con pesadumbre, algo alterada—. Si es así como dice, la casualidad nos perseguirá.

El hombre levantó los hombros aceptando su destino.

—No se preocupe —dijo con una mueca de decepción, la copa en la mano y la otra en el bolsillo—. *Ciao, ciao, bella.*

Una lástima, pensó la agente, tener que dejar a ese guapo mediterráneo en la azotea y sin compañía, pero su misión se había visto en riesgo con el movimiento de aquel hombre.

Siguió los pasos del ucraniano, que se movía lento, aunque decidido, y se detuvo junto a él mientras ambos esperaban el ascensor.

Pototsky olía a colonia fuerte, a fragancia masculina que transportó a la agente a décadas anteriores.

A pesar de su desaliñado aspecto, parecía cuidarse, a su manera.

—*Nice dress* —comentó dándole un repaso con la mirada.

—*Spasiba.*

La respuesta provocó una reacción en el rostro gélido del eslavo. Las puertas se abrieron. Estaban solos.

—*Pozhaluysta...* —dijo él con educación, invitándola a que fuera la primera en entrar. Dana tomó la iniciativa, aunque entendió el gesto como una orden, más que un halago. El ascensor se movió hacia abajo.

Ahora Pototsky parecía más interesado en ella por sus ligeros movimientos. La presencia de la mujer le agradaba, y eso no era del todo bueno. Hablar en ruso, había funcionado. Aunque Dana no dominaba el ucraniano, era consciente de que Pototsky sí se comunicaba con fluidez en ambos idiomas—. *A vy kto?*

—Mi nombre es Daniela —respondió ella en la lengua eslava.

Pototsky esbozó una sonrisa de victoria, parecía entretenerse con aquel estúpido juego. La agente dudó de sí misma y se cuestionó si habría sonado convincente. Era normal y lógico para una novata en su primer día de trabajo. Cada paso, cada gesto, era sinónimo de inseguridad. El tiempo le daría las tablas que necesitaba. Pero, así y todo, la situación marchaba, no iba del todo mal. Mostraba iniciativa y eso transmitía seguridad, no sólo en ella, sino a su alrededor. El ucraniano había pulsado el botón del vestíbulo, pero Dana se adelantó y pulsó el número siete—. *Do you speak English?*

—Sí, mejor. No me gustaría llamar la atención —comentó cambiando al inglés y dando paso a una posible interacción. En efecto, había mostrado interés en él, y el hombre parecía corresponder a su llamada. La puerta se abrió en la planta número ocho. Una pareja de huéspedes extranjeros entró en el elevador—. ¿Una copa?

Las puertas se volvieron a abrir en la planta número siete.

El ucraniano esperó unos segundos. Dana no supo qué hacer, pero optó por guardar silencio y dejar que el ascensor siguiera su curso.

Pototsky lo tomó como una confirmación.

La partida había comenzado.

# 10

Dana no tardó en interpretar sus intenciones. Pototsky tenía claro lo que quería. Primero, alejarse de la fiesta para que no lo identificaran. La presencia de Dana le había hecho saltar las alarmas de seguridad. Sin embargo, tampoco quería ir muy lejos del hotel.

Allí dentro, nada le podría pasar.

Cuanto más se distanciara de la habitación, el riesgo a ser sorprendido aumentaría.

¿Qué haría allí? ¿A quién temería encontrarse?, se preguntó caminando tras él.

Ese era su trabajo.

La agente siguió los pasos del desconocido hasta la barra del bar del hotel. Su presencia no le incomodaba, por lo que respiró tranquila. Pototsky se mostraba cómodo o, al menos, parecía estarlo, pero no sería un hombre fácil de tratar.

Pidió dos vodka con hielo y limón y se apoyó en la barra de madera.

—Déjame pensar... —dijo mirándola con los ojos entornados—. ¿Para quién trabajas?

Ella apoyó una mano sobre el taburete de piel.

—Me gustaría hablar con usted, señor Pototsky. Tengo algo que puede interesarle.

—¿A mí? Lo dudo. Suelo ser yo quien dice esa frase... —contestó. Estiró la mano y acarició la barbilla de la agente con los dedos. En un acto inconsciente de repulsión, la agente echó hacia atrás la cabeza—. ¿Quién te ha dicho mi nombre, bonita? Bueno... Viéndote bien, tal vez sí tengas algo que me interesa... ¿Te envía el FSB? ¿Es un regalito de Varsovia? Sea como sea, no estoy dispuesto a aceptar ningún soborno, ni estoy aquí para escuchar las ofertas de nadie. He cumplido con mi condena. Ahora soy un hombre libre... ja, ja...

La agente aguantó la mirada.

El FSB era el Servicio Federal de Seguridad ruso, el sustituto del supuestamente extinto KGB. Hacerse pasar por uno de ellos, era un movimiento arriesgado.

Los rusos, a diferencia de muchos países europeos, llevaban años de ventaja en el espionaje internacional. El Gobierno de Putin invertía gran parte del presupuesto estatal para formar a los mejores agentes. Y también a los más despiadados.

Por otro lado, dada la forma en la que había mencionado a la agencia, hábil, entendió que, tal vez, uno de los motivos por los que Pototsky había quedado en libertad, habría perjudicado su relación con el país enemigo. Las diferencias entre Polonia y Rusia eran históricamente conocidas y éstas no habían mejorado tras la caída del régimen soviético. Con la llegada al poder y la mayoría absoluta de PiS, la tensión política entre ambos territorios había aumentado.

—Se equivoca, no sé de lo que me habla... Pero, insisto. ¿Podríamos hacerlo en otro lugar?

Aleksandr levantó las manos señalando al bar y a sus bebidas.

—Si lo que quieres es hablar, adelante. ¿Existe un lugar mejor que éste para hacerlo? —preguntó y señaló al vacío que tenían a su alrededor—. No. No tengo nada de lo que hablar ahora mismo. Estoy esperando a una persona.

—Creo que no me ha entendido... o no me he explicado bien... Lo que tengo para usted, no puedo mostrárselo aquí. Por eso, me refiero a un lugar más... más íntimo —contestó y le guiñó un ojo—. Después, podemos hablar, si quiere.

Acto seguido, se arrepintió de su movimiento.

Se sentía sucia y estúpida, pero había funcionado. El objetivo se resistía y pensó que habría sido más fácil seduciéndolo primero.

Como una babosa, volvió a mirarla con ojos de lujuria.

Agarró la copa, dio un largo trago y la dejó con una sonrisa. Su voz era profunda y desgastada. Su mirada un océano turbio y desgarrador.

—Al fin nos entendemos. Por supuesto... —dijo finalmente con una risa infantil—. *Ushi vianut...*

El ucraniano se puso en pie y juntos, como si se conocieran de antes, caminaron hacia la puerta del ascensor. Ahora, Pototsky se movía con cierta chulería. Le gustaba ir acompañado de una mujer bella, sin importar lo que les uniera, fuera dinero, interés o fama, y Dana se dio cuenta de ello.

Una vez dentro, junto a otras tres personas, Dana acercó la mano al botón número siete para ir directa a la habitación que Ponce le había asignado. Pero los tentáculos de Pototsky la frenaron, agarrándola por la muñeca y paralizando su movimiento.

—*Nyet...* —murmuró y desplazó el brazo lejos del botón.

Él pulsó el botón número tres, que era la planta en la que se hospedaba. Con Pototsky a escasos centímetros, envuelta en el hedor de su colonia varonil, la posibilidad de comunicarle a Ponce del cambio de planes era inexistente.

Si algo podía salir mal, estaba a punto de ocurrir. Rezó para que Ponce no estuviera muy lejos de allí.

\* \* \*

Escudero le había dado unas directrices claras: lo último que podía confesarle era que trabajaba para el CNI, por muy alto que fuera el precio a pagar.

La posibilidad de que el encuentro fuera insatisfactorio, provocaría un efecto dominó negativo en las posteriores conversaciones del ucraniano con sus contactos.

Hasta la fecha, la agencia española no había manifestado interés en él, ni tampoco había dado muestras de seguimiento. Y era mejor que continuara así, hasta que ambos lados estuvieran dispuestos a colaborar. Como le había repetido Escudero, sólo les interesaba establecer un contacto, fuera real o ficticio, para monitorear su estancia, conocer los intereses del ucraniano en el centro del país, y no en el sur, donde se concentraba el mayor número de miembros del crimen organizado ruso.

Abandonaron el ascensor.

La colonia del eslavo era embriagadora y bastante empalagosa. Al parecer, ninguna mujer se había atrevido a decirle que jugaba en su contra, pero Dana pensó que no era la clase de hombres que charlaba mucho con ellas.

Estaba desarmada. Caminaba junto a los pasos de aquel hombre que, por momentos, se volvía más peligroso. No tenía miedo de él, sino de lo que pudiera ocurrir en el interior del dormitorio. Por lo menos, pensó, la pluma con tinta ácida, la sacaría de un aprieto.

La agente intentaba guardar la serenidad de alguien que acostumbraba a facilitar esa clase de servicios.

Pototsky sacó una tarjeta del bolsillo del pantalón y abrió la puerta.

—*Et voilà!* —dijo con esa sonrisa idiota fruto de los cócteles que se había tomado previamente.

El vodka había roto la armonía y ahora sus movimientos destilaban agresividad.

La habitación 339 era una estancia sencilla, sin lujos ni excesos. La cama estaba deshecha. El huésped había utilizado el minibar sin contemplación alguna.

Restos de pequeñas botellas de aguardiente ocupaban el escritorio. A medida que exploraba el cuarto, Dana comenzó a dudar del siguiente paso que debía dar. Desconocía lo que Pototsky esperaba de ella, aunque era evidente que no la había llevado hasta allí para mantener una charla, y que tampoco la dejaría sola.

Así que tenía que estirar los minutos hasta que se encerrara en el baño y pudiera asegurarse de que el sensor de geolocalización estaba en el lugar correcto.

—*Vodka?* —preguntó en inglés y se acercó a una de las botellas vacías—. Puedo llamar al servicio de habitaciones. Mientras tanto, ponte cómoda, bonita...

Con cada palabra, con cada gesto, aquel hombre se volvía más repulsivo.

—*Sok?* —preguntó ella, haciendo referencia a los zumos.

—*Tamatavy?*

Por un segundo, Dana dudó de la pregunta. Le había ofrecido un zumo de tomate aunque, por alguna razón, se expresaba de un modo extraño. Sospechó que la estuviera poniendo a prueba, que fuese una forma autóctona de llamar así a la hortaliza, o que en su país de origen lo llamaran así.

—*Da...* —afirmó zanjando la conversación para evitar la tensión entre los dos.

Restó importancia a lo sucedido y buscó la manera de abordar el momento.

El tiempo corría. No contaba con demasiado margen antes de que notaran su ausencia en la terraza. Parte de su habilidad era la de encontrarse en dos sitios a la vez.

Por su parte, el ucraniano se mostraba cómodo, convencido de que iba a pasar un rato de diversión con esa belleza morena de piel pálida, vientre plano y ojos claros.

Las preguntas llegarían más tarde. Ahora sólo ansiaba desnudarla y

recuperar el tiempo que había perdido entre rejas.

—¿A qué esperas? —preguntó acomodándose en el sillón de la habitación.

Ante la insistencia, Dana reculó, se mostró intimidada con la frialdad de aquel hombre, que la trataba como a un filete de carne. Pototsky la miraba con deseo, de un modo nauseabundo. La violaba con los ojos. Se desabotonó la camisa, dejando a la vista un cuerpo limpio de vello corporal y bajo en forma. La astucia de la agente, cubierta en ese papel de joven tímida, asustada y nueva en el negocio, disparó la sensibilidad del eslavo—. Odio ser yo quien toma la iniciativa, ¿sabes? Está bien, les diré que nos traigan las bebidas, quién sabe si así te relajas...

Giró el torso y buscó el teléfono de la mesilla. Estiró el brazo y agarró el aparato. Quiso detenerlo, pero la inexperiencia bloqueó su instinto. Si el servicio los descubría, revelarían su identidad. Dana buscó en el bolso la pluma. Pronto le sería útil. El anfitrión pidió por teléfono dos zumos de tomate, una botella de champaña y un par de emparedados.

—Señor Pototsky —dijo Dana con el artefacto en la mano—, cancele el pedido ahora mismo.

—¿Qué? ¿A qué viene tanta formalidad?

—Hágalo, por su seguridad.

—¿Está de broma?

Dana se acercó unos centímetros. La distancia era suficiente para rociarle el líquido en la cara y neutralizarlo, pero también para no ser agarrada en caso de que se abalanzara sobre ella.

—¿Acaso crees que soy estúpido? No pienso cancelar nada —dijo altivo y se cruzó de brazos—. Está demasiado buena como para tener un trabajo así. Dígame para quién trabaja o no moveré un dedo.

Dana recordó las palabras de Escudero.

—El FSB me ha enviado para comunicarle su descontento por lo ocurrido en Varsovia —explicó improvisando sus argumentos—. Nos ha parecido una traición, después de todos estos años...

Algo fue mal. Su argumento no terminó de sintonizar con el ucraniano. No importaba cuánto supiera Dana de contraespionaje o de cuántos informes hubiese leído antes de acudir a la cita. Simplemente, no había funcionado.

El timbre de la habitación sonó. El servicio de habitaciones esperaba al otro lado de la puerta.

—*I'm coming...* —dijo el ucraniano ignorando la excusa de la agente.

En un último intento, Dana aprovechó para amenazarlo, pero no lo logró, así que se pegó a la pared. Con suerte, el empleado no la vería.

Pototsky abrió la puerta y Dana escuchó las ruedas de la bandeja móvil entrando en la habitación.

Después se formó un breve silencio, que fue interrumpido por una explosión que se llevó por delante al ucraniano.

El hombre salió despedido hacia atrás.

Un segundo disparo en la cabeza lo derrumbó en el suelo.

Dana no supo reaccionar de otro modo. Pulsó el botón del bolígrafo y lanzó un chorro de ácido contra el vacío de la puerta, arriesgándose a ser abatida a balazos. Un movimiento arriesgado que dio sus frutos. Tal vez, la suerte de la principiante.

La salpicadura lo desarmó. El líquido alcanzó el brazo del asaltante, provocando un estrépito de dolor que aventajó a la agente. No pudo ver más que su uniforme, idéntico al de cualquier otro trabajador del Hyatt. Sin pensarlo dos veces, salió de allí quitándose de encima, tirando la bandeja al suelo y dejándose la vida en huir por las escaleras. Los disparos llamaron la atención del personal de seguridad del hotel. Dana oía a los huéspedes alarmados saliendo de sus habitaciones.

Se descalzó y, con los zapatos en la mano, bajó los escalones de mármol sin generar el menor ruido hasta llegar a la primera planta. Pensó en la suerte que había tenido, no sólo por salir airosa, sino también al no cruzarse con nadie durante la escapada. Ahora, en plena confusión y con un hombre sin vida por medio, toda la atención se dirigía a la habitación del asesinato.

Sobresaltada, intentó recuperar la normalidad para evitar sospechas. Era la primera vez que veía la muerte tan de cerca, y también la primera en la que presenciaba una muerte. Pero no sólo eso. Había fracasado en su misión y jamás se lo perdonaría. Se preguntó qué pensaría Escudero de ella, ahora que no había logrado estar a la altura de las expectativas, y también en quién tendría interés en matar a Pototsky en su propia habitación.

Pero, sobre todo, se cuestionó qué habría sido de ese hombre.

Sería un mal día. Lo predijo.

Escudero no estaba de humor esa mañana en su despacho.

Se miró los pies, aún doloridos por la carrera del día anterior e intentó no pensar de nuevo en el tiroteo.

La oficina seguía su ritmo mientras ella esperaba a que el teléfono de la mesa sonara. Estaba destrozada. El episodio del hotel la había hundido moralmente.

Había pasado la noche abrazada a la mirada descompuesta del ucraniano.

Al poco de abandonar las escaleras para mezclarse entre la confusión y el caos y del vestíbulo, Ponce apareció de la nada, como un buen profesional, y contuvo las ganas de interrogarla en profundidad. No era el momento, tampoco el lugar y vio en el rostro de su compañera, que no estaba preparada para su tanda de preguntas.

Más tarde, un taxi la llevó hasta su apartamento, antes de que los compañeros de la Policía Nacional aparecieran por allí para hacer su trabajo.

—¿Un café? —preguntó el agente, que se dejó ver por uno de los pasillos. La miró de arriba abajo y sus miradas de preocupación se encontraron. El hombre tensó la mandíbula—. No seas muy dura contigo. Lo hiciste bien. Te salvaste y eso es lo que importa.

El contacto visual entre ellos duró un instante más.

Dana no sabía que decir, o no quería expresar en alto lo que sentía.

—Fracasé en mi misión. No sirvió de nada.

—¡Eh! Escucha... —dijo él poniéndole la mano en el hombro. Cuando sintió lo extraño que parecía ese acercamiento, la retiró—. Esto no suele funcionar así en la mayoría de casos. Algo se nos escapó. Se torcieron los planes. Podría haber terminado mucho peor.

—Pasé suficiente tiempo con él —respondió como si no importara lo que su compañero dijera—. Fui incapaz de averiguar qué hacía aquí, en Madrid.

Oyeron los tacones de las largas piernas de la superior acercándose.

La falda negra de Escudero se movía como una ficha rígida de dominó. Dana intentó evitar su mirada, pero no tuvo más remedio que levantar el mentón. Escudero se mostraba fatigada. Puede que tampoco tuviera un mal día. Probablemente, alguien hubiera descargado su malestar por el cable de teléfono y, ahora, era el turno de pasarle la pelota a Dana.

—Agentes... —dijo saludando a la pareja—. ¿Cómo se encuentra, Laine?

—Estoy bien, gracias.

Escudero estudió su expresión.

—Ocultar emociones no es su fuerte —contestó unos segundos después y se giró noventa grados—. Por favor, acompáñeme a mi despacho. Me gustaría hablar con usted en privado.

—Por supuesto.

Ponce y Dana se miraron.

Ella esperaba una señal, un gesto, un consejo, un apoyo fugaz que le indicara que todo iba a salir bien. Pero no llegó y la fría mirada de su compañero se quedó muda, congelada y vacía. Comprendió que había sido una estupidez mostrarse tan frágil. Así, jamás la tomarían con seriedad allí dentro.

Sin saber muy bien por qué, había confiado en ese hombre.

«Eres una idiota», pensó, animándose a seguir a su superior.

Ambas se dirigieron hacia la oficina.

El agente Ponce vigiló sus pasos desde la distancia.

\* \* \*

Dana pronto detectó que la actitud de Escudero era diferente a la del día anterior. No parecía enfadada, ni tampoco preocupada. Simplemente, se mantenía distante, observando las reacciones y los movimientos de la nueva agente. Eso incomodaba a la novata, que desconocía el terreno y, sobre todo, no había tenido tiempo para descifrar a su nueva jefa.

La mujer se sentó en el sillón giratorio de piel e invitó a la subordinada a que hiciera lo mismo. Dana puso atención en la chaqueta del traje que llevaba. Era de color negro, le sentaba bien. Debajo llevaba una blusa blanca ajustada por la que sobresalían las curvas de sus pechos. Escudero tenía un cuerpo bonito, a pesar de que la cara de amargada que arrastraba. Lo más probable era que su forma física fuese ejemplar.

Dana también estaba orgullosa de sí misma. Era una de las mejores de su

equipo y había batido varias marcas.

—Lamento lo sucedido, señora Laine —dijo rompiendo el hielo. Dana intuyó que sería una conversación complicada de llevar—. Ayer por la tarde, me enteré de lo ocurrido. Ponce informó de la situación. ¿A dónde fue usted?

Sus ojos lo decían todo.

¿Era un examen? ¿Se estaba tomando la licencia de dudar de una recién admitida?, se cuestionó en un pestañeo.

En cualquier caso, era la persona que daba las órdenes y pedía las explicaciones. Poseía la potestad para hacer lo que le viniera en gana.

—A casa, señora Escudero. Un taxi me llevó a casa.

—¿Fue idea suya?

—No —contestó y miró hacia el visillo metálico en busca de su compañero, pero él ni siquiera había entrado en la oficina—. El agente Ponce me lo sugirió.

—Entiendo... —dijo y sopesó cómo continuaría—. ¿Habló con alguien después?

—No.

—¿Ni siquiera alguien de su círculo de confianza?

—No, con nadie.

Dana se preguntó si esa mujer era así por naturaleza o si, por el contrario, sólo interpretaba un papel que se ajustaba a la posición que ocupaba. En cualquier caso, Escudero se mantenía firme, sin mostrar un ápice de empatía por el trágico episodio del hotel.

La miró a los ojos e intentó ir más allá de sus pupilas, para sumergirse en los pensamientos de la joven.

—Lo de ayer no tendría que haber sucedido —expresó. Sus palabras hundieron, todavía más, a la novata, que hacía un esfuerzo por permanecer allí dentro—, pero me alegra que supiera resolver la situación con destreza y sin fallos. Eso dice mucho de usted.

—Señora...

Escudero la detuvo con un gesto.

—Déjeme terminar. No la he citado para darle mi enhorabuena. Es consciente de que la misión ha sido un desastre, ¿verdad?

Juntó las manos. Soltó un suspiro profundo y giró la cabeza. Quería que lo corroborara delante de ella.

—Así es.

—Bien. Antes de abandonar este cuarto, quiero que me narre con detalles

lo que ocurrió durante su encuentro. Es importante que me diga lo que Aleksandr Pototsky le contó antes de morir.

Esos ojos de serpiente, clavados en ella, esperando en silencio para obtener lo que querían.

Dana no supo qué relatar. Realmente, Pototsky no le había confesado nada, después de mostrarle que era un pobre desgraciado con final esperado.

Se cuestionó qué era lo que esa mujer esperaba de ella, y si realmente la estaba utilizando para llevar a cabo un plan secundario. Fuera como fuere, debía poner el orgullo a un lado y controlar su carácter. Dana no estaba acostumbrada a las presiones externas, ni a que cuestionaran su lealtad. La sangre le hervía en esas situaciones y sentía una necesidad imperiosa por dejarse llevar. Sin embargo, aquello era lo que menos le dolía, aunque estuviera en la superficie. En el fondo, sabía que no se había ganado el respeto de la persona que tenía delante. La que era, al fin y al cabo, la única que había cuestionado sus habilidades a cambio de protección.

—No me dijo nada. Lo siento.

Escudero esperó unos instantes.

—¿Nada? ¿Cómo que nada?

—Ni siquiera tuve ocasión de llevarlo a la habitación aunque, si hubiera sido así, no estaría aquí contándoselo y todo habría quedado grabado... — prosiguió con voz lineal—. Pototsky parecía planear algo. ¿El qué?, no llegué a saberlo. Desde un primer momento, desconfió de mí, pero logré que cambiara de opinión. Le insinué que era un... regalo... ya me entiende.

Escudero carraspeó. El rostro de Dana enrojeció.

—Siga.

—Todo esto sucedió en el bar del hotel, no en la terraza —aclaró—. Cuando se aseguró de que no era un farol, me llevó hasta su habitación. No sospeché nada...

—¿Está segura?

La agente agachó la mirada avergonzada por la situación.

—Totalmente.

—¿Y qué hicieron allí dentro?

—Intenté persuadirlo, pero me tendió una trampa llamando al servicio de habitaciones —continuó—. Vi sus intenciones. Cuando se dio cuenta de que no era quien fingía ser, se aseguró de tener testigos.

Escudero se hartó de continuar con el interrogatorio. No entendía cómo, una mujer como ella, había sido incapaz de frenar a ese cretino. Estaba

convencida de que, en su situación, no habría vacilado.

—¿Cuándo se produjo el asalto?

—En ese momento.

—¿Quién disparó a Pototsky?

—No llegué a ver su rostro.

Con cada respuesta, la expresión de Escudero se tensaba todavía más. No lograba creer que se le hubieran adelantado. Era la única oportunidad que tenían para cazar a ese eslavo, descubrir qué le unía con la ciudad y cuáles eran sus planes en el país. Habían perdido a la gallina de los huevos de oro.

Abatida, Escudero descansó la cara sobre sus manos y suspiró. Después se incorporó de nuevo y comprobó la hora en su reloj de pulsera.

—La Policía Nacional estará investigando el caso a estas horas —dijo mirando hacia lo alto—. No podemos colaborar con ellos hasta que esto no se aclare. Si descubren nuestras intenciones con Pototsky, en fin... Se podría armar un buen lío por encubrimiento... Por supuesto, en estos momentos y en esta ciudad, si es que no se ha marchado ya, hay alguien con más interés que nosotros en que el ucraniano guardara silencio. Y usted, señorita Laine, tiene que regresar a ese hotel a por la respuesta.

—El servicio de habitaciones.

—Encuentre a quien lo hizo. No vuelva hasta que tenga lo que necesitamos, ¿entendido?

—Por supuesto —dijo asintiendo con la cabeza y se levantó de la silla. Caminó hasta la puerta sin mirar atrás y encontrarse de nuevo con esa mirada depredadora—. Le prometo que esta vez, no la decepcionaré.

—En este trabajo, no se hacen promesas —dijo antes de que ella se marchara—. ¿Dana?

La estaba llamando por su nombre.

La novata se giró.

—Sí, señora.

—No estoy enfadada con usted —. Soltó con frialdad, sin mostrar un gesto de simpatía—. Me alegra que siga viva. No baje la guardia.

—Así haré. Gracias, señora.

Cuando salió del despacho, cerró la puerta con fuerza y sintió una pelota de plomo en su estómago. Después una fuerte náusea se apoderó de ella.

Buscó el baño con la mirada y no supo si necesitaba llorar o arrojar el desayuno.

Estaba de nuevo allí, a escasos metros de la puerta del hotel, frente al trasiego de los viandantes que miraban sorprendidos a los alrededores de la entrada.

Algunos periodistas aprovechaban la ocasión para reportar la noticia.

Aunque el revuelo del día anterior se había sosegado, era notable el malestar y la incomodidad en los huéspedes del hotel.

Vestida con un conjunto mucho más discreto que el de la tarde anterior, cruzó la entrada del Hotel Hyatt y dejó la Gran Vía atrás. La aparente normalidad de los empleados la recibió de bruces. Porque, ante todo, lo primero que querían recuperar era eso: actuar como si nada hubiera sucedido.

Diversos agentes de las Fuerzas de Seguridad del Estado merodeaban por los ascensores y el vestíbulo principal. Preguntas, preguntas y más preguntas. Cada mirada podía ser sospechosa. Un par de hombres, que no iban vestidos de uniforme, pero que tenían el aspecto de inspectores, tomaban notas e interrogaban a la recepcionista.

Antes de continuar hasta el bar, se detuvo y optó por entrar en el ascensor. La tarea de la agente era sencilla: evitar los rodeos de los oficiales y dar con la identidad de la persona que había asesinado a Pototsky. ¿Fácil? En absoluto, pensó, pero más complicado sería explicarle a Escudero que la había pifiado otra vez.

Para llevar a cabo su misión, se había dispuesto a sonsacar, todo lo que sabía el servicio de habitaciones, así como el de cocina. En esta ocasión, tampoco le habían permitido portar el arma reglamentaria, pero no la necesitaba. Allí, con tanta seguridad, nadie se atrevía a cometer una imprudencia.

Confiada, burló el cordón de los agentes que custodiaban la entrada y pasó desapercibida hasta el ascensor. Allí abrió el bolsó y pulsó el número siete. Estaba sola, aunque no debía confiarse. En cualquier momento podía estar acompañada.

Echó un vistazo por el techo, en busca de cámaras de seguridad, pero sólo encontró una, al otro lado del rectángulo.

La tarjeta de la habitación que Ponce le había entregado, todavía seguía activa, lo cual ayudaría a escaquearse y llegar al interior del hotel sin levantar sospecha.

Para su sorpresa, los nervios eran menores a los del día anterior, a pesar de que hubiera terminado de una manera tan trágica.

Durante las siete plantas que duró el trayecto, tuvo tiempo para reflexionar acerca de los detalles de su reunión. Escudero había sido un poco más severa de la cuenta con ella, pero entendió que hacía su trabajo. Puede que la decisión de elegir a Dana, hubiese sido suya, y ahora estaba pagando las reprimendas de Navarro. Pero, ¿por qué le daba tantas vueltas al mismo asunto?, se cuestionó. No importaba quién la hubiese elegido para esa posición, lo único que tenía claro era que ahora todo estaba en juego: su carrera profesional, su vida y la de quien había intentado matarla.

Llegó a la planta número siete y caminó por el mismo pasillo que la había llevado hasta aquel callejón, cuando advirtió la presencia de unos hombres.

En efecto, tal y como había pronosticado, aunque la probabilidad fuera ínfima, la Policía estaba registrando las habitaciones de los huéspedes. La cuestión era: ¿Darían con ella antes de que obtuviera lo que buscaba? No constaba en ningún registro, caviló, para después darse cuenta del juego de cámaras que había en el techo.

Perspicaz, giró ciento ochenta grados y buscó una salida.

El pulso se le aceleró, pero supo guardar las apariencias.

Como una huésped más, pasó por delante de los agentes que tocaban a las puertas, mostrando indiferencia respecto a su presencia. Después volvió a subir al ascensor.

«Maldita sea, ¿cómo diablos voy a salir de aquí?»

Pensó con rapidez. Regresar al vestíbulo principal era una jugada demasiado arriesgada. Podrían detenerla.

Observando los botones, antes de que se pusiera en marcha, recordó que el restaurante se encontraba en la primera planta del hotel.

«Bravo, Dana», se dijo y pulsó el número uno.

En efecto, cuando las puertas se abrieron, se topó con el restaurante Hielo y Carbón. Un espacio elegante, tranquilo y diáfano, desierto a esas horas y con vistas a la Gran Vía, en la que, desde allí arriba, ahora todo parecía diminuto.

El personal preparaba las mesas para la hora de la comida. De pronto, uno de los mozos que pasó por delante de ella, le resultó familiar.

Dana lo abordó sin pensarlo dos veces. El chico, sorprendido, se giró al sentir la presencia de la agente.

—Hola —dijo ella. El muchacho la reconoció al instante, detalle que apreció Dana. No tenía tiempo para explicaciones—. Tú eras el camarero que había en la fiesta de ayer, ¿verdad?

La pregunta incomodó al chico, que no buscaba problemas en su primera semana de trabajo. Dana lo entendió. Tenía la mirada de alguien precavido, como esa clase de personas que se abrazan al oficio a cualquier precio, viviendo toda la vida con el temor a quedarse sin nada.

Dana le había tendido una trampa. No podía negarse, pues ambos sabrían que mentiría. Tras dudar con la mirada y expresar abiertamente un gesto de resignación, afirmó con la cabeza.

—No quiero buscarme ningún problema, señora. Es mi segunda semana y todavía no he firmado el contrato.

Ella sonrió. Su intuición nunca le fallaba.

—Tranquilo, no diré nada —contestó con un tono maternal que abrió la coraza del joven empleado—. No soy policía.

Sus palabras provocaron un suspiro de alivio en él.

—¿Entonces? ¿Se le perdió algo ayer?

—Más o menos. Necesito tu ayuda.

De nuevo, volvió a confundirse.

—¿Mi ayuda?

Una empleada, que preparaba el mantel de una mesa, a unos metros de allí, levantó la vista y se fijó en los dos.

—¿Podemos hablar en un sitio más privado? Serán unos minutos.

El chico miró a la compañera, que parecía una encargada.

—Lo siento. No puede estar aquí. Además, es que no sé qué puedo hacer por usted...

Dana frunció el ceño y se acercó a él para susurrarle algo que nadie más pudiera oír.

—La Policía está haciendo preguntas. No querrás que se enteren de que estás trabajando de forma ilegal... ¿Verdad?

—No puede hacer eso.

—Ya lo creo que sí —contestó y señaló a la encargada con los ojos. Por la forma en la que lo miraba, supuso que su relación iba más allá de lo

laboral. Tal vez, ella le hubiera conseguido el trabajo. Quizá, incluso fueran familia. Lo único de lo que estaba segura era de que esa mujer protegía al chico de cometer un error—. Hazlo por ella.

Sus palabras lograron el efecto que esperaba. Como su madre, sabía cuándo dejar la simpatía a un lado y apretar sin ahogar.

—Maldita sea... Está bien... —respondió a regañadientes y miró al fondo del lugar, en las cristaleras, donde el restaurante se convertía en un espacio más informal para las bebidas y los almuerzos—. Espéreme allí. Pídase algo y la atenderé en un momento.

\* \* \*

Nadie sospecharía de que estaba en medio de una misión. En cualquier momento, los agentes podrían aparecer por la puerta principal del restaurante, así como había hecho ella.

Dana tenía una corazonada, un presentimiento que la había llevado hasta allí. Pero era sólo una intuición. En la fase de entrenamiento, le habían dejado claro que nunca, nada sucedía por azar. Los errores se pagaban, ya fuera por una falta de cálculo o una decisión mal dada, y todos tenían sus consecuencias.

A falta de una solución mejor, le tomó la palabra al muchacho, que desapareció intimidado, y se sentó en uno de los taburetes que había frente a la gran cristalera.

El salón estaba junto al comedor del restaurante. Era pronto para que los clientes anduvieran por allí, así que dedujo que los agentes tardarían en aparecer. En cualquier caso, no podía esperar demasiado ni tentar a la suerte.

Un minuto más tarde, después de que el joven tuviera una breve discusión con la mujer que los había visto antes, se acercó a ella como si no hubieran hablado jamás.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó sujetándose las manos y con aspecto de desear desaparecer—. ¿Quiere tomar algo?

Su voz era neutra como la de cualquier otro camarero. Parecía inmune a la presión. Dana pensó que el chico tenía madera para hacer ese trabajo.

—Estoy buscando a la persona que ayer llevó un encargo a una habitación.

El chico se encogió de hombros. Pronto entendió a qué se refería.

—Somos muchos, señora. Yo sólo trabajo para el restaurante...

—Pero sabes dónde puedo conseguir esa información, ¿verdad? — insistió. Los ojos del mozo giraban como las agujas de un reloj—. Al menos, quién me la puede proporcionar.

—¿De verdad que no es policía? —preguntó. Dana negó con la cabeza—. ¿Una agente infiltrada?

—¿Acaso sabes cómo luce una agente? —cuestionó y lo miró con altivez. El mozalbete refulgó. Después le regaló una mueca—. La Policía está abajo, no lo olvides. ¿Cuántos camareros nuevos estuvieron ayer en el cóctel?

—No lo sé, ya le he dicho que...

—Has dicho que llevas dos semanas trabajando para el hotel. Estoy segura de que no eres el último en enterarse de quién entra y quién sale. No tienes pinta de idiota.

A medida que Dana hablaba, las manos del chico se movían con más nerviosismo.

—Le juro que no sé de qué me habla. Siento no poder serle útil...

—Estás mintiendo y a mí se me acaba la paciencia.

—Le estoy siendo sincero...

—Ayer un empleado del hotel disparó a un huésped en el interior de esa habitación. Tan sólo dime quién me puede ayudar a encontrarlo. Si colaboras, prometo no decir nada —explicó mirándolo fijamente—. Nadie sabrá que fuiste tú y, para mí, esta conversación nunca habrá existido... Sin embargo, te juro que estoy dispuesta a...

—Al carajo. Está bien, está bien... —dijo moviendo la cabeza, deseoso de terminar con lo que fuera que estuviera pasando con la desconocida que tenía delante—. Tiene razón... Un grupo de cinco hombres entraron hace unos días como refuerzo. Supongo que vienen subcontratados por el hotel...

—¿Cómo se llama la empresa?

El chico levantó los hombros.

—¿Qué se yo? ¿Sabe? Aquí no se viene a hacer amigos. Al menos, yo no los he hecho todavía, y tampoco tengo intenciones. Sólo busco trabajar, ganar algo de dinero... Fueron contratados para servir de apoyo en el cóctel. Eso es todo lo que sé. El evento de ayer era importante...

—¿Quién los contrató?

—No tengo las respuestas. Supongo que el departamento de Recursos Humanos. Escuche, prométame que...

El tiempo se agotaba. El chico no podía serle de más ayuda.

—¿Eran todos hombres?

—Eso creo.

—No te pasará nada —dijo ella tajante y se levantó del taburete. La compañera miraba desde lo lejos, junto a una mesa—. Gracias por tu ayuda.

—Espere, ¿cómo sé que puedo confiar en usted?

—No puedes —respondió y abandonó el restaurante.

\* \* \*

Una vez más, tomó las escaleras tras asegurarse de que no la seguían.

Bajando, escuchó la voz de dos hombres interrogando a varios de los huéspedes. Pronto llegarían al restaurante, así que se dio prisa por desaparecer de allí. Poco antes de alcanzar el vestíbulo, divisó el escenario para escaquearse sin ser observada.

Los agentes de paisano seguían con su interrogatorio en la recepción. Un grupo de la Policía Científica entraba en el ascensor para tomar nuevas pruebas de la escena del crimen. Se vio asfixiada por la situación. Tenía que abandonar aquel hotel como fuera o, mejor dicho, como pudiera, sin activar las alarmas.

Bajando la vista, se dirigió hacia la puerta principal, evitando el contacto visual con los hombres que merodeaban por el vestíbulo, que en su mayoría eran agentes. Sin mentar palabra, pasó por detrás de una pareja que hablaba sin notar su presencia, hasta que el halo de perfume despertó la atención de uno de ellos.

Apresurada, Dana caminó en línea recta hacia la entrada.

Estaba cerca, tenía el corazón a punto de estallar pero, sabía que en cuanto llegara a la Gran Vía, se subiría al primer taxi que pasara. Entre tanta multitud, sería imposible encontrarla.

La capacidad de reacción del agente fue lo suficientemente rápida como para girarse a tiempo.

—¿Y esa mujer? —preguntó. Dana notó cómo se unía una tercera voz—. ¿De dónde ha salido?

—¡Oiga! ¡Alto, señora!

Pero la agente no contestó.

El aire de la calle la revitalizó. La adrenalina se apoderó de ella.

Hubiera sido fácil identificarse y decir que no tenía nada que ocultar, pero eso habría echado por tierra su promesa y roto el pacto que tenía con

Escudero. Sabía que estaba a punto de cometer una negligencia, un error que pasaría factura, tarde o temprano pero, como agente, su deber era el de no existir, al menos, para una gran proporción de la población.

Antes de que los hombres cruzaran el umbral que separaba el hotel de la calle, Dana echó a correr a contracorriente, en dirección a la plaza de Callao, tropezándose con las hordas de gente que iban en sentido contrario. Dos agentes salieron tras ella. La confusión provocó que los transeúntes se asustaran. Los gritos de los más sensibles provocaban círculos vacíos, como la onda expansiva de una gota de agua en una charca tranquila.

—¡Alto, Policía! —gritó uno de los agentes, totalmente desorientado, cuando llegó a la boca de metro. Para entonces, Dana caminaba a paso ligero bajo sus gafas de sol, camuflada entre los cuerpos que atravesaban la calle de Preciados y con destino a la Puerta del Sol, por donde desaparecería sin armar más revuelo.

Los agentes de paisano continuaron cuesta abajo, separándose por las paralelas que llegaban a la famosa plaza central.

Creuyendo haberse salido con la suya, llegó a uno de los cruces, más relajada, hasta que logró reconocer al mismo hombre que había estado interrogando a la recepcionista en el hotel. Sospechó que, probablemente, su compañero siguiera sus pasos por la paralela, para terminar encontrándose donde desembocaba el resto de las calles.

Dispuesta a arriesgar, cambió de rumbo, entró por la puerta del gigantesco centro comercial que ocupaba gran parte de la cuesta y buscó una de las salidas traseras más cercanas.

Entre electrodomésticos, pantallas de gran tamaño y aparatos de electrónica, la agente encontró la salida al otro lado del último pasillo cuando, por desgracia, escuchó, de nuevo, esa voz.

—¿Ha visto entrar a una mujer morena ahora mismo? —preguntó uno de los hombres a la dependienta.

—¿Se refiera a aquella?

Había subestimado la habilidad de aquellos dos hombres.

Antes de que la dependienta terminara de señalarla, Dana cruzaba, de nuevo, la puerta de cristal. La salida daba a la calle del Maestro Victoria, una cuesta amplia peatonal con menos tránsito de lo habitual. En una carrera de fondo, terminarían atrapándola.

Como último intento, antes de entregarse, buscó con la mirada un milagro que no tardó en aparecer. Un silbido llamó su atención desde el interior de un

Uber.

—¡Dana! —la llamó alguien por la ventanilla trasera.

El agente Ponce se encontraba en el interior del vehículo.

Dana corrió y se montó antes de que los agentes llegaran a verla.

Cuando cerró la puerta, los dos policías no sospecharon de aquel vehículo negro que se perdía calle abajo.

# 13

Sentados en una de las terrazas de moda de la ciudad, la agente Laine miraba a la Puerta de Alcalá, en el centro de la plaza de la Independencia, y a la cola de coches que rodeaba la glorieta. El refresco de naranja se calentaba bajo el resplandor del sol. Le temblaban las manos. Ponce abrió un sobre de azúcar y lo derramaba sobre el café con leche que había pedido.

Dana aún esperaba una explicación.

—No podía dejarte sola —dijo ocultando su mirada en las gafas de sol Carrera.

La agente no salía del asombro. Probablemente, en el otro extremo de la ciudad, los agentes del cuerpo de Policía Nacional que la habían perseguido, estarían buscándola por las calles del centro.

A la vez, con la máxima tranquilidad, como si aquello fuera un juego del escondite al que acostumbraba participar, Ponce se permitía dejarse ver en uno de los lugares más concurridos de la capital.

—¿Te parece divertido? —preguntó ella incómoda.

—En absoluto.

—¿Cómo sabías qué...?

El agente la interrumpió y bajó la montura de sus lentes, para mostrarle los ojos. Ella no entendió que pretendía transmitirle con ese gesto pero, si buscaba consolarla, no lo estaba logrando.

—Tarde o temprano —dijo con la mirada clavada en sus pupilas—, tendrás que confiar en alguien.

—No nos conocemos todavía.

—Estamos en el mismo bando, Dana —replicó—. Escudero es una mujer complicada. Ha puesto mucha presión en ti. No te ofendas, pero no debería haberte enviado al hotel...

—Crees que no estoy preparada —contestó. Él empujó el puente de las gafas hacia atrás cuestionándose su respuesta—. No es una pregunta.

—Ese es tu problema, no el mío —dijo tajante. Dana sintió las palabras como clavos en su pecho—. Sólo considero que necesitas un apoyo.

—Si tú lo dices... ¿Qué hay del tuyo?

Ponce miró hacia otro lado. Dana había tocado la fibra sensible del agente.

—¿Qué has descubierto del asesino de Pototsky? —preguntó y tomó una postura crítica hacia ella.

La agente se cuestionó si le había ofendido con su pregunta o si, realmente, se había dado cuenta de que estaba sobrepasando sus límites profesionales.

Aquello la devolvió a su presente, a su fortaleza, aunque no podía dejar de pensar en aquellos hombres corriendo tras ella. La ciudad era lo suficientemente grande como para esconderse sin que la encontraran durante días. Probablemente, no volvería a saber de la Policía si no se buscaba nuevamente problemas. Pero, como cada persona, temía encontrársela en cualquier momento, al igual que le había pasado al romper con Carlos.

En ocasiones, por muy extenso que sea el lugar en el que se vive, nuestra mente habita en una celda en la que todo es posible.

—¿Quieres la verdad? No tengo nada.

—¿Todo esto para nada? —preguntó y resopló.

El gesto ofendió a la agente, que se tragó la bilis mezclada con el refresco de naranja que había pedido. Llegó a pensar que su acercamiento había sido una farsa, que el agente Ponce estaba allí para darle una lección. Muchos hombres disfrutaban con ese tipo de demostraciones para reafirmar su autoridad. Sobre todo si, quien los escuchaba, era una mujer con un rango inferior.

—Un empleado del restaurante ha confirmado que, unos días antes del evento, contrataron a cuatro hombres como refuerzo para el cóctel.

—Interesante. ¿Cómo sabes que no te ha mentado?

Dana se mordió la lengua.

—Sigo mi instinto.

—Eso es bueno. Pronto aprenderás que el instinto es sólo una parte de la ecuación en este oficio.

Pensó en levantarse y abandonar al cretino que tenía delante pero, por mucho que le pesara en ese instante, estaba en deuda con él. Quizá fuera otra prueba más, una de las tantas que iba a tragar hasta que se ganara algo de respeto. Cuanto antes aprendiera a tragarse el orgullo, antes aprendería a

manejar a los hombres como él.

Ponce sacó una pitillera metálica del bolsillo. La abrió. El reflejo del sol golpeó en la cubierta. Después dejó ver una fila de siete cigarrillos rubios, perfectamente alineados.

—¿Fumas? —preguntó ofreciéndole un filtro. Ella negó con la cabeza y él sonrió—. Mejor... Uno de ellos es explosivo.

La broma consiguió sacarle una sonrisa a la agente, aunque no sería suficiente para bajar la guardia.

—Vamos, mujer... Estaba poniéndote a prueba —dijo finalmente tras encenderse el cigarrillo—. Escuché tu conversación con Escudero. No iba a permitir que te metieras sola en la boca del lobo. Era un nido de culebras e ibas a pagar el muerto de una operación que ha salido mal desde el principio...

—¿De qué estás hablando? —preguntó como una aprendiz—. Mira, Ponce, si intentas arreglarlo ahora...

Su réplica no pareció ser de buen recibo. El agente se mostró indiferente, aunque su tono insinuaba lo contrario.

—En absoluto. Cree a quien tú quieras —reparó—. Sólo te digo lo que pienso, aunque tampoco significa que te esté diciendo la verdad. Acabas de llegar. Sacarás tus conclusiones por ti misma, si consigues quedarte...

Dana se quedó perpleja. Después se puso en pie, dispuesta a abandonar la conversación.

—Agradezco tu colaboración, pero no tengo por qué aguantar más tus comentarios.

Ponce sujetaba el cigarrillo entre los dedos, mirándola con indiferencia. Era un auténtico cabrón.

—No serán los peores que escuches —respondió con voz grave y exhaló el humo.

Dana apretó el puño izquierdo. Le hubiese gustado romperle la mandíbula en ese momento, pero era evidente que no podía arruinar su futuro de esa manera tan absurda. Debía actuar por encima de situaciones así. Había sido entrenada para ello—. En esta partida no hay tablas, Dana, se juega hasta el final. Si te levantas... pierdes.

—Ahórrate el consejo. He escuchado demasiados en las últimas horas.

—Estoy de tu lado, no lo olvides... agente.

«Piérdete, gilipollas», respondió en su interior y caminó hacia la plaza para subirse a un taxi que estaba parado.

\* \* \*

Por medidas de seguridad, pidió al conductor que le dejara a un par de calles antes de llegar a su domicilio. Todavía se sentía extraña con esa maniobra, incluso una farsante al solicitarlo, pero debía acostumbrarse a su nueva vida, aunque Ponce no le augurara un futuro muy largo entre las filas del Centro.

Regresó a casa en silencio, dándole vueltas al duro encuentro que había tenido con su compañero. La acidez del agente se había apoderado de ella, como una medusa agarrándose a la pierna. Y ahora el picor de su veneno era incontrolable.

No habían pasado cuarenta y ocho horas desde que había comenzado su nueva vida, y sentía que no estaba preparada para continuar con ella. Esperó que se debiera a una anomalía, un episodio puntual, una fase que pronto dejaría atrás y que vería en la distancia como una anécdota graciosa.

Apartando las palabras tóxicas del compañero, que no habían hecho más que agrietar su caparazón, se agarró a la posibilidad de que Escudero, la jefa, la hubiese utilizado a su antojo.

Sólo pensarlo, la enfurecía.

Toda su vida había estado combatiendo, psicológicamente, la manipulación de una madre que vivía como una sombra permanente, estuviera o no presente en su vida.

Por una vez, podía demostrar, sin ningún tipo de deslealtad, que era capaz de cumplir con lo que prometía, demostrando su capacidad antes de ser cuestionada. Sin embargo, Escudero no parecía muy distinta a la clase de mujer que era su madre. Tal vez esa era la razón por la que, sólo algunas personas como ellas, llegaban tan lejos.

Agotada por el agujero negro de pensamientos que la había absorbido en la última hora, caminó a casa por la calle de Ponzano, con la idea de pedir comida china a domicilio, darse una ducha y ver un documental en Netflix sobre Keith Richards.

A escasos metros del portal, miró hacia ambos lados de la calle y se aseguró de que nadie la seguía. A esas horas de la tarde, el barrio comenzaba a llenarse de actividad juvenil y desenfrenada, ocupando los interiores de los bares y de las terrazas en las que aún pegaba un poco el sol. Universitarios y nuevos oficinistas, dispuestos a desconectar del mundo, para conectar con la vida, aunque fuese por un rato.

Sonrió tontamente, sin saber muy bien por qué, contagiada de esa alegría

que nunca había sentido al haber renunciado, sin opción, a esa clase de vida.

Al entrar en el apartamento, notó el olor a cerrado, a hogar abandonado y vacío. Dana nunca había sido muy casera. De hecho, se resistía a pasar los domingos en el sofá viendo la televisión o leyendo un libro.

Con Carlos, aquello cambió por una temporada.

Él no era un hombre de planes, ni de salir a la calle a menudo.

Le gustaba ir del trabajo a casa, exceptuando los fines de semana, donde prefería quedarse en los bares de moda. Puede que esa fuera otra, de las muchas razones que provocaron el colapso de la relación. Y es que parecía que su compañero viviera por y para el fin de semana, sin proyectos de futuro, como un eterno universitario. Quizá fuera la crisis de los treinta, de los cuarenta o, tal vez Carlos arrastraba con él una crisis constante. La falta de compromiso con ciertos desafíos de la edad, la incapacidad por desarrollarse dentro de su entorno, por progresar, provocó que Dana se fuera alejando de él, poco a poco, sentimentalmente hablando.

Había muchos hombres como él, empeñados en tener la razón frente al resto, pero atemorizados por su propia autoestima.

Pero Dana no se dio cuenta de aquello hasta ese momento, en el que vio por primera vez, aunque levaba meses abandonado en la entrada, el paraguas negro que Carlos había olvidado después de mudarse.

Entró, dejó el abrigo sobre el sofá del pequeño salón y buscó una Coca-Cola en la nevera. Ahora sólo quedaban dos en la parte superior. El resto de los estantes estaban vacíos.

El recordatorio amoroso no había sido fruto de la casualidad, sino una pequeña señal de su subconsciente.

Tras un burbujeante trago de refresco, intentó conectar el rostro de su expareja con los acontecimientos del día anterior.

Desde la interacción con Pototsky en el interior de la habitación, no había dejado de pensar en un pequeño detalle que le había llamado la atención.

Un error léxico. Una fallo neuronal. En un primer momento, no le dio importancia. El ucraniano no parecía un experto en su propia lengua. Normalmente, los nativos eran incapaces de percatarse de los errores que cometían al hablar en su lengua materna, a diferencia de quienes la estudiaban desde fuera.

«Seguramente sea una confusión», se dijo mordiéndose el labio inferior con la lata de aluminio en una mano y el teléfono en la otra.

Dana pensaba frente a la ventana, con un mechón largo y oscuro cayendo

sobre la frente.

En la Agencia se lo habían dejado claro: nada de terceras personas al tanto de la situación. Hacer esa llamada comprometía muchas cosas.

Telefonar a Carlos, lo implicaría en todos los sentidos.

Debía buscar las palabras adecuadas, sin llamar su atención porque, después de todo, Carlos, además de un ser celoso y posesivo, se entrometía en todo. De saberlo, jamás habría aceptado que Dana ingresara en el CNI. Como buen utópico idealista, estaba en contra de formar parte de los tentáculos del Estado, siempre y cuándo éste no fuera como él imaginaba.

—¡Al cuerno! —bramó en voz alta y marcó el número de teléfono.

A esas alturas, después de meses sin saber el uno del otro, el filólogo tendría el número de la agente bloqueado, o renombrado con un *no coger* en mayúsculas. Así y todo, dentro de su ser, tenía esperanza de que le diera una oportunidad. Dana sabía que le había partido el corazón sin estar preparado. No había pasado el suficiente tiempo para recuperarse de un golpe así.

Esperó hasta el tercer tono, después Carlos canceló la llamada.

El rechazo le dio confianza a la agente. Sólo debía insistir un poco más.

Cuando volvió a telefonar, el filólogo no tardó en atender la llamada.

—¿Sí?

—Hola, ¿puedes hablar? —preguntó ella, directa y sin preámbulos. ¿Realmente había que fingir que no había sucedido nada con una conversación absurda?, se cuestionó. Cuanto antes lo afrontaran, sería mejor para los dos—. No quiero molestarte, pero eres la única persona a la que puedo acudir.

Carlos suspiró al otro lado.

El corazón se le salía por la boca.

—¿Qué sucede?

Sus preguntas eran lentas. Le costaba hablar.

—En persona, mejor —contestó—. ¿Podemos vernos?

Él volvió a suspirar.

—No sé... —dijo, creando un misterio inexistente, jugando una partida en la que Dana ya era ganadora—. ¿Cuándo?

La agente comprobó la hora.

—A las nueve en el Iberia. ¿Te parece?

—Nueve y cuarto —corrigió él. Le gustaba siempre tener la última palabra, pero Dana no iba a discutir. Era absurdo. Carlos no parecía haber cambiado tras la ruptura.

—¿Carlos?

—¿Sí?

—Gracias.

Decidió ir en metro, a pesar de que la línea que pasaba por su barrio no fuera directa.

Fue una decisión a conciencia.

Le costaba aceptar que, dentro de poco, aquello quedaría fuera de su vida, si es que no lo había hecho ya. No se trataba de esnobismo, sino de seguridad. Pero esa tarde optó por saltarse las normas, regresar a la normalidad de las vidas de gran cantidad de personas que, como ella, usaban el transporte público por comodidad y, muchas otras ocasiones, porque no había otro remedio. Conectó los auriculares a su teléfono y dejó que una lista de reproducción de clásicos de los ochenta hiciera el viaje más ameno.

Cuando subió las escaleras de la boca de metro de San Bernardo, lo vio allí, vestido con esa chaqueta militar desgastada, los vaqueros estrechos, el cabello largo, como si fuera un eterno surfista que nunca había visto el mar, y la barba trotskista que crecía sin fuerza. Carlos había vuelto a fumar sus cigarrillos liados, aunque nunca lo había dejado del todo cuando estaban juntos.

La única diferencia era que, ahora, no necesitaba ocultarse.

Junto a la puerta del Iberia, un céntrico bar español, de gloria justa y reconocida, esperaba como una herida del pasado que no había terminado de cicatrizar.

Cuando se acercó a él, sintió que el pulso se le aceleraba, aunque no entendía la razón. El cuerpo funciona sin explicaciones, pues son las emociones quienes se encargan de marcarnos el camino, aunque éste no siempre sea el correcto.

La nostalgia se apoderó de ella.

En aquel bar, base de noches largas para muchos taxistas de la capital y último bastión para quienes necesitaban una copa cuando todo había cerrado, se conocieron por primera vez. Dana recordaba el momento como una velada

extraña, aunque graciosa. Él no opinaba lo mismo, puesto que había roto horas antes con la que había sido su pareja de facultad. Ambos, arrastrados por diferentes grupos de amigos que no se conocían de nada, terminaron a deshoras en la barra de aquel lugar, entre conductores sobrios y juerguistas ruidosos que no se daban por vencidos. Tras una confusión a la hora de pedir, Dana se fijó en los ojos del filólogo, que la miraban con una ebria fascinación. Tras abrir la conversación, pronto intimaron.

Él no tardó en parafrasear algo de Tólstoi y ella, lejos de quedar prendada, se dijo que aquel chico mono, al menos, era interesante. Por desgracia para Carlos, esa noche, Dana se marchó sin entregarle el teléfono. Dos semanas más tarde y con menos alcohol en sangre, un congreso de lenguas eslavas los volvería a reunir de nuevo.

Pero, al igual que la información meteorológica, las personas cambian con el paso del tiempo, las personas cambiaban con el paso del tiempo, desechando lo viejo, muriendo lentamente y dejando paso a lo nuevo, a la vida, a lo desconocido. En el corazón de Dana, no albergaba nada más que un dulce recuerdo, amargado por el desastroso final que no había sabido cerrar.

—Hola —dijo ella plantándose delante de él y levantando los talones del suelo. Carlos se fijó en sus ojos claros, tan brillantes como siempre, en esa melena oscura y en el eternamente bello rostro que había sido incapaz de olvidar.

Esa mujer era criptonita para él.

La agente le sonrió y le dio un beso en la mejilla.

Carlos apagó el cigarrillo contra el cenicero y le devolvió el beso, agarrándola por el hombro.

—Hola, Dana.

Eso fue todo lo que dijo.

—Sé que no es fácil, Carlos, pero necesito tu ayuda... De verdad.

La mentira y el entrenamiento. El rostro de preocupación, que ni se había molestado en preparar, hizo el resto del trabajo.

—Claro, Dana... Será mejor que vayamos dentro. Empieza a refrescar.

Primero pasó él al interior del bar, rompiendo con la falsa cortesía que había practicado durante años. Sin más dilación, cumpliendo con las directrices del protocolo, la agente miró a ambos lados para asegurarse de que nadie conocido los podía ver y siguió los pasos de su expareja.

\* \* \*

El bar tenía la clientela típica de un día sin fútbol. Hombres, en su mayoría, y alguna pareja que ocupaba las mesas que había junto al cristal de la calle o la máquina de juego.

Carlos se sentó al lado de la cristalera. Así podría evitar los ojos de Dana cuando se sintiera incómodo, sin que pareciera demasiado obvio.

En su expresión, Dana sintió que había un halo de esperanza por volver a estar juntos. Se sintió mal. Era patético.

Se sentaron a una mesa de dos, pequeña y cuadrada. Enfrentados, esperaron a que el camarero del bar les sirviera dos cervezas dobles y un plato de patatas fritas de bolsa. Carlos dio un largo trago al vaso, tan pronto como lo tuvo en sus manos. Dana no sabía por dónde empezar. Al ver la actitud del filólogo, un brindis tampoco hubiese sido la mejor forma. Se preguntó por qué los hombres llevaban tan mal las rupturas.

—¿Cómo te va? —preguntó él fingiendo desinterés, mirando al cuenco de patatas y esperando a que ella le contara la verdad. Dana se mojó los labios con la cerveza—. ¿Sigues en esa empresa de traducción?

La agente lo había olvidado por completo.

Una de las tapaderas era, precisamente, el curso de formación que la empresa le había dado. Razón por la que había desaparecido del mapa.

El ingreso en el CNI había provocado una forzada ausencia en su puesto de trabajo, siempre justificada gracias a los hilos del Gobierno. Sin embargo, para Carlos, la realidad era diferente. Desde la llamada que terminó con todo, por razones obvias, la empresa reemplazó a Dana por otro intérprete, que era quien ahora colaboraba con la universidad en la que Carlos trabajaba como profesor.

Dana frunció el ceño y se apretó el pulgar contra el resto de la mano. Ahora entendía por qué hacían tanto hincapié en separar la vida personal de la profesional. No sólo por protegerse a sí mismos, sino también para proteger la verdad de las personas como Carlos, y no al revés.

Llegada a esa situación, un fallo técnico, una pista por error y Carlos podría provocar un incendio con sus preguntas, buscando llegar hasta el fondo del agujero.

La agente retiró el mechón que le colgaba de la frente y lo echó hacia un lado. Después tomó aire para ganar tiempo y preparó su movimiento. En cuestión de segundos, sus manos cogían las del chico, desatando así un colofón de emociones contradictorias. Dana reguló el tono de voz y lo miró a los ojos con un brillo radiante.

—¿Cómo estás? —preguntó con empatía. Era consciente de lo que hacía, pero no estaba dispuesta a permitir que siguiera avanzando. Una vez volviera a controlar la situación, regresaría a su intención—. La casa parece el doble de grande...

—Dana... —dijo él apartando las manos y cargando los pulmones de aire.

—Está bien, está bien, lo siento... —contestó lamentándose de haber cometido un error—. Mierda, esto ha sido un error.

—No, espera, Dana...

—Escucha, Carlos... Sólo quería hacerte una pregunta profesional y tú eres la persona que más sabe de este tema. Entiendo que no quieras ayudarme.

Tras la interpretación, esperó unos segundos a la reacción del filólogo. Estaba convencida de que se lo había contado a sus amigos más cercanos y, lo más probable, estos le habrían dicho que no regresara con ella. Todos lo hacían cuando se sentían débiles.

Era obvio que sólo necesitaría algo más de tiempo para que los sentimientos afloraran.

—Es que es todo muy raro —insistió dolido y extrañado—. No he sabido de ti en meses y, ahora, vuelves con esto... ¿De qué vas, tía? ¿Dónde has estado? ¿Por qué no me llamaste ni una jodida vez?

La terquedad complicaba la conversación.

Guardó silencio. Carlos no los soportaba.

—No me hables de esa manera. Estuve donde siempre. Te recuerdo que tú tampoco descolgaste el teléfono.

Tenía razón y eso silenció la reprimenda.

—Vale, perdona... me he pasado —respondió y dio otro trago a la cerveza—. En fin, te conozco de sobra y sé que no me lo vas a contar.

—Tienes que confiar en mí.

—Siempre lo he hecho, Dana.

—Lo último que quiero es hacerte perder el tiempo.

—Dime en qué te puedo ayudar...

Dana recuperó el habla y volvió a mirarlo.

—¿De verdad?

—Que sí, venga... Antes de que me arrepienta.

—No te puedo dar demasiados detalles. Tenemos un contrato de exclusividad y privacidad con esta persona... Supongamos que estoy trabajando con un cliente ucraniano, con el que me comunico en ruso.

—¿Qué tiene eso de extraño? —preguntó con desaire y se echó una patata frita a la boca. Dana encontró otra de las razones por la que habían roto: Carlos carecía de modales.

—No me tomes por una estúpida —recriminó y continuó—. ¿Cuál es la posibilidad de que una persona nacida en el sur de Ucrania, incorpore, en su habla, palabras del bielorruso?

—Todo depende. Ya sabes lo que ocurrió con los ciclos de repoblación durante la Unión Soviética. Todos eran hermanos... ¿A qué te refieres?

Las imágenes de la habitación del hotel se volvieron a repetir en su cabeza, como si rebobinara una cinta de vídeo. Allí estaba Pototsky a todo color en su memoria, con la camisa abierta, apoltronado en el sofá, con las piernas abiertas y el teléfono en la mano. Dana se estaba acercando a la verdad, sin darse cuenta. Tan sólo tenía que volver a pensar en los detalles. Ahora, todo cobraba sentido y color. Sólo debía corroborarlo con el hombre que había delante.

—*Tamatavy* —repitió con precisión. Esa palabra se había grabado en su sien desde entonces y ahora estaba haciendo referencia a la expresión que había usado Pototsky—. El cliente dijo *tamatavy*, cuando me ofreció algo de beber y le contesté que un zumo.

Cualquier persona ajena a la conversación, no habría entendido nada, pero aquellos dos eruditos de las lenguas eslavas y sus declinaciones eran capaces de entender más allá.

—¿Y qué tiene eso que ver? —preguntó desconcertado—. Está mal pero, ¿quién sabe? Le puede pasar a cualquiera.

—No en el caso de las declinaciones, sobre todo si eres un nativo. Las incorporas a una temprana edad en tu habla.

—Exageras, Dana.

—Los bielorrusos son los únicos que declinarían *tamatavy* en lugar de *tomatnyy*, como hacen el resto de rusohablantes. Incluso los ucranianos utilizan *tomatnyy*. La única posibilidad es que naciera en el noroeste pero, en ese caso, se habría visto marcado por la influencia lingüística del polaco y el lituano, en lugar del bielorruso.

—No sé a dónde quieres llegar con todo esto. ¿Qué tiene de relevante? Al fin y al cabo, lo entendiste. Te ofreció un maldito zumo de tomate. Era eso lo que pediste, ¿no?

La cara perpleja de Carlos, confundido por la sencillez y lo absurdo que resultaba aquella conversación, poco tenía que ver con el rostro de sorpresa

de la agente. Decepcionado, había vuelto a caer en la misma trampa del pasado, y la idea de dormir con ella se volvió turbia y lejana.

Sin embargo, lejos del malestar que recorría el cuerpo del chico, algo tan simple como aquella revelación momentánea, llena de sinsentido, había destapado una posibilidad que, hasta el momento, todos habían pasado por alto.

La agente necesitaba hablar de inmediato con Escudero y con Ponce, revisar las grabaciones de las cámaras del hotel, si la Policía no las había confiscado todavía, y asegurarse de que esa persona a la que habían matado, era el autentico Pototsky.

Como una autómatas, ajena al sufrimiento que estaba experimentando su excompañero sentimental, Dana se levantó de la mesa de un salto, dispuesta para marcharse.

—Carlos...

Antes de que se despidiera, la mano del chico alcanzó su brazo.

—No, Dana. Otra vez, no. No me dejes así.

Sus dedos apretaban sin hacer daño. Tan sólo suplicaba por unos minutos más junto a ella. Los clientes de la barra contemplaban la triste escena. La agente sacó un billete de cinco euros y lo dejó en la mesa.

—Tienes que confiar en mí —dijo escurriendo el brazo entre sus dedos—. Te daré una explicación, te lo prometo.

Él la soltó. Dana le acarició el rostro y le regaló una última sonrisa. El corazón malherido del filólogo se esparcía en pequeños trozos por el suelo del local. La agente desapareció del bar y salió disparada hacia la boca de metro.

\* \* \*

Agarrada a la barra del vagón de metro, se dio cuenta de que había sido un error hablar con Carlos, exponerse de esa manera en un sitio tan casual, acribillándolo a preguntas relacionadas con el caso. ¿Y si hurgaba más de la cuenta? ¿Y si descubría la verdad?, se cuestionó. Pero era imposible.

Carlos era un intelectual, pero carecía de la ambición y la inteligencia necesaria para llegar al final de un asunto. Sobre todo, carecía de agallas. Estaba predestinado a no terminar nunca nada.

Pese a todo, esto no la libró de sentirse mal consigo misma.

Lamentó regresar a casa de ese modo. Se había dejado llevar por el

éxtasis de la libertad, de romper con lo impuesto, poniendo en peligro la información que ahora llevaba con ella.

Respiró profundamente, rodeada de todos esos rostros anónimos que la miraban de vez en cuando. En ocasiones podía verlos, en otras no.

Tuvieron que pasar unos cuantos minutos para que los reproches que Carlos había puesto sobre la mesa, surtieran efecto. Engañar a otros, mentir sobre su vida, no era lo más difícil de armar, ni tampoco de llevar. La propia verdad pesaba y la agente comenzaba a sentir el cansancio de su nueva profesión, pero no iba a dejar que el miedo la asfixiara.

Las últimas horas habían sido un frenesí de emociones. Un torrente de momentos peligrosos a los que, tarde o temprano, tendría que hacer frente, adaptándose a ellos, convirtiéndolos en algo del día a día. Como todo en la vida, cruzadas ciertas líneas, no había marcha atrás.

Ansiosa por llegar, comenzó a sentir la presencia de alguien que la seguía. No podía ver quién era, puesto que realmente todos y ninguno a la vez, eran cómplices de ello.

Abandonó el metro, regresó a la calle aligerando el paso para hacer la vuelta más corta y desechó la idea de llamar a Ponce hasta que estuviera en un lugar seguro.

Ya de noche, la calle era un hervidero de treintañeros oficinistas que entraban y salían de los bares del barrio. La psicosis se apoderó de ella. Todo lo achacaba al entrenamiento inacabado del que la habían sacado. «Estás preparada para soportarlo, Dana», se repetía como un mantra. En muchas ocasiones, lo que experimentaba su cuerpo, no tenía explicación. Una fuerte ansiedad se acopló en su pecho. Las manos le sudaban, las falanges se le agarrotaban. Y, al mismo tiempo que todo esto ocurría en su organismo, no dejaba de pensar en el gran secreto que guardaba.

Detenida frente a la entrada, agachó la mirada y sacó las llaves del bolso. Entonces vio un zapato negro cerca de sus pies. Después otro, y así, hasta cuatro. Un fuerte calambre crujió su espalda. Un golpe y la dejaría fuera de juego.

—No intente ninguna estupidez, señorita Laine —dijo una voz procedente del otro costado.

Cuando abrió los ojos, se dio cuenta de lo que estaba sucediendo.

No tenía escapatoria. Qué idiota había sido, pensó. Tal vez Ponce tuviera razón respecto a su futuro.

Inmovilizada y sin habla, se vio rodeada por los dos policías de paisano

que la habían perseguido horas antes por el centro de la ciudad.

Una cámara de vigilancia del hotel lo había filmado todo.

Las capturas del vídeo estaban sobre el tablero, frente a Dana. Una mesa rectangular de color verde turquesa, fría, en el interior de un cuarto iluminado y aséptico, como si fuera la cámara frigorífica de una fábrica cárnica. Los dos hombres esperaban de pie, con las manos apoyadas en la cintura, a que les diera una explicación.

—No hay duda de que es usted —dijo el inspector Olmos, el primero que la había visto entrando en el hotel. Dana pensó que tendría unos cuarenta años. No estaba casado, o no quería llevar la alianza en el dedo corazón, y lucía una barba áspera de varios días. Su apariencia, de cabello oscuro, mirada de color oliva y complexión atlética, le hizo recordar a Enrico, el italiano que había conocido en la fiesta.

El compañero, algunos años mayor, aunque más descuidado físicamente, se había presentado como el inspector Llanos. Era gallego, intentaba ocultar el acento, pero la melodía de su voz hacía difícil encubrir el origen. En unos segundos, la agente intuyó que tenían una buena relación, que no existía rivalidad entre ellos, sino esa fraternidad entre agentes que difícilmente había encontrado desde que pasara las pruebas del CNI.

Pese a todo, no sintió envidia por ellos. Le daba igual. Estaba acostumbrada a estar sola y desconocía si algún día sería capaz de encontrar eso que los dos policías compartían. Amistad, lo llamaban. Ni siquiera Carlos había logrado completarla.

Dana miró a las fotografías y selló los labios. Llanos sujetaba una hoja. Era un informe con la ficha de Dana Laine en el que, al parecer, no existía dato alguno de su nueva profesión.

—Es usted intérprete, señora Laine —dijo Llanos con gesto serio. Era una mujer, pero la trataban como a un hombre—. Al parecer, habla muchos idiomas. Supongo que tendrá mucho trabajo.

Dana alzó la mirada y se la clavó al inspector de un modo desafiante. Su respuesta no le gustó nada al gallego. En el CNI se infravaloraba a cualquier otro tipo de personal que trabajaba para el Estado.

Esa era la idea que intentaban transmitirles desde el principio: estaban por encima de cualquiera, aunque debían respetarlos a todos. Lamentablemente, la soberbia se apoderó de ella y había cometido un error de principiante.

Olmos, antes de que su compañero la tomara con la detenida, se anticipó a la respuesta.

Señaló a la fotografía en la que Dana había esperado a Ponce, momentos previos a que éste le entregara la tarjeta. Por fortuna, no había rastro del agente, sólo de ella.

La segunda tira de capturas era junto a Pototsky, entrando en su habitación. El resto de imágenes eran del tiroteo. Se podía observar una secuencia borrosa del desconocido empujando la mesa móvil con el pedido.

En la segunda ráfaga de fotogramas, Laine huía por el pasillo, una vez hubo entrado el asesino, pero no había rastro de la huida de aquel hombre.

—Después de lo que sabemos, iré directo al grano —dijo y señaló la primera secuencia—. Una hora antes de que se produjera el asalto, usted estaba aquí, frente a la habitación 709, una estancia que no estaba a su nombre, sino reservada por un tal Álvaro Ponce. Después, se marcha y aparece más tarde aquí, junto a este hombre, entrando en la 307, habitación del señor Aleksandr Pototsky. A los quince minutos de entrar, este empleado del hotel acude a la habitación con un pedido del señor Pototsky. Se producen tres disparos, el hombre que la acompañaba muere, el asaltante desaparece y usted sale ilesa...

Su interior temblaba como un flan, pero había aprendido a camuflar la verdad.

Aquellos dos hombres no eran diferentes a los sujetos a los que se había enfrentado previamente. Tampoco lo eran a Carlos.

Dana estaba concienciada para salir airosa. Tan sólo tenía que permitir que hablaran más de la cuenta, que se cansaran de ella. Existía un punto en el que, una de las dos partes, terminaría por tirar la toalla. Pronto, se pondrían más nerviosos de lo habitual. Las fotografías no explicaban nada y carecían de pruebas para implicarla en un asesinato. Estaba dispuesta a probar cuán lejos podía llegar.

—Escuche, señorita... Quizá nosotros no hablemos tantas lenguas como

usted —agregó Llanos cruzándose de brazos ante la pasividad de la agente—, pero sabemos cómo interpretar esto.

—De verdad, soy inocente y no sé de lo que me hablan. Están cometiendo un error —respondió con cierto enfado en su expresión—. No pueden detenerme por unas fotografías en las que ni siquiera se aprecia que soy yo.

—Pero es usted quien entró en esa habitación —preguntó Llanos—. ¿Me equivoco? ¿Qué hacía allí?

—No sé de qué me habla, inspector.

—¡Vamos! —bramó el gallego—. ¡No me jodas!

—Ya se lo he dicho —dijo y alzó la vista. Esos dos hombres la querían entre barrotes. Dana relajó los párpados—. Lo siento. Esa mujer de la fotografía, no soy yo.

—¿Por quién nos toma, señora Laine? —preguntó Olmos—. Se cree muy lista, ¿verdad?

—Tengo derecho a llamar a mi abogado. No pienso decir nada más.

Por su expresión, entendió que esos dos inspectores iban a apretar hasta que no quedara aire en su interior. Identificarse habría puesto en un aprieto a Escudero, así como a la propia agencia. Sería un escándalo y un bochorno personal, pensó. Cualquier información que declarara sobre Pototsky, haría peligrar lo que pudiera suceder después.

A diferencia de aquellos dos hombres, que buscaban un culpable, Dana intentaba entender qué había llevado al ucraniano hasta Madrid. Para ella, era evidente que la muerte del desconocido, sólo había sido parte de un plan más ambicioso.

Con Pototsky oficialmente muerto, tendría el margen de maniobra suficiente para resolver lo que fuera que llevara entre manos, al menos, si no descubrían su movimiento antes de tiempo.

Los dos tipos se miraron en silencio. Querían hablar, comentar qué hacer, pero no pensaban tener esa conversación delante de ella.

Olmos, el más apuesto y empático, había sospechado desde el primer momento de la agente. Ella lo detectó en sus ojos, en la forma en la que la miraba, sin miedo ni credibilidad alguna, y no como hacía el pobre Carlos.

Llanos, el compañero, tampoco se había creído el teatro barato de Laine, pero parecía más concentrado en terminar con el asunto y pasar a otros quehaceres.

Una hora más tarde, dado que no tenían nada que pudiera retenerla, dejaron en libertad a la agente.

—Yo que usted, no me iría muy lejos —advirtió Olmos en la puerta de la comisaría—. Avísenos de cualquier desplazamiento que realice. Volveremos a vernos, señora Laine.

—Por supuesto, inspector... —respondió y se subió al taxi que la esperaba en la puerta—. Espero que en otras circunstancias.

Los ojos de aquel tipo se clavaron en la ventanilla trasera.

El coche desapareció como un proyectil por la avenida de edificios y asfalto.

\* \* \*

Despertó al sentir una fuerte pérdida de equilibrio.

Cuando abrió los ojos, descubrió que no había nadie a su alrededor.

Estaba confundida. El sueño se había repetido.

Notó el sudor salado en el labio superior.

La camiseta que utilizaba para dormir, ahora parecía una toalla empapada pegada a su pecho. Respiró hondo, se alegró de seguir viva. En ocasiones, creía que jamás despertaría.

Estiró el brazo hacia la mesilla de noche y agarró el bolígrafo y el cuaderno que había junto a la lámpara. Antes de que se le olvidara, buscó una página en blanco y describió, con la mayor nitidez posible, los detalles de la pesadilla. Sabía que tenía que darse prisa, pues las imágenes vívidas desaparecían de su memoria en cuanto entrara en el estado de vigilia.

A medida que llenaba las líneas de aquella página cuadriculada, recordó que, en esta ocasión, no había logrado ver el rostro de su verdugo.

La misma escena, el mismo cuarto en la que, una Dana más joven y con el cabello más largo, era asfixiada contra la almohada de su cama.

Sobrepasada, sin leer el último sueño, cerró el cuaderno y lo dejó en el suelo. Después miró hacia la ventana. Todavía era de noche, así que comprobó la hora en el despertador que había junto a la lámpara.

«Las cinco y media... Es un disparate», dijo en silencio. Era demasiado pronto, pero era consciente de que no volvería a conciliar el sueño.

Bajó de la cama y fue directa a la ducha. Después de diez minutos bajo el chorro de agua fría, preparó una cafetera y regresó a la carpeta amarilla que había sobre la mesa del salón.

Encendió una luz, puesto que el sol no había salido todavía, y revisó el informe de Aleksandr Pototsky.

Volvió a comprobar la hora. No podía esperar más. Tenía la sensación de que, cada minuto que pasaba, era una pérdida de tiempo.

Finalmente, terminó el café de un trago, sacó el teléfono móvil y buscó el número del agente Ponce en la agenda. Había sido un acto inconsciente, pero no supo a quién recurrir.

—¿Qué horas son estas para llamar?

—Lo siento. ¿Te he despertado?

—En realidad, no —dijo con la voz grave de alguien que no dormía lo suficiente—. ¿Qué pasa, Laine? ¿Las pesadillas no te dejan dormir?

Un nudo en la garganta la dejó sin habla. Dana miró a las ventanas del salón con inseguridad. Después le restó importancia al comentario. Estaba sobresaltada, eso era todo.

—¿Podemos hablar? He descubierto algo importante.

—¿Cómo de importante? Ni siquiera han apagado las farolas.

—Ponce, es urgente.

—¡Pardiez! ¿Más urgente que mi desayuno?

—Creo que deberías saberlo antes de que se lo cuente a Escudero...

—Entiendo.

—Desconozco si esta línea es segura...

—No hay nada seguro en esta vida, agente.

El rótulo de neón rojo del Tim Hortons de la glorieta de Quevedo iluminaba la calle. Eran las siete y cinco minutos de la mañana. La brisa refrescaba las aceras y el tránsito de personas era escaso a esas horas. Un joven camarero, rebautizado como *barista*, mostraba su cara de cansancio tras el mostrador.

Vestido de traje y corbata, como si llevara horas en activo, el agente Ponce tomaba un café largo en un vaso de cartón, a la vez que daba mordiscos a un bollo con forma de rosquilla. El local estaba vacío y se preguntó qué hacía un hombre como Ponce en una franquicia como aquella.

Cuando la vio, cerró y dobló el diario que estaba leyendo.

—Me gusta probar cosas nuevas. Estoy harto del café quemado de algunos bares —dijo resolviendo las dudas de la agente, que no tardó en preguntarle acerca del lugar—. Deberías pedir una de esas magdalenas con chocolate por encima. Puede que no sean las más saludables, pero quien no peca en esta vida, no llega a vivirla del todo.

Dana se rio. Ponce era un hombre singular. Estaba de humor y no quería cambiarlo, así que se tragó el orgullo y dejó atrás el choque que habían tenido. Encajaba con el perfil del lobo solitario, incapaz de mantener una relación sentimental por carencia de empatía y dificultad para expresar sus sentimientos. Sin duda, un tipo de otra época, aunque ambos pertenecieran a la misma.

La agente pidió un café con leche y una galleta y acompañó al agente en su desayuno. Las cuestiones no tardaron en llegar.

—¿Qué es eso tan importante? —preguntó intrigado y se aseguró de que su cabello seguía engominado hacia atrás—. ¿Has descubierto su paradero?

—No. Mucho peor.

—¿Peor? No puede haber nada peor. Se nos ha escapado y nadie sabe dónde está. La Policía tampoco parece tener nada. Vaya panda... En fin, si no aparece, Navarro nos echará a todos a los leones, comenzando por Escudero.

—¿Escudero? —preguntó confundida. Por supuesto, acababa de llegar a la oficina y aún no sabía cómo funcionaban las cosas por allí. No estaba de más aprovechar la situación para ponerse al día—. Pensaba que tenían una buena relación. Después de todo, ella es su subordinada...

—Pudo ser al revés —aclaró el agente con el ceño fruncido—, pero Navarro se llevó el ascenso y Escudero se apagó como una vela. Tiene sentido, ¿no crees?

Dana comenzó a entender la obsesión de su jefa.

—Comprendo. Debió de ser un duro golpe.

Ponce parecía indiferente.

—¿Qué eso que tenías que contarme?

Ella se recompuso.

—Es sobre nuestro hombre —dijo sin mencionar su apellido y volvió a mirar al resto del local. Ponce le hizo un gesto para que hablara si miedo—. Pototsky no es quién creemos que es.

—¿Y quién es? ¿Un pintor de Sebastopol?

—No, no me refiero a eso —explicó—. El hombre al que seguí hasta la habitación, no era Aleksandr Pototsky.

El agente masticó el bollo y dio un largo trago de café.

—Explica eso bien, agente.

—Me temo que ha jugado con una falsa identidad —dijo concentrándose en sus palabras. Lo que estaba a punto de contarle, probablemente, no tendría sentido para él. Era un detalle tan mínimo que, sin embargo, podía marcar a una persona para siempre—. Intentaré explicarlo de la manera más sencilla...

—Hazlo como te dé la gana, pero habla.

—El hombre de la fiesta era bielorruso —dijo con seguridad. Los ojos de Ponce se concentraban en sus pupilas de tal modo que llegaba a intimidarla—. Noté algo extraño durante mi interacción con él. Algo rechinó en mi oído, como si declinara de manera incorrecta. Pensé que fue un error mío, no suyo... La gente del sur de Ucrania jamás diría algo así.

—Vaya. Interesante. No entiendo nada de lo que dices, pero sigue siendo interesante. ¿Cómo estás convencida de que no fue un engaño?

—No lo estoy. Es una hipótesis —remarcó—. Hay algo más.

—Empezamos bien... Sorpréndeme.

—Los tatuajes. En las fotografías que vimos, Escudero señaló que Pototsky llevaba el cuerpo tatuado. Escudero me dijo que pusiera atención en ellos. El hombre al que dispararon, tenía el cuerpo limpio de tinta.

—Podría habérselos borrado. Es muy común.

—Tendría marcas de láser —replicó. Ponce no estaba convencido de su teoría—. Cuando vi las fotografías de las cámaras de seguridad, me di cuenta de que había sido todo un engaño. Pototsky sabía que íbamos a por él y se aseguró de que cayéramos en su trampa.

Las palabras de la agente llamaron la atención del compañero, que la miró desconcertado, levantando el mentón.

—¿Qué fotografías? Que yo sepa, nadie ha tenido acceso a las cámaras del hotel.

Dana se ruborizó. Había hablado más de la cuenta. Ahora, tendría que confesarlo todo.

—Ayer, entrada la noche... —contestó avergonzada, como si hubiera cometido un grave error—. Esos dos inspectores me detuvieron en la puerta de mi casa. Fue culpa mía. Me había olvidado por completo de ellos.

Ponce sonrió.

—Tendrás que explicárselo a ella —dijo mencionando a Escudero—. No te preocupes. Mejor que te ocurra ahora. Los novatos suelen confiarse. ¿Te identificaste?

—¡Por supuesto que no! —exclamó. El empleado del local la miró, aburrido, a la vez que limpiaba el filtro de la cafetera—. No tenían nada, sólo las imágenes del pasillo. Por suerte, no se aprecia bien mi rostro, aunque no tardarán en encontrar algo para seguirme.

—¿Qué hay de mí?

Eso era lo que le preocupaba.

—Nada. ¿Sólo te interesa eso?

—Mejor un sospechoso que dos. ¿No crees?

—Viéndolo así...

—Entonces, volvamos a lo importante... —continuó y dio otro trago, vaciando el vaso de cartón—. Según tu hipótesis, Aleksandr Pototsky ha utilizado un señuelo para que creamos que está muerto. Siendo esto cierto, lo más probable es que siga en la ciudad. De lo contrario, no tendría sentido volar hasta aquí cuando, en otras ocasiones, ha viajado directo al sur.

—Puede que en esta ocasión, tengo algo que terminar en Madrid.

Ponce chasqueó los dedos.

—Eso es. Pero, ¿el qué?

Pensativo, se dio cuenta de que se había manchado las yemas de tinta de periódico. Al levantar el brazo, en la parte más baja de la portada, Dana

observó el titular de una noticia que llamó su atención.

—El Palacio de Cibeles.

—¿Cómo? —preguntó restregando una servilleta por los dedos.

Dana agarró el diario, lo extendió y se lo puso en la cara.

—El Congreso de Seguridad y Vigilancia Informática que se celebra mañana en el Palacio de Cibeles.

\* \* \*

Cuando salieron de la franquicia cafetera, la luz de la mañana alumbraba la céntrica calle del barrio de Chamberí. Sería un día agradable, al menos, meteorológicamente hablando. Dana no quería imaginar la conversación que tendría, más tarde, con Escudero. Por supuesto, no le iba a gustar todo lo que tenía que contarle, aunque no tenía otra opción.

Los agentes caminaron hasta la glorieta, a la espera del Uber que Ponce había solicitado desde su teléfono móvil. La altura de él era superior a la de Dana, hasta el punto de sobrepasar la cabeza por encima de su hombro. De repente, se detuvo, a escasos centímetros de ella, y la miró de cerca, como si estuviera inspeccionando su expresión.

Ella sintió una fuerte tensión muscular, debida a la invasión de su propio espacio, por parte del agente. Eso le provocaba una sensación extraña

Era una sensación extraña.

Los ojos de Ponce transmitían una fuerte energía sexual, aunque estaba convencida de que su intención no era más que la de jugar con ella.

—¿Ocurre algo, agente? —preguntó ella, inmóvil, haciendo esfuerzos por no dar un paso atrás.

Ponce se mantuvo en silencio durante unos segundos, con los ojos de hipnotizador clavados, destruyendo mentalmente cualquier tipo de resistencia.

Pero Dana no era como las demás y sus trucos no iban a funcionar, al menos, esa vez.

Después, echó hacia atrás la cabeza, como si fuera una cobra, y relajó los músculos, devolviéndole el espacio físico que le había arrebatado sin permiso.

—Sigue así, Laine. Vas a llegar lejos —dijo y miró al vehículo negro que se acercaba. Después le abrió la puerta trasera, invitándola a entrar—. Te hará falta para soportar a Escudero.

Sentada con la espalda erguida en la silla de piel de su despacho, Escudero miró a los dos agentes con detenimiento. Esa mañana había optado por un traje azul marino de chaqueta y pantalón. En su expresión, Dana apreció un grave enfado, aunque la jefa hiciera un enorme esfuerzo por ocultarlo.

Sobre el escritorio, la copia del diario donde aparecía la noticia del evento.

—Esto podría cambiarlo todo —dijo finalmente, después de sopesar la contestación durante medio minuto—, pero no podemos cometer otro fallo a nivel estatal. Si sale mal, nos convertiremos en el hazmerreír de Europa... y tengan claro que rodarían cabezas detrás de la mía... Agente Laine, permítame que le haga una pregunta...

Dana tragó saliva.

—Por supuesto.

—¿Desde cuándo sospecha de esto?

Un calor incómodo emanó de su cuerpo. La presencia de Escudero era lava volcánica en comparación con la de Ponce.

—Desde la tarde del hotel, señora.

La mujer se mordió el labio y miró a su compañero.

—Me lo dice ahora. ¿A qué esperaba?

Dana no podía contarle la verdad.

—Necesitaba confirmarlo —agregó—. Estar convencida de que no había sido... un fallo propio.

—Ya... ¿Cómo se aseguró?

Dana esquivaba las preguntas como si fueran cuchillas afiladas.

—Tengo mis métodos, señora. Soy especialista en lenguas eslavas.

—Claro... Lo había pasado por alto —dijo y volvió a mirar al compañero. De nuevo, la agente nueva estaba siendo sometida a otra de sus pruebas psicológicas—. Supongo que será una casualidad que el señor Carlos

Cerdera, filólogo y profesor de la Universidad Complutense de Madrid, haya llamado a la empresa Multi Lingua S.L. para preguntar por su situación laboral.

—Me temo que sí.

Escudero entornó los ojos. Detestaba que le hicieran frente.

—Usted tuvo una relación sentimental con este señor durante un año y medio, si no me equivoco.

Dana se quedó atónita. Jamás había mencionado nada al respecto.

—Eso no aparece en mi expediente, señora.

La mujer puso una mano encima de la otra y estiró el cuello hacia la agente.

—Aquí... todo consta, señorita Laine.

Ponce carraspeó buscando la manera de cambiar el rumbo de la conversación. No era el mejor día de Escudero y estaba a punto de pagarle con Dana. Sin embargo, la superior tenía razón. Dana se había extralimitado.

—Sería mejor que nos centrásemos en Pototsky —comentó rompiendo el silencio inaguantable que viciaba el aire del despacho—, y encontrar la razón por la que podría actuar esta noche.

Escudero se relajó en su asiento, ignorando la presencia de Dana, y agarró un bolígrafo para jugar con él.

—En efecto, mientras llegaban, he preguntado a los colegas de ciberseguridad cuál es la relevancia de este congreso... —dijo y cruzó las piernas—. Además de reunir a personalidades de la política y del mundo empresarial, el CSVI es uno de los eventos más importantes para las tecnológicas, ya que es la oportunidad para contratar a algunos de los piratas informáticos que vienen a hablar sobre seguridad... Sin embargo, presiento que la estrella de esta edición es el ponente Igor Vólkov, activista ruso, reconocido *hacker*, defensor de la causa contra Putin y amigo de Pável Dúrov, el millonario creador de Telegram.

—¿Podría Aleksandr Pototsky estar interesado en Vólkov? —preguntó la agente. Aunque desconocía la figura de ese hombre, la respuesta pareció ser tan obvia que Escudero se limitó a regalarle una mirada de desprecio.

—De manera extraoficial, a Vólkov se le ha relacionado con la fuga de Snowden de los Estados Unidos o las filtraciones de Assange —explicó Ponce a la novata para que no se hundiera frente al iceberg que tenía delante—. Pero no es un héroe. También ha colaborado con las FARC y con el régimen de Venezuela. Digamos que su teoría del bien es cuestionable. Quizá silenciar a

este tipo sea el peaje que Pototsky deba pagar, para regresar a los brazos del Kremlin.

—No lo entiendo... —dijo Dana. Para ella, cualquiera podía hacerlo.

—Si Vólkov no ha sido detenido es porque le interesa a Europa —intervino Escudero antes de que la agente siguiera con sus preguntas—. Tiene protección y residencia a cambio de información. Atentar contra él, no es nada fácil... Aún así, todo esto son confabulaciones cojas y sin confirmar. Esperemos unas horas a que todo quede claro. Hablaré con el Comisario de Madrid para que me explique lo que tiene... Quizá salgamos de dudas.

Al escuchar la última frase, Dana sintió una fuerte palpitación en el pecho.

—Así será, señora.

Escudero miró a los agentes con frialdad.

—¿Hay algo más que deba saber?

Dana vaciló, pero Ponce la interrumpió.

—No, señora. Esperaremos su llamada.

La mujer asintió. La pareja se levantó y caminó hacia la salida. Antes de abandonar, Escudero tomó aire.

—Agente Laine. ¿Tiene un minuto?

Dana cerró los ojos. La reunión estaba yendo peor de lo que había imaginado.

El teléfono del escritorio sonó. Dana se giró, pero la mujer atendió a la llamada mientras la miraba fijamente.

—Sí... Por supuesto, señor. Allí estaré... —contestó y colgó mirándola de reojo. Parecía importante, tanto, que salvó a la novata de otro embarazoso encuentro privado—. Me temo que tendremos que aplazar ese minuto para más tarde.

\* \* \*

Ponce se despidió de ella tan pronto como abandonaron el despacho de la superior. La figura del compañero se perdió por un largo pasillo y acabó desapareciendo al girar en una de las esquinas que llevaban al otro lado del edificio.

Desde la silla de su nuevo escritorio, Lana lo observó hasta verlo convertido en un punto negro en movimiento. Después regresó al ordenador.

Era la primera vez que lo utilizaba, aunque ya tenía trabajo sobre la mesa.

Introdujo el nombre de usuario y la clave secreta que le habían entregado para acceder al sistema de archivos.

Una macro con el logotipo del CNI apareció en pantalla.

Quería hacer los deberes antes de que Escudero volviera a reunirse con ella. Por alguna razón, la responsabilidad pesaba demasiado sobre esa mujer y no parecía saber llevarla del todo bien. Así que le restó importancia a su comportamiento.

Había visto antes, durante sus meses de formación en el centro de preparación, cómo las mujeres se aplastaban entre ellas para destacar. Por suerte, ella no había sufrido los acosos de otras compañeras, descartando el único enfrentamiento que llegó a tener con Tania Mirete, una cordobesa de treinta años que la acusó de manipuladora, cuando intentaba buscar aliadas para eliminar a las candidatas más débiles.

Allí dentro, todas eran Tania, incluso Dana.

Un lamentable escenario en el que la calidad humana quedaba fuera de la realidad. A diferencia de las mujeres, los hombres medían sus fuerzas con otra vara. El miedo se transmitía de forma física y no psicológica, y esto los hacía a todos más obvios y fáciles de predecir. Sin embargo, al final del proceso de selección, los elegidos eran quienes menos habían llamado la atención. Para Dana, algunos de ellos ni siquiera habían existido hasta el último día.

Era parte de la prueba, confundir hasta neutralizar las creencias de una misma.

Aprendían a desconfiar, a bailar como un funambulista entre la paranoia y el sentido común. Después, no volvían a ser las mismas personas para el resto de sus vidas. Algo cambiaba para siempre. El achaque psicológico resultaba tan duro allí dentro, que nunca se llegaba a saber quién era realmente un candidato y quién era un topo infiltrado.

Escribió el nombre de Igor Vólkov en el buscador y pulsó la tecla intro. Un listín de coincidencias apareció en cuestión de segundos. La red interna era verdaderamente eficiente. Tras un examen exhaustivo, localizó el perfil que más se asemejaba al del informático e hizo clic dos veces en él. En cuestión de segundos, lo había localizado.

La foto de un hombre con la cabeza rapada, vello facial, ojos azules y un tatuaje en el cráneo, aparecía en la parte superior izquierda de la pantalla. Igor Vólkov no era, precisamente, un ciudadano ejemplar. Además de sus escándalos políticos, tras haber sido denunciado por el Pentágono tras ayudar

a Edward Snowden a camuflar su geolocalización durante su exilio, era conocido entre la comunidad hacker por, años antes, haber burlado los cortafuegos del Kremlin y, teóricamente, haberse hecho con información confidencial que ponía en riesgo las relaciones del gobierno de Vladimir Putin con China. A su vez, Vólkov había sabido relacionarse con la burguesía opositora al Estado, aliándose con Pavel Durov en sus actos públicos y amenazando la estabilidad de su país cada vez que pisaba suelo Europeo. Los informes apuntaban a que Vólkov había recopilado también información sobre la influencia de Rusia en la Guerra en el Donbás y cómo la monitorización de redes había sido clave para adelantarse a los movimientos del ejército ucraniano.

Para Dana, todo aquello quedaba lejos de su habilidad. La relación que tenía con la tecnología era la misma que guardaba con su madre. Hablar de bits, triangulación y dispositivos de rastreo, le producía ansiedad y le hacía sentirse fuera de juego.

Cuando se dio cuenta, había pasado una hora leyendo acerca de aquel hombre. Saturada frente a la pantalla por el exceso de información, esperó que Ponce le hiciera un resumen.

Con la cabeza abotargada, se levantó de la silla y caminó por el pasillo en busca del baño de señoras. Era amplio y estaba vacío. Los tacones sonaron al caminar, formando un eco entre los aseos privados.

Abrió el grifo para refrescarse la cara y se miró frente al espejo.

Tenía el rostro cansado, los pómulos hundidos y unas pequeñas bolsas crecían bajo sus párpados. Arrastraba dos días durmiendo fatal y toda la presión la estaba machacando.

«No seas blanda, ahora. Sólo necesitas un café bien fuerte», se dijo en silencio mientras se enjuagaba las manos.

Escuchó un ruido y cerró el grifo. Era un sollozo que pareció detenerse. Procedía del interior de uno de los baños.

Se acercó a una de las puertas y tocó con los nudillos.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó. Se sintió estúpida pero, ¿acaso no era lo que se decía en esos casos?, se cuestionó. La persona que había al otro lado de la puerta, hacía un esfuerzo por no romper a llorar—. ¿Está bien?

Se escuchó un respingo, pero no obtuvo respuesta.

Dana se alejó medio metro y agachó la cabeza.

Cuando vio los zapatos, supo de quién se trataba.

Era Escudero, probablemente abatida tras la llamada de Navarro. Le

hubiese gustado decirle que podía contar con ella, a pesar de que no se conocieran de nada. Fue un sentimiento extraño, pero limpio y honesto. Lamentablemente, no era el lugar ni el modo de hacerlo. Pensó que ambas eran adultas para lidiar con la vida y que, si estaban en ese trabajo, eran capaces de eso y mucho más.

Paciente, dio una larga respiración y esperó a que la mujer tomara una decisión. En el fondo, Escudero sólo deseaba que se largara.

Abandonó el pasillo y regresó a su escritorio. Para entonces, Ponce había regresado de sus opacos quehaceres y ahora se encontraba leyendo un documento en su silla, tres filas por delante de la de Dana.

Al verlo, pensó en contarle lo que había sucedido en el interior del baño. Incluso, se entusiasmó al pensar en compartirlo, pero refuló a tiempo. Si lo hacía, además de traicionar la intimidad de su jefa, se buscaría su primera enemiga allí dentro. Y no había entrado pisando de la mejor manera. Supo que hacía lo correcto.

Se sentó en la silla y se acercó al ordenador.

Minutos después, escuchó los tacones de Escudero acercándose hacia el interior de la sala. Sin girar la cabeza, notó cómo giraban hacia su oficina. Le hubiese gustado que se acercara a ella y que la mirara con esa mirada que escondía cuando se enfrentaban en la oficina. Pero Escudero era más astuta que la joven novata y no iba a entrar en ninguna clase de juegos emocionales.

Ahora, su secreto era de las dos, y aunque Dana no tenía intenciones de sacarlo a la luz, su madre le había enseñado a tener siempre un as en la manga.

El asunto de Pototsky había trascendido a las diferentes secciones del departamento. Reunidos en una sala de juntas, junto a otros siete agentes más, los agentes Laine y Ponce escuchaban con atención las directrices que Escudero indicaba junto a un proyector de gran tamaño.

Dana había dado en el clavo, aunque Escudero no lo reconociera en público.

La Policía Nacional no había logrado identificar todavía el cadáver de la víctima del hotel, por lo que se descartaba que fuera Aleksandr Pototsky. Sin embargo, las cámaras de vigilancia sí que habían captado el rostro de la persona que había disparado contra el hombre que acompañaba a Dana.

—Estas imágenes que les voy a mostrar a continuación, fueron tomadas hace dos noches en el hotel Hyatt de la Gran Vía, momentos antes de que la agente Dana saliera airosa del tiroteo —dijo buscando en el ordenador portátil las fotografías. Dana notó un duro pesar en su estómago. Aquello significaba que Escudero había estado en contacto con el Comisario de Madrid y, por ende, se le habría notificado lo ocurrido el día anterior. Pero aquello no era lo que más le sorprendería.

Cuando Escudero abrió las fotografías, un amargo sabor a derrota se apoderó de su boca. Las piernas le temblaron. No podía creer que fuera cierto.

—Éste es Aleksandr Pototsky —dijo señalando una fotografía de gran tamaño, aunque deteriorada por la mala resolución de las cámaras.

En ella, el sujeto aparecía saliendo del cuarto de empleados, vestido con la indumentaria del servicio de habitaciones. Los rasgos tostados, el cabello de color carbón y esa mirada hundida. No tenía la menor duda de que había sido engañada desde el primer momento.

Enrico Mancini era el auténtico Aleksandr Pototsky.

Lentillas de color, vello facial, cabello largo y un admirable acento mediterráneo. No había desaprovechado su tiempo en prisión

—Quédense con su rostro porque es el peligroso hombre que esta noche estará, si todo marcha tal y como se espera, en el Palacio de Cibeles, preparado para atentar contra la integridad de Vólkov antes o después de su puesta en escena... Por eso, deben ser extremadamente precavidos y silenciosos. Es una operación muy delicada y, además de la vida de este hombre, nos jugamos la reputación en Europa... No es necesario mencionar que el dispositivo de vigilancia que desplegará la Policía será extremadamente fuerte... Por tanto, ándense con cuidado, no llamen la atención de los agentes y, por lo que más quieran, no se identifiquen si no es estrictamente necesario... Este hombre no es un aficionado, sabe lo que hace, lleva años saltándose la seguridad de diferentes países, acaba de salir de prisión y es un auténtico camaleón, repito... Esta vez se ha burlado de nosotros... No podemos consentirlo de nuevo.

Dana se había quedado sin habla al contemplar la fotografía de Pototsky proyectada en la tela blanca.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Ponce, que se sorprendió al ver su reacción.

—Es él. ¿No lo reconoces?

El agente volvió a mirar la imagen, esa vez con más detenimiento.

—Maldito desgraciado... —comentó.

El murmullo llegó hasta la primera fila.

—¿Sucede algo, agente? —preguntó Escudero. El resto de agentes se giró hacia el hombre. El corazón de Dana latía a cien por hora. Tan sólo esperó que no lo hiciera público. No podía soportar otra humillación—. Se le ve preocupado.

Ponce suspiró y se dirigió a la jefa.

—Estaba memorizando la cara de ese malnacido.

—Modere su lenguaje —dijo y se escuchó un pequeño murmullo. Ponce miró a Dana y le entregó una mueca—. Ahora, todos a trabajar. Recibirán en su correo las instrucciones que les correspondan. Si tienen alguna cuestión, estaré en mi despacho para discutirla.

Los siete agentes que se habían reunido, abandonaron la sala de juntas entre murmullos y silencios.

—Lo tuvimos delante —dijo Ponce.

—Agente Laine, ¿puede venir un momento? —dijo Escudero desde su ordenador.

Ponce giró el cuello.

—Siempre consigue lo que quiere —murmuró—. Lamento que te haya tocado a ti.

El compañero se marchó con paso firme y Dana dio media vuelta.

Ahora estaban solas, de nuevo, sin teléfonos ni momentos comprometidos de por medio. La mirada de Escudero volvía a ser la de esa mujer fría que observaba desde lo más alto. Dana se preguntó si se acostumbraría a su presencia.

—¿Sí, señora?

—Agente, Laine... —dijo con tono de reprimenda—. No es necesario que lo oculte más. Estoy al corriente de lo ocurrido con esos dos inspectores...

—Señora...

—Odio que me interrumpen. No lo haga de nuevo, por favor —manifestó tajante cerrando los ojos, como si hubiera escuchado el chirrido de unas uñas contra la pizarra. Después recuperó la serenidad—. Agradezco que siguiera mi consejo y no les revelara su identidad. Hizo lo correcto. Eso sólo le habría traído más dolores de cabeza.

—¿Qué pasará ahora?

—Nada. El Comisario y el CNI han llegado a un acuerdo para no interferir. Preocúpese de que no la detengan de nuevo. Nunca se sabe...

—Entendido.

—Ahora, póngase en marcha. Pototsky debe ser capturado esta noche.

—Sí, señora.

Se sintió aliviada, pero no cantarían victoria hasta salir de su campo de visión.

—Gracias, Dana —añadió con un ligero gesto de complicidad en sus ojos, momentos antes de que se retirara de su vista. Le hubiese gustado hacerle un montón de preguntas, si aquel gesto se debía al éxito de su hipótesis o al apoyo en el cuarto de señoras.

Nunca lo sabría, porque Escudero era una mujer hermética que comunicaba sus emociones en un lenguaje encriptado.

De pronto, se había quedado sola, ante ese proyector y la imagen, ahora agrídulce, de quien, en su más remota intimidad, seguía llamándose Enrico Mancini.

Se lamentó de haberlo conocido.

\* \* \*

Los nervios eran palpables en el interior del departamento. Los nueve agentes trabajaban a toda velocidad, coordinados para que nada pudiera fallar.

Estudiaron el recinto, así como todas las posibles posiciones para efectuar un disparo a distancia.

Las probabilidades eran infinitas.

A esas alturas, Pototsky podía hacerse pasar por cualquiera, y no disponían del tiempo suficiente para verificar el listín de los empleados de cada una de las empresas de seguridad, catering y organización que iban a participar en el evento. La Policía no había sido informada de la amenaza del ucraniano. Eso habría activado un dispositivo de vigilancia aún más fuerte, corriendo la voz del peligro, generando un malestar entre los asistentes y provocando que Pototsky pudiera huir espantado.

Por tanto, esa noche debían estar despiertos, tener un ojo en cada uno de los rostros con los que se iban a cruzar. Existía la posibilidad de que el ucraniano apareciera en cualquier situación, en cualquier momento, y no se descartaba que tuviera un topo entre los invitados.

—¿Qué hay de la tecnología de geolocalización? ¿El seguimiento móvil? ¿Las cámaras de seguridad de la ciudad?

Ponce la miró extrañado.

—¿Qué te crees que es esto? ¿Una película de Jason Bourne? Esto es España, agente.

—Dios Santo... Será como encontrar una aguja en un pajar —dijo Dana estudiando junto a Ponce las salidas del Palacio de Cibeles—. Las variables son infinitas...

—Sólo que ésta sabe tirar del gatillo —contestó el agente—. ¿Estás bien?

—Sí, claro. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Mejor. Ahora mismo, sobre ti, carga una gran responsabilidad.

—¿A qué te refieres?

—Míralo como un reto. Si esta historia termina bien, tendrás un escritorio y una medalla en tu expediente. De lo contrario...

—¡Vete al cuerno, Ponce!

—Relaja tu carácter. Sólo intentaba animarte.

—Pues no lo estás consiguiendo.

Ponce levantó la vista y vio a Escudero al fondo, en el interior de su despacho, teniendo una agitada conversación por teléfono.

Días difíciles para la jefa.

—Ella te eligió a ti, entre el resto de candidatos. Navarro quería a un hombre. Esta misión iba a ser más simple de lo que ha sido. No nos hacía falta saber ruso para atrapar a alguien.

—¿Cómo dices? —preguntó Dana desconcertada. Apartó la vista del monitor del ordenador y miró en la misma dirección que su compañero—. ¿Qué quieres decir con eso?

—No fue cosa de Navarro, sino de Escudero. Le dio la vuelta a la ejecución y convenció a los de arriba para que te trajeran a mitad de formación. Eso no suele suceder, a no ser que se trate de una situación muy delicada. Ésta no lo era. Te quería aquí, con nosotros. Complicó de sobremanera el asunto, convenciendo al resto de que podrían conocer lo que Pototsky se llevaba entre manos, gracias a tu dominio de la lengua y... bueno... no te mentaré, a tus atributos físicos.

—Pero...

—Así es. ¿No te has dado cuenta? Está intentando cambiar la plantilla, el rumbo de todo esto. El contraespionaje está desfasado. Vamos con retraso respecto a Europa. Apenas hay mujeres en este departamento. Lo cual, no vendría mal que le dieran la patada a algunos...

—No entiendo nada, sinceramente —dijo frotándose los ojos—. Escudero no ha sido, precisamente, quien mejor me ha recibido.

—Si esperabas que se mostrara afectuosa contigo porque eres una mujer, siento decepcionarte —explicó—, pero no llores. Eso no significa que no te aprecie a su manera. Cada persona gestiona sus emociones como quiere o como puede. Pero no debemos pifiarla, Dana. Navarro tiene los ojos puestos en ella, a la espera de que cometa un desliz.

—Y ese desliz soy yo.

—Míralo como deseas.

—Estoy intentando ver el vaso medio lleno, pero no parece ser de ayuda...

Ponce dio un respingo.

—El único vaso que me interesa lleva un hielo y dos dedos de escocés.

Las palabras de Ponce calaron en sus sentimientos.

Si lo que pretendía era animarla, el efecto había sido contrario. Al fondo, Escudero parecía acalorada, preocupada por una situación que era superior a ella. Era muy pronto para que Dana conociera lo que ocurría allí dentro, pero comprendió que debía de ser grave por la expresión de esa mujer. Nadie merecía soportar tanta responsabilidad. O tal vez sí. Sólo había que estar

preparada para ello.

—¿Sabes qué? No lo haremos —contestó la agente finalmente, con el corazón en un puño, dispuesta a hacer lo que estuviera en su poder para resolver aquel embrollo. Después de todo, había esperado ese momento toda una vida—. No fallaremos, de nuevo. Esta noche, Pototsky dormirá entre rejas.

—Sí, mi capitana... —dijo sin énfasis—. Aunque me conformaría con desayunar otra vez rosquillas.

A las ocho de la tarde, un gran atasco colapsaba la calle de Alcalá y sus perpendiculares, dejando una hilera de vehículos y conductores malhumorados que atravesaban los paseos del Prado y de Recoletos.

Los focos de los helicópteros que sobrevolaban el centro de Madrid, deslumbraban el interior y la fachada del Palacio de Cibeles, ahora ayuntamiento de la ciudad, un enorme edificio blanco construido en el siglo XIX, de gran extensión y setenta metros de altura que culminaban en una gran torre. Un imponente icono arquitectónico de la capital que nunca pasaba desapercibido y un emblemático edificio que pertenecía al patrimonio del país.

La cubierta acristalada permitía que el resplandor del cielo entrara en el interior, juntándose con el potente juego de luces que la organización había instalado para que todo brillara con más fuerza.

El evento tenía lugar en el antiguo Patio de Coches, espacio dirigido a conferencias y banquetes de gran envergadura y repercusión social.

Rodeados de curiosos, agentes del orden y periodistas con cámaras fotográficas y de vídeo, los invitados bajaban de sus coches, escoltados por la seguridad privada, para entrar en el recinto.

Los agentes Dana y Ponce contemplaron la escena desde el otro lado de la calle Alcalá.

Dana llevaba el cabello alisado y recogido en una cola de caballo. Ellos no necesitaban vehículos oficiales ni escoltas.

Armados con su CZ 75 reglamentaria, ambos vestían de traje y pantalón para la ocasión.

—Te queda bien —dijo Ponce sin demasiado énfasis—. A todas las mujeres os queda bien.

—¿Es tu fetiche?

—Es una realidad.

Dana sonrió. Comenzaba a caerle bien ese hombre. Supuso que terminarían entendiéndose.

Desde allí, vigilaban la entrada de los invitados que llegaban lentamente, atravesando la cola que había en la calle.

El teléfono de Ponce sonó. Atendió la llamada y asintió con un murmullo. Después colgó.

—Será mejor que entremos —agregó el agente—. El resto de la unidad está dentro... y necesito un trago.

—No sabía que estaba permitido beber alcohol.

Ponce la miró con altivez.

—Todo está permitido, agente. El fin siempre justifica los medios.

\* \* \*

Utilizaron la puerta trasera para no despertar la atención de los agentes que hacían su trabajo. Cuanto menos distracciones, mejor para todos. El objetivo era Pototsky aunque, primero, debía encontrarlo. Tenían la certeza de que estaría allí dentro.

Tras identificarse como personal de seguridad del palacio, recorrieron el vestíbulo principal y tomaron las escaleras hacia la primera planta. Antes de llegar al piso superior, Dana sintió que sus fuerzas flaqueaban y dio un pequeño tropiezo que alertó a su compañero.

—¿Qué ocurre?

—Nada, disculpa —dijo, pero no era cierto.

Era vértigo, una sensación de miedo se agarró a sus entrañas. Ponce no la creyó, pues su mirada decía lo contrario pero, por suerte, apenas le duró unos segundos. Dana era consciente de que aquella era una misión de verdad, un operativo real, y el estrés la estaba asfixiando. Atrás quedaban los ensayos en los campos de entrenamiento, los ejercicios con desconocidos y los exámenes fuera de peligro. Esa noche todo era real y de ella dependía que descorcharan una botella juntos o en soledad—. Estos zapatos... me matan.

—Por supuesto.

El vaivén de emociones se disipó cuando reconoció una silueta en la distancia.

Dana se echó hacia un lado y tocó el antebrazo de Ponce. El agente no entendió la señal. No estaba acostumbrado al contacto físico. Mucho menos, al

de su nueva compañera de trabajo.

—¿Ahora qué?

La agente había reconocido a uno de los dos inspectores de Policía que la habían interrogado previamente. Asomándose por una de las azoteas y dándoles la espalda, el apuesto inspector Olmos, con las manos sobre la barandilla, vigilaba los movimientos de sus hombres.

Dana retrocedió unos pasos, dio la vuelta con rapidez y caminó en dirección contraria. Ponce la siguió hasta uno de los despachos que componían la primera planta.

—¿Me vas a explicar qué sucede? Me pones nervioso.

Dana se acercó a la cristalera. Desde allí, podían verlo divisando el escenario.

—Ese hombre. Es uno de los inspectores que me detuvo la otra noche — explicó entre susurros—. ¿Qué demonios hace aquí?

—Su trabajo, ¿qué esperabas?

—Pensé que Escudero había hablado con el Comisario.

—Eso no importa ahora —dijo, se frotó el mentón y miró la silueta de Olmos, que estaba concentrado en su tarea hablando por un walkie-talkie—. Será mejor que no te reconozca. Entonces, te meterás en un lío y yo en otro.

Se asomaron de nuevo al cristal, sin mostrar sus cuerpos al completo.

Otro agente se reunió con Olmos.

La azotea del palacio era lo suficientemente alta y amplia como para supervisar la entrada y el escenario. Por encima de ellos, sólo quedaba el techo de cristal.

—No tenemos mucho tiempo —indicó Ponce y señaló con la mirada al resto de agentes, que ocupaban sus posiciones como falsos invitados o miembros de la organización.

El espacio facilitado hacía forma de ele, dejando la entrada principal con una alfombra roja que llevaba hasta las mesas, donde se encontraba la plataforma.

Las azafatas recibían a los asistentes, agasajándolos con una cálida bienvenida y ayudándoles a acomodarse en los asientos asignados.

Una vez Ponce se hubo asegurado de que todos estaban colocados en su sitio, señaló uno de los pasillos, situado junto a las escaleras que subían al escenario.

Desde arriba podían contemplar las mesas donde los invitados se sentarían a cenar mientras sucedía el evento. Cada mesa estaba formada con

una intención. Aquella clase de celebraciones, no dejaba al azar nada... Lo más importante para los agentes secretos era pasar desapercibidos entre tanta muchedumbre.

Cincuenta tablas redondas de mantel blanco, vajilla de porcelana y cristal fino, rodeadas por seis sillas de roble cada una. En el interior del palacio se congregarían a unos trescientos invitados entre los que, además de Vólkov, se encontrarían los representantes de las tecnológicas más importantes, diplomáticos de diferentes países y un enorme número de inversores interesados en el futuro de la ciberseguridad y la vigilancia digital—. Ese cabrón puede liar una buena esta noche... Será mejor que te quedes aquí. Bajaré a identificar al personal contratado.

—No, iré yo —dijo mirando al inspector Olmos, que gesticulaba a lo lejos, encima del edificio—. Es una cuestión personal. Si me hubiese dado cuenta antes...

—No jodas ahora, Laine.

—Lo digo en serio.

—En fin, lo que quieras. Eres tú quien se sube a la ola. De nada sirve castigarte... —dijo Ponce y la miró desde lo alto. Su altura le otorgaba seguridad—. ¿Estás segura?

—Tengo que irme... —dijo ella.

El agente notó en su mirada el destello de una luz.

Cuando se giró, vio a esos dos hombres.

—Corre. Yo me ocuparé.

—Pero...

—Céntrate en tu objetivo. Sé hacer mi trabajo de sobra.

La luz de la linterna deslumbró el ventanal vacío.

Los agentes se dirigieron a la puerta.

Una mirada había sido suficiente para, en la lejanía, despertar la sospecha y hacer que el inspector de Policía advirtiera su presencia.

Olmos detuvo la conversación y caminó apresurado hasta el pasillo central de la primera planta. Para entonces, Dana había desaparecido y el agente Ponce ya había preparado su discurso.

Dana descendió por las escaleras hasta la planta baja, mientras el agente se encargó de entretener al inspector y a su compañero.

Se enfrentó a la multitud que ahora permanecía sentada, escuchando las ponencias con atención. Dos hombres y una mujer, acomodados en tres sillones, hacían un coloquio sobre el impacto del teléfono móvil en la vida de las personas y cómo la inteligencia artificial iba a revolucionar la privacidad.

Recorrió el lateral bajo la sombra, hasta llegar al último grupo de invitados. Las mesas estaban ocupadas por, en su mayoría, hombres de negocios. Todos tenían un aspecto similar: trajes caros, cantidades ingentes de gel fijador en la cabeza y una pose de soberbia que era apreciable en la distancia. Se asomó por uno de los pilares traseros del improvisado auditorio y dio un vistazo a la ponencia.

Su presencia no pasó inadvertida, a pesar del numeroso grupo de hermosas azafatas que se encargaban de que no hubiera ninguna queja. Entre ellas se encontraban algunas agentes de incógnito, que se limitaban a sonreír mientras reportaban del estado de su posición.

Un mundo por y para los hombres, aunque dirigido por mujeres, pensó la agente, irritada por la actitud de algunos al mirar como objetos a las que cumplían con su labor con impecable profesionalidad. Pero no tenía tiempo para hacer juicios de moral, ni para agarrar un enfado. Un peligroso asesino maquinaba su próximo movimiento y era tarea suya detenerlo.

Por ella, por Escudero y por una cuestión personal.

Según el programa del evento, el servicio de catering sólo serviría los aperitivos durante la pausa entre ponencias. Eso aventajaba al ucraniano, ya que era el momento que muchos aprovechaban para hacer sus necesidades o atender las llamadas telefónicas.

Contempló la entrada del pasillo que había junto al escenario y se dio cuenta de lo difícil que sería llegar hasta allí, sin ser vista. Después levantó la

mirada y se fijó de nuevo en la azotea. El inspector Olmos había desaparecido. Ahora, dos policías, armados con rifles, vigilaban el espacio.

El teléfono de la agente vibró.

—¿Qué sucede? —preguntó al reconocer el número del agente Ponce en la pantalla.

—Te han reconocido —respondió con molestia, como si una piedra le rozara en el interior del zapato—. He intentado convencerle de que estaban equivocados, de que se habían confundido de persona... pero no han desistido. Parece que dejaste huella en ese inspector.

«Mierda».

—Gracias por avisar.

—A tu servicio, Dana... —dijo antes de que cortara la llamada—. No te queda mucho tiempo...

—Lo sé.

—¿Qué coño es ese ruido?

Ponce se quedó sin habla. Dana sintió una pequeña presión en el pecho izquierdo.

Se oyó una gran ovación, gran parte del público se puso en pie.

Intentó pensar con claridad. Debía moverse.

Todos estaban haciéndolo, menos ella.

«¿Dónde estás, desgraciado?», pensó.

Algo parecía salir del guión. La ola de aplausos la desconcertó.

—¿Ha perdido el juicio? —cuestionó Ponce al otro lado de la línea, antes de colgar.

El coloquio daba la bienvenida a un invitado especial, a la estrella de la noche.

Igor Vólkov irrumpía en escena con un micrófono pegado a la oreja y hablando en inglés. Una actuación que nadie esperaba, ni siquiera los interlocutores que habían dado comienzo al debate. Su tono, con fuerte acento eslavo, era grave, bajo. La brillante cabeza se movía enfrascada en un traje negro de una sola pieza, parecido al de un sacerdote.

Un miembro de la organización apareció con un sillón, para que se acomodara junto al resto de conferenciantes.

Dana soltó una bocanada de aire.

Se preguntó si aquella salida del guión había sido una ocurrencia del propio activista o una medida de seguridad. En cualquier caso, reducía el margen de tiempo que tenía la agente para actuar.

Plantada, inmóvil y sobrecogida por la propia tensión del momento, se dio cuenta de que estaba en el centro del pasillo que llevaba hasta el escenario. De pronto, sintió cómo los focos se dirigían a los ponentes, atenuando la luz del recinto y dejando las mesas bajo un manto de sombra, perfecto para cometer un asesinato. No supo qué hacer. Tenía la intuición de que ese hombre actuaría allí mismo, antes de que llegara la pausa y el caos se apoderara de la sala. Era perfecto.

Vólkov se movía con lentitud mientras hacía chistes sobre libertad y democracia que provocaban risas forzadas entre el público. Todo parecía suceder con aparente normalidad, pero Dana podía sentir el peligro, podía anticiparse a los acontecimientos, aunque desconocía la secuencia. De pronto, vio una silla vacía en una de las mesas que tenía al lado. En ella, un hombre de cabello gris y traje negro, daba sorbos a un *whiskey* mientras escuchaba atento al escenario. La agente avistó una tarjeta, junto a las copas de cristal vacías que había en la mesa.

Se acercó con tanta emoción, que el hombre notó su presencia. Al leer lo que había escrito en ella, vio el nombre de Enrico Mancini. La temperatura subió. El traje la asfixiaba como una bolsa de plástico. Tenía la sensación de quedarse sin aire.

—Disculpe... —dijo inclinándose hacia el desconocido—. ¿Sabe a dónde ha ido el señor Mancini?

El hombre sonrió con sinceridad, como si se alegrara de ver a una mujer tan bella. En cuestión de edad, podría haber sido su padre, o tal vez su abuelo.

—¿Mancini? —preguntó y señaló a la silla vacía—. Ah, sí. Creo que ha ido al baño... Una lástima que se pierda el espectáculo, ¿no cree?

—Sí, gracias... —respondió la agente y se alejó de la mesa. El invitado se mostró desconcertado, pues Dana no tenía el aspecto del resto de azafatas que merodeaban por las mesas, ni tampoco el de ser la esposa del italiano. Quizá, algún día, ese hombre descubriera que el espectáculo lo iba a dar Mancini y que Vólkov sólo era parte de la función.

Luego levantó la mirada y vio los ventanales custodiados por los agentes que miraban de frente al escenario.

«Es imposible que...», pensó a medias, sin llegar a terminar la frase, cuando se fijó en la cubierta de cristal que protegía el palacio. Detrás, vio lo cúpula de la torre.

Tenía que pararlo.

La cuestión de si ese desconocido había dicho la verdad o no, era algo que debía resolver en cuestión de segundos. Si tomaba la decisión errónea, la función habría terminado.

Una vez dentro del edificio, usó la lógica por encima de la emoción.

Dana estudió las posibilidades para llegar a la cubierta, de la manera más rápida y esquivando la guardia de los agentes. Conocía el plano del edificio, lo había estudiado antes y sabía que, al menos, tardaría unos minutos hasta llegar a lo más alto del torreón, donde se encontraba al reloj. Sólo de ese modo, un francotirador podría atravesar la cubierta de cristal con una bala y derribar a su víctima. Aprovecharía la confusión para huir, abandonando el edificio sin la necesidad de cruzarse, de nuevo, con la masa horrorizada.

El margen de tiempo que tendría desde el disparo, sería suficiente para desaparecer sin ser visto.

Sospechó que lo más probable era que el ucraniano hubiese estado antes allí, haciéndose pasar por un empleado del servicio de mantenimiento y calculando las probabilidades de acierto.

Estaba oscuro. El sonido de sus zapatos al caminar era todo lo que oía. Dana cruzó el pasillo central de las instalaciones y decidió sacar el arma.

Una mano fría la agarró del brazo.

—Pero...

Los dedos le hacían daño, las uñas se clavaban en su piel despertando un instinto en ella que estaba apagado. Fue como una reacción en cadena, irracional; como un estímulo programado en el subconsciente. Era la consecuencia postraumática de un episodio doloroso de su juventud, el mismo que la aterraba por las noches y, a su vez, la había convertido en esa mujer tan difícil de tratar en ocasiones. Tan pronto como la colonia de ese hombre la sorprendió, reconoció quién la acechaba.

—Señora Laine —dijo el inspector Olmos con voz de villano. Estaba

solo y muy cabreado—. Me temo que tiene que acompañarme...

—Suélteme, se lo pido, inspector —dijo, al quedar inmóvil—. No puede detenerme.

—¿Qué hace usted aquí? No recuerdo haber visto su nombre entre los invitados...

Dana apretó los labios. El inspector de Policía la miraba con soberbia, como si, finalmente, la hubiese atrapado con un buen motivo.

—Se equivoca conmigo. Se equivoca de persona.

—¿Qué lleva en el bolso? —preguntó al ver que lo tenía abierto—. ¿A dónde se dirigía? Está prohibido el acceso a esta zona.

—Suélteme. Comete un error.

—Haga el favor, no quiero hacerle daño. Necesito que venga conmigo. Se lo estoy pidiendo por las buenas...

Harta de impotencia, le habría gustado decirle que Aleksandr Pototsky, el auténtico, estaba a punto de cometer un crimen, que se arrepentiría de frenarla, porque toda la responsabilidad iba a caer sobre su carrera de por vida. Pero ese inspector no parecía estar dispuesto a entrar en razón, ni ella a que éste se entrometiera en su caza.

Antes de que terminara con las impertinentes preguntas, la agente le asestó un fuerte puñetazo en la boca del estómago, con el brazo que le había dejado libre. El inspector no pudo parar el golpe. Se quedó sin respiración y la soltó de inmediato. Si no había sido suficiente, Dana lo remató con un fuerte taconazo lateral en la rodilla, tirándolo al suelo e impidiendo que pudiera correr tras ella. Se escuchó un estrepitoso lamento, pero el ruido de la conferencia ensordecía lo que estaba ocurriendo.

—Lo siento, inspector. No es nada personal.

Después, Dana corrió todo lo que pudo en dirección a lo más alto de la torre. Sus tacones se fundieron en el eco redudante del amplio y oscuro pasillo.

Dana subió las escaleras que la llevaron a la primera planta. El enorme interior, cerrado a esas horas para los visitantes, se convertía en un laberinto de sombras, balcones y columnas que complicaban la búsqueda del ucraniano. Sacó el arma del cinto continuó subiendo hasta llegar hasta la segunda planta. Allí, escuchó unos zapatos moviéndose con rapidez. Después vislumbró la figura de un hombre vestido de esmóquin.

—¡Alto! —exclamó escuchando el zumbido de su voz, perdiéndose por el vacío del patio interior.

La figura humana se detuvo en seco.

Estaba al otro lado del balcón, tal vez lejos, pero con el suficiente ángulo para acertar. El tiro era la especialidad de Dana.

El hombre apuntó con un silenciador y disparó. Rápida, Dana se echó a un lado. El estrépito retumbó en el palacio y la bala impactó en una columna.

Pototsky no se lo pensó dos veces y volvió a disparar.

La agente se cubrió la cabeza en un acto reflejo. Ese maldito tenía la sangre congelada. Cuando la refriega terminó, sintió sus pasos alejándose por las escaleras. Continuó hacia arriba. Estaba convencido de su plan y no iba a perder tiempo en deshacerse de ella hasta que fuera necesario. La agente tomó aire, se puso en pie y siguió tras él. Poco a poco, sintió cómo las piernas se le agarrotaban y las escaleras se volvían interminables.

Una punzada en el estómago le advirtió de que no podía seguir corriendo. Tenía la garganta seca, estaba cansada y se preguntó de qué pasta estaría hecho ese tipo, pero Pototsky también comenzó a flaquear.

Siguiendo sus pasos, advirtió que cambiaron de dirección al llegar a la sexta planta. La puerta del restaurante estaba abierta.

Desde allí se accedía a la terraza, lugar donde se podía disfrutar de una panorámica de la ciudad. Pensó que Pototsky había perdido el juicio o estaba cambiado de planes. Acceder al mirador era, prácticamente, imposible desde

allí, a no ser que estuviera dispuesto a trepar.

Miró a ambos lados, a la espera de una señal, pero no percibió nada. Se encontraba en un cruce de caminos.

Si el ucraniano le había tendido una trampa, iba a salir muy perjudicada.

«Maldito lunático», dijo recuperando el aliento.

Entró en el interior del restaurante. Las mesas estaban preparadas para la jornada siguiente al evento. Todo parecía tranquilo, la atmósfera era solemne. Se apresuró en encontrar la salida al exterior. Recorrió el pasillo de mesas y dio con la puerta de cristal. Dana se acercó lentamente hacia la entrada, con el arma empuñada y dispuesta a disparar. Esta vez, no iba a vacilar.

El cielo negro de la ciudad, manchado por las estrellas, la acogió como un manto fúnebre en lo más alto. Los helicópteros habían desaparecido y el único resplandor procedía de la iluminación propia del edificio. Dio varios pasos en dirección al otro extremo de la superficie. La brisa helada raspaba su rostro. Una vez allí, comprendió que le había tendido una trampa.

Una embestida la mandó directa contra el suelo. Un fuerte golpe en la espalda, la dejó sin fuerzas por unos instantes. Perdió el equilibrio. Ahora, Pototsky estaba a escasos metros de ella. Se acercó y le propinó una patada en la mano para desarmarla. Dana bramó de dolor. El ucraniano parecía agotado, aunque se mostraba tranquilo, como si aún tuviera tiempo para terminar el trabajo. Desarmó a la agente y alejó el arma lo suficiente para que no le causara más problemas. Después guardó la suya. Dana intuyó que se aproximaba su final.

—Te mostraré dónde pasan el invierno las langostas —dijo en ruso, haciendo uso de las expresiones típicas de su país para amenazar a alguien—. ¿Cómo lo supiste?

Ella sintió un fuerte dolor en la columna al moverse. Todo le daba vueltas, la cabeza le ardía y podía tener algún hueso roto.

—Debiste apurar los detalles... —contestó ella sujetándose la cabeza, buscando la manera de ponerse en pie—. Ese hombre... ¿Sabía que iba a morir?

—¿Realmente importa? —preguntó él y sacó unos guantes de piel marrón de la chaqueta—. ¿Lo sabes tú? Era un actor fracasado. Le pagué por un trabajo que ni siquiera hizo bien. En fin, demasiado tarde. Su mujer podrá disfrutar de ese dinero.

—Eres un ser miserable...

—A mí también me pagan por hacer el mío —dijo y se puso el segundo

guante—, pero yo siempre cumplo con mi palabra. Basta de chácharas, zorra.

El rebufo de colonia le dio de bruces, pero ahora sólo sintió asco por él. Cuando el ucraniano se acercó a ella, intentó defenderse con una patada, pero no acertó. El robusto cuerpo se abalanzó sobre ella. Sintió las rodillas paralizándola contra el suelo y vio su figura encima de ella, como una gárgola de piedra. Pototsky apretó los dientes y agarró a la agente por el cuello. Olió su aliento a cigarrillos. Después apretó. Ella intentó separarse, zarandeando el cuerpo, pero apenas tenía fuerzas para seguir luchando.

—Esto te pasa... —murmuró Pototsky con la mandíbula rígida—, por equivocarte de bando...

El aire se cortaba, la garganta de Dana se obstruía y la ansiedad del pecho se transformaba en un tapón que vaticinaba el deselance. Los párpados le pesaban.

Una fuerte sensación de relajación se apoderó de su cuerpo, congelando las extremidades y terminando con ella en un suspiro.

Aturdida y a punto de perder el conocimiento, una bocanada de aire entró por su garganta y llegó a los pulmones, como si le hubieran introducido un tubo en la boca.

Las manos de Pototsky se separaron.

Ponce le asestó un puñetazo en la cabeza que lo desplazó varios centímetros del suelo. El agente, serio y molesto por la situación, no se arrugó el traje ni tampoco procedió a usar el arma.

Con el ucraniano desprevenido, le arreó un puntapié en el rostro que crujió su nariz.

Pototsky se lamentó. Dana tenía la respiración entrecortada.

Ponce ni siquiera se preocupó por ella. Decidido, se acercó al ucraniano, algo inferior a él en peso, lo agarró por los hombros y lo levantó. Antes de que Dana se interpusiera, el agente lo dejó caer por el balcón de la terraza del restaurante, provocando, segundos después, un fuerte estallido de gritos, cristales y confusión en la calzada.

Después se acercó a ella y la ayudó a incorporarse.

—Te dije que no era buena idea —comentó con voz grave y sin ápice de emoción—. Vámonos antes de que comiencen a hacer preguntas... Conozco una salida.

La muerte de Pototsky saltó a las portadas de los periódicos. Fue inevitable, pero un mal necesario. Por poco, la agente Dana no llegó a contarlo con sus palabras.

El revuelo provocó que la Policía investigara a fondo el origen de lo sucedido, creyendo que se trataba de una conspiración relacionada con Vólkov y las organizaciones criminales rusas que operaban en el la Costa del Sol. Por desgracia para muchos, el ucraniano se llevaba consigo un puñado de secretos de Estado que jamás verían la luz, pero eso no pareció afectar a Escudero, la cual parecía contenta de haberse quitado de encima a aquel cretino. Y no sólo eso. Le había ganado el pulso a Navarro.

En cuanto a Ponce, la agente estaba en deuda con él.

Tras abandonar el edificio, escaqueándose de la confusión que rondaba los alrededores de la entrada, no volvieron a hablar sobre el asunto entre ellos, ni tampoco con sus superiores. La versión oficial, tal y como había declarado el agente, era que Pototsky había caído al vacío por accidente, al intentar huir de la agente Laine. Dana confirmó el testimonio, apoyándose en la versión de su compañero. En ningún momento llegó a preguntarle por qué lo había decidido así, aunque entendió que tuviera sus razones.

Los buenos agentes de campo eran quienes nunca manchaban su historial.

Respecto a ella, y para fortuna propia, los inspectores Olmos y Llanos no volvieron a molestarla. El Comisario no tardó en remitir el informe sobre Pototsky, ayudando a atar los cabos de la investigación, a la vez que desvelaba la identidad de la recién incorporada agente.

La noticia llegó como un bálsamo.

El desafortunado golpe que Pototsky le había propinado, sólo le dejó una leve contusión en las costillas. Había estado cerca de romperle una vértebra, pero todo quedó en un susto.

Dos días después de la pérdida del ucraniano, Dana regresó a las

oficinas del CNI para reunirse con Escudero. A pesar de todo, no lograba aceptar que su corta estancia había terminado. Habían sido jornadas muy intensas, quizá más de lo que hubo imaginado mucho tiempo atrás, pero la idea de regresar al centro de entrenamiento, simplemente, era desalentadora.

—Debo reconocer que ha hecho un trabajo sobrio, para ser su primera vez en el campo —dijo Escudero, sentada en el sillón de piel de su despacho. Dana la escuchaba, vestida con vaqueros y chaqueta de cuero. Podía palpar la desidia del adiós en el interior de esa habitación. Sólo quería que esa mujer terminara de una vez su insulso discurso—. Sentimos que haya tenido que pasar por esto, pero... la vida es así, en ocasiones, y más en un trabajo como el que hacemos.

—Lo entiendo. No pasa nada, señora.

Escudero hizo una mueca y miró al informe de la agente que había sobre su escritorio.

—¿En qué está pensando, agente Laine?

La pregunta la desconcertó.

—En nada, señora —dijo pestañeando.

Escudero juntó las manos y acercó la cabeza.

—¿Estaría dispuesta a incorporarse al centro?

El calor de una estufa salió del interior de su chaqueta.

—¿Cuándo?

—Lo antes posible —sentenció—. Estoy segura de que necesita un poco de tiempo... para asimilar ciertas cosas.

Dana se quedó en blanco. No era un examen, ni una prueba psicológica. Escudero hablaba en serio y no podía creer que fuera a ingresar sin haber terminado la formación.

—Agradezco su proposición —dijo casi sin palabras.

Las manos le temblaban de los nervios. Intentó ocultarlas bajo la mesa.

—¿Pero?

—No hay ningún pero... Estaré aquí cuando me lo notifique.

Los labios de la superior dibujaron una sonrisa.

—Bienvenida a bordo, agente Laine —dijo y le ofreció la mano—. No será fácil, pero me alegra que haya tomado la decisión acertada. ¿Algo más?

—Ahora que lo dice... Sí. ¿Qué le ocurre al agente Ponce? ¿Es siempre así?

Escudero tensó los hombros.

—Perdió a su compañero de campo hace diez años —explicó reticente

—. Hay cicatrices que no cierran.

\* \* \*

A solas, en la cafetería del edificio, dio el último trago de una lata de Coca-Cola Zero cuando escuchó unos pasos que se aproximaban.

—Enhorabuena, agente —dijo la voz grave y varonil de Ponce. Como cualquier otro día, llevaba el mismo uniforme de siempre aunque, en esta ocasión, había cambiado los zapatos negros por unos Castellanos burdeos con una borla—. ¿Está esperando a alguien?

Dana levantó la vista y negó con la cabeza. Desde el asiento, la figura de Ponce era más grande todavía, como si pareciera uno de esos héroes con capa que protagonizaban las películas del cine. Sin embargo, Ponce tenía poco de héroe y algo de villano. Lo único que le salvaba era su sentido del humor... y que trabajaba para el lado de los buenos.

—Gracias... Escudero me ha dado el día libre.

—Genial —dijo y buscó, sin éxito, una posición cómoda. Era demasiado corpulento para la silla—. Será el último que tengas en mucho tiempo. ¿Qué piensas hacer con él?

—No lo sé.

El agente se frotó el mentón.

—Ya... Te entiendo —contestó nostálgico. Llevaba demasiados años fingiendo una vida normal—. Yo tampoco sabría qué hacer.

—Descansar, supongo —añadió ella al ver que su compañero se hundía lentamente—. Por cierto...

La expresión del agente volvía a ser fría como una pared recién pintada. Escuchaba con toda su atención.

—¿Sí?

—Gracias, de nuevo —respondió ella con voz quebrada. No estaba cómoda haciéndolo. Ahora que Escudero le había contado su secreto, no quería llevarse mal con él. Pensó que todas las personas cargaban con un capítulo oscuro que nunca llegaban a cerrar, y sintió que rompía un pacto de silencio que habían acordado, aunque ninguno de los dos mencionara una palabra—. No te dije nada.

Ponce gruñó, suspiró y se puso algo nervioso. Después movió el cuerpo.

—Eres la primera compañera que voy a tener en toda mi carrera —comentó apoyando la cabeza sobre su mano y le cruzó una mirada demoledora

—. Espero que nos llevemos bien.

Dana sonrió. En el fondo, eso era lo que le intimidaba. Trabajar con una mujer.

—Claro —dijo con tono burlesco—. No habrá problema.

—La próxima vez, hazme caso. Eso es todo... ¿Te gusta el fútbol?

Ella miró hacia otro lado.

—Lo siento.

—Mierda... —dijo el agente—. Me temo que tenemos mucho trabajo por delante...

Ambos empezaron a reír

Dana esperó estar a la altura.

Los comienzos nunca eran sencillos para nadie. Los de Dana no fueron una excepción.

La historia de Ponce la había entristecido por unos instantes.

Por suerte, estaba viviendo en una burbuja idílica, asimilando la idea de que su sueño se había hecho realidad. Y esto llegó como una bomba de oxígeno.

Regresó a casa en coche, con una alegría que no cabía en su interior, pero intentó moderarse. No quería exagerar sus emociones. De bien pequeña, su madre le había enseñado a controlar los sentimientos, el flujo emocional de su cuerpo, para evitar las recaídas. De sobra conocía que todo lo que se polarizaba, terminaba en el otro extremo. Era una ley universal y no podía hacer nada al respecto.

Atravesó el centro de la ciudad en su Fiat y aparcó, como había comenzado a hacer, en una paralela cercana al edificio en el que se encontraba su vivienda.

Asimilaba las precauciones con normalidad, algunas de ellas aprendidas anteriormente, aunque no se hubiese acostumbrado todavía al número ilimitado de normas que el propio centro imponía.

Pero esa felicidad radiante en su sonrisa, se desvaneció al abrir la puerta de su casa.

Respiró aquel olor pegado a las paredes. Un aroma que no pertenecía a nadie, sólo a los recuerdos que almacenaba en algún rincón de su memoria. Pensó en Carlos, en su madre, en esa vida normal que nunca volvería a tener.

La nevera seguía vacía, el síntoma eterno de la soledad.

Las personas que vivían solas, daban menos importancia a lo que comían, ya que no tenían la necesidad de compartir las horas con nadie. Era curioso cómo, un pilar tan importante de la salud, había sido reemplazado por los productos de consumo rápido.

Con la marcha de Carlos, la agente dejó de dar importancia a la alimentación. Detestaba comer sola y cocinar no era su fuerte. Poco a poco, había dejado paso a las comidas precocinadas, a las ensaladas envasadas y a los servicios de reparto a domicilio. El ritmo de la gran ciudad tampoco ayudaba a establecer un orden y, cuando llegaba a casa, solía estar demasiado cansada para preparar los platos del día siguiente.

Dana, como muchas otras personas en la misma situación, había tirado la toalla tiempo atrás.

Así que la euforia de la mañana se transformó en pesadumbre. Entre esas paredes, sólo se sentía abandonada, aunque hubiese sido siempre la primera en huir. Todavía de pie, con el bolso colgando del hombro, reflexionó sobre aquel pensamiento. Pensó en Ponce, en su café y su rosquilla, en esa vida laberíntica marcada por la pérdida de un amigo.

No quería terminar del mismo modo.

Si iba a comenzar de cero, una vez más, antes debía sellar algunas grietas del pasado.

Sacó el teléfono y marcó el número de Carlos.

Un sudor frío se apoderó de ella. Tenía las orejas calientes y la boca seca.

«Vamos, cógelo...», pensó mientras escuchaba los tonos.

—Hola... —dijo la voz de su expareja con un voz hostil. No parecía alegrarse por la llamada—. ¿Qué quieres, Dana?

Ella cerró los ojos y apretó los dientes. Se dio cuenta de que estaba cometiendo un error. Esa llamada sólo deterioraría más la relación, si es que quedaba algo de ésta.

—Quiero que me perdones, Carlos... —dijo rasgándose las vestiduras. Algo en su interior la frenaba—. Sé que no lo puedes entender, pero te pido que me perdones.

—Dana, no sé de qué estás hablando...

—No me he comportado como debía contigo y lo siento, lo siento en el alma... —continuó, expulsándolo todo. Tan sólo deseaba sentirse limpia, vacía—. Hay cosas de mí que no puedo contarte, pero quiero que sepas...

—¿Qué quieres ahora de mí? —preguntó irritado. La agente no hacía más que confundirlo—. Hablas como una chiflada...

—Sólo quiero que estés bien, por eso te pido que te olvides de mí. No vuelvas a llamarme, no vuelvas a preguntar por mí.

—Pero...

Después colgó, dio un grito y lanzó el teléfono contra el suelo.

¿Qué he hecho?, se cuestionó horrorizada.

Pero ya era tarde para solucionarlo. Aquel no había sido el motivo de la llamada. Miró a la pantalla de cristal, ahora partida en dos. Caminó hacia la cocina y se sirvió un vaso de agua. Se sintió más tranquila, aliviada, como si se hubiera deshecho de una gran carga. Puede que hubiese llegado el momento de decirle adiós también a ella, a su madre.

Regresó al salón y se agachó para recoger el aparato del suelo. Entonces el aparato vibró.

—¿Sí?

—Agente Laine —dijo Escudero seria, sin preámbulos—. ¿Tiene los documentos de identidad en regla?

La llamada la cogió desarmada.

—Sí, creo que sí. ¿Qué sucede?

—Me temo que la oficina tendrá que esperar unos días —respondió y chasqueó la lengua—, hasta que regrese de su viaje.

—¿Regresar?

—Lamento interrumpir su día libre, pero ha habido una emergencia. Prepare el equipaje y vaya a la estación de tren de Atocha. El agente Ponce la esperará allí en dos horas.

La superior colgó. Dana se quedó varios segundos en silencio, con el aparato pegado a la oreja y sin pestañear.

Suspiró, lo guardó en el bolsillo y miró a los pequeños trozos de cristal esparcidos sobre el suelo.

Sin duda, comenzaba una nueva vida.

# Sobre el autor

Pablo Poveda (España, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de otras obras como la serie Caballero, Rojo o Don. Ha vivido en Polonia durante cuatro años y ahora reside en Madrid, donde escribe todas las mañanas. Cree en la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 con la novela El Doble.

Ha escrito otras obras como:

## **Serie Gabriel Caballero**

[Caballero](#)

[La Isla del Silencio](#)

[La Maldición del Cangrejo](#)

[La Noche del Fuego](#)

[Los Crímenes del Misteri](#)

[Medianoche en Lisboa](#)

[El Doble](#)

[La Idea del Millón](#)

[Todos los libros...](#)

## **Serie Don**

[Odio](#)

[Don](#)

[Miedo](#)

[Furia](#)

[Silencio](#)

[Rescate](#)  
[Invisible](#)

**Serie Rojo**

[Rojo](#)  
[Traición](#)  
[Venganza](#)

**Trilogía El Profesor**

[El Profesor](#)  
[El Aprendiz](#)  
[El Maestro](#)

Otros:

[Motel Malibu](#)  
[Sangre de Pepperoni](#)  
[La Chica de las canciones](#)  
[El Círculo](#)

Contacto: [pablo@elescritorfantasma.com](mailto:pablo@elescritorfantasma.com)  
[Elescritorfantasma.com](http://Elescritorfantasma.com)

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras un comentario donde lo compraste.

# Table of Contents

[Preludio](#)

[Sobre el autor](#)